

ICARIA

Gordon Childe

**La prehistoria de
la sociedad europea**

Introducción: Prof. Maluquer de Motes



2.ª edición

V. Gordon Childe

**Prehistoria de la
sociedad europea**

ICARIA

13-20

Título original: *The Prehistory of European Society*
Editado por: Penguin Books Ltd., Harmondsworth Middlesex, England
© Penguin Books Ltd. - 1958
© de la edición española: ICARIA EDITORIAL, S. A.
De la Torre, 14, Barcelona-6
Traducción: Juan Torres
Revisión técnica: M.ª Eugenia Aubet
Primera edición: Marzo 1978
Segunda edición: Diciembre 1979
Diseño de la cubierta: Loni Geest/Tone Hoverstad
ISBN: 84-7426-033-7
Depósito legal: B 37.803-1979
Imprime: Romanyà/Valls - Pl. Verdaguer, 1. Capellades - Barcelona.

INTRODUCCION

El valor de todo libro clásico reeditado durante varios lustros, da por sí mismo la verdadera medida de la personalidad de su autor. *Prehistoria de la sociedad europea* de V. Gordon Childe es quizás uno de los mejores ejemplos. El libro no es fruto de un compromiso docente o editorial, sino como nos cuenta con extrema sencillez, es la necesidad de dar respuesta válida al fenómeno del «despegue» de las primitivas sociedades europeas frente a determinados entornos en los que análogos niveles iniciales permanecerán anclados.

La obsesionante búsqueda de sus causas, las sucesivas hipótesis y la necesidad de justificarlas, su rechazo y substitución por otras nuevas, cuestionadas a su vez, cristalizan en este libro del que cada edición ha sido esencialmente un libro nuevo y distinto. Es en realidad una condensación preciosa de los extensos conocimientos, fina sensibilidad y capacidad de síntesis y a la vez de rigor interpretativo y que explica el porqué del profundo impacto, aun no superado, de V. Gordon Childe en las generaciones de prehistoriadores actuales. De hecho *Prehistoria de la sociedad europea* constituye el primer intento moderno de interpretación socio-económica hoy tan en boga, de las primitivas sociedades europeas. Escrita con profunda pasión nostálgica por un espíritu investigador y científico que nunca se desinteresó de la problemática política de su tierra, que un tiempo llegó a protagonizar.

Destacan en toda la obra de V. G. Childe una serie de ideas

fijas, unas compartidas por los investigadores de su tiempo y otras no. Pesa por ejemplo su decidido orientalismo frente al occidentalismo que aquí representaba P. Bosch Gimpera. Pesa también en exceso su fidelidad a la interpretación difusionista de las culturas, solución que tras el fracaso del pangermanismo expansivo, retenía y enmascaraba la interpretación romántica de las invasiones para explicar cualquier cambio. No serán invasiones, sino migraciones pacíficas o colonizaciones si se quiere, pero siempre destaca un elemento exótico de substitución.

Consciente de la limitación que ofrece la arqueología y la necesidad de rebasarla para bucear en la historia social y económica de las comunidades primitivas, admite, como toda su generación, la validez de los moldes etnográficos con la sola cautela de prevenir al lector, con fuerza, sobre el carácter hipotético de las conclusiones fundadas en la arqueología.

Busca destacar desde los orígenes aquellos rasgos puramente europeos y admite que hasta bien entrada la última glaciación (Wurmiense) no puede hablarse de culturas específicamente europeas. Ese acento se acelera durante las fases climáticas preboreal y boreal para manifestarse claramente en la cultura Maglemosiense que le era tan familiar por sus experiencias personales en Star Car (Yorkshire). Estas poblaciones bien que residuales, efectuarán un gigantesco esfuerzo de adaptación a las cambiantes condiciones climáticas que habrán de provocar las profundas modificaciones de la gran llanura norte europea para dar las formaciones bálticas y el Mar del Norte. La herencia de las realizaciones maglemosenses se reconocerá aún hoy día entre las poblaciones campesinas de Eurasia.

Rota la unidad maglemosiense aparecen una serie de formas locales alguna de las cuales como la Ertebölle ofrecen ya técnicas puramente neolíticas como la cerámica. V. G. Childe ve menos clara y pasa muy por encima los problemas de la población postcuaternaria de las áreas meridionales y occi-

dentales en las que tras la fase aziliense, se implanta el micro-litismo con una economía cazadora renovada y desarrollo de grupos locales poco amplios, pero por lo mismo llenos de estímulos y de personalidad, de los que en buena parte creemos que habrá de depender la aparición de varias fórmulas neolíticas.

El concepto de «revolución neolítica» aportado por V. G. Childe es aceptado universalmente aunque utilizado muchas veces con total desconocimiento de su verdadera profundidad histórica, puesto que cubre varios milenios. En este libro se trata sólo a grandes rasgos para subrayar la inauguración de la nueva economía en la que el hombre coopera por primera vez con la Naturaleza en la obtención de recursos alimenticios vegetales y animales mediante la aplicación de una selección inteligente que le permite descubrir el cultivo y la domesticación. El proceso tiene lugar en el Próximo Oriente.

Aunque el sur de Europa y singularmente el área balcánica ofrece gramíneas susceptibles de mejora y selección para obtener formas cerealistas útiles al hombre. V. G. Childe insiste en que la nueva economía neolítica aparece en Europa ya formada «dispuesta a funcionar». Vemos en ello quizás una deformación por su propio panorama difusionista tan sugestivo. Esa difusión cultural luego será puntualizada con la aparición de los grandes círculos neolíticos europeos, aunque con vacilaciones que le dicta su instinto crítico. Así, el criterio evolucionista del autor le hace admitir un nivel neolítico precerámico en Oriente que hoy se tiende a substituir por la aparición de simples culturas o fases acerámicas sin carácter general ni valor cronológico alguno. Por lo mismo cuando se plantea el caso de Ertebölle con su cerámica, se aferra a su baja cronología y su situación tan lejana del foco oriental para considerarla, en todo caso, como eco de la cultura danubiana de la cerámica de bandas, pese a que en nada se le asemeja, y bien podría considerarse como una creación autónoma.

El considerar a la economía política como «introducida»

en Europa, le permite realizar la brillante síntesis interpretativa, pero tiene sin duda algunos fallos importantes ya que minimiza o desconoce el peso que pudo tener la población mesolítica anterior en cada zona. Más aún, incluso parece cierta contradicción con el propósito declarado de buscar la causa del «despegue» de las sociedades europeas. Por otra parte al partir de unos modelos nórdicos» maglemosienses, ha olvidado la gran área centro occidental y meridional europea y en particular la mediterránea.

Vemos hoy cómo la estricta continuidad de unos grupos de población puede protagonizar el enriquecimiento de una economía de pescadores y recolectores hacia formas netamente neolíticas, como ofrece, por ejemplo, Lepensky Vir. Por otra parte, la mera valoración de las gramíneas hace olvidar que en el área mediterránea el olivo, la vid, la higuera, etc., pueden haber jugado un papel incluso más importante para el desarrollo de una economía neolítica. El fraccionamiento de costas e islas, tan propicias a la pequeña ganadería, ofrecen un marco ideal para el desarrollo espontáneo de una autarquía económica para pequeños grupos familiares. «Itaca es cabrera, no eguasera», nos dice Homero en la Odisea, para destacar su diferencia con el continente, y ese verso califica decisivamente el área mediterránea.

Sentada la idea de una colonización neolítica, en fechas que en general tienden a poderse remontar hacia el sexto milenio, aparecen los primeros ciclos europeos, el balcánico de Starcevo, el de la cerámica cardial, el danubiano» de la cerámica de bandas y un posible occidental cuestionable. La dificultad es demostrar para ellos una filiación oriental incluso hoy después que el conocimiento del ciclo Hacilar-Chatal Hüyük haya multiplicado el conocimiento del neolítico anatólico. Basta recordar las verdaderas filigranas que hacen los investigadores de la prehistoria griega para intentar enlazarla con tal o cual cultura neolítica de Oriente. Los paralelos que ofrecen, débiles y nada convincentes, mantienen una elevada

dosis de subjetividad y buena voluntad, pero siempre rechazables. En realidad un único ciclo neolítico europeo concreto, el de la cerámica cardial, podría considerarse algo así como una colonización, pero por el momento tanto en el mediterráneo oriental como en el propio Oriente los paralelos son hasta ridículos por escasos. Pero si éste pudiera filiarse realmente al Oriente, debería reconsiderarse todo el neolítico europeo con una nueva perspectiva y admitir que sería desde la línea mediterránea y no egea ni balcánica la responsable de la introducción de las nuevas formas económicas, idea que hace años nos venimos planteando. Respecto a ella hemos de recordar que contrariamente a lo que indica el autor, aparecen cerámicas cardiales en Occidente muy lejos de la costa (provincias de Granada, Córdoba, Huesca, Teruel, en Andorra, etc.). También las semejanzas de galbos entre las cerámicas lisas de la llamada cultura de Almería o de yacimientos como Mas de Menente con culturas egipcias, por sus fechas avanzadas no se pueden poner en el renglón de las afinidades neolíticas más antiguas.

El fraccionamiento posterior de los primeros ciclos neolíticos a lo largo del neolítico medio y final son páginas densas e importantes en las que puede verse a esas sociedades cómo perfeccionan y crean mejoras y técnicas industriales, técnicas de transporte y un amplio comercio entre ellas por su propio impulso, es decir, han adquirido una dinámica propia.

Expone V. G. Childe a continuación su brillante interpretación de la «revolución urbana» en Oriente con originalidad, nada convincente, si la aplicamos a comunidades situadas en las zonas aluviales mesopotámicas. Ciertamente que la demanda de metal con la organización de una industria metalúrgica que comporta todas las fases desde el trabajo minero, el transporte y manipulación con una necesaria regularidad, implica gran acumulación de riqueza. Pero en primer lugar es preciso antes un conocimiento del propio metal y de sus posibilidades, propiedades y utilidad, pero es discutible si esa riqueza concen-

trada es causa o efecto de la concentración del poder divino o humano que habrá de caracterizar a la sociedad urbana. Parece lógica y de hecho así lo encontramos, la existencia de una sociedad puramente neolítica que descubra el metal y sus posibilidades como uno de tantos descubrimientos básicos (cerámica, tejido, sistema de molienda, etc.).

La adaptación de la técnica metalúrgica por las sociedades europeas constituye el definitivo impacto dada la gran riqueza en metales y en particular en estaño necesario para la fabricación del bronce, del que Oriente es deficitario. Las sociedades europeas del Egeo alcanzarán pronto un nivel urbano en el que ya se hallará presente la originalidad europea frente a lo oriental. Con su industria metalúrgica del bronce y sus exquisitas realizaciones técnicas, el Egeo se halla en condiciones de satisfacer las demandas orientales invirtiendo la dirección de las influencias. En Occidente la cultura megalítica con su enorme fuerza expansiva va a marcar con su sello característico la sociedad europea de la Edad del Bronce.

En conjunto *Prehistoria de la sociedad europea* de V. Gordon Childe es un libro que toda persona culta debe conocer, es más, debe estudiar si quiere comprender las causas de la originalidad cultural europea. No es, sin embargo, un libro de divulgación sino un verdadero manual redactado permanentemente como fruto maduro de una vida investigadora y escrito con apasionamiento por uno de los más grandes prehistoriadores de nuestro siglo.

J. MALUQUER DE MOTES.

Bocanegra, 11-12-77.

PROLOGO

La historia de Europa suscita dos preguntas fundamentales que la arqueología prehistórica debería estar en condiciones de responder. Los habitantes de Europa estaban hace cuatro o cinco mil años, por lo que se refiere a sus utensilios y a su organización económica, exactamente al mismo nivel que estaban —en un medio muy semejante— los habitantes del Este de Norteamérica hace sólo cuatrocientos años y al mismo nivel que están hoy algunas tribus indígenas de Nueva Guinea. ¿Por qué, pues, no permanecieron los europeos como bárbaros de la Edad de Piedra, desconocedores del uso de la escritura, lo mismo que sucedió con los pieles rojas y los papúes? Los prehistoriadores están de acuerdo en dar una respuesta a esta primera pregunta: la razón radica en la proximidad de Egipto y de Mesopotamia. Sólo en el valle del Nilo y en el delta del Tigris-Eufrates pudo crearse la organización económica y política necesaria para hacer que surgiera una industria metalúrgica. Y este primer paso en el «progreso», que ha diferenciado el Viejo del Nuevo Mundo, se dio allí hace once mil años. Los bárbaros europeos se aprovecharon de estos logros, pudiendo así dejar atrás la Edad de Piedra.

Pero esta respuesta suscita en seguida la segunda pregunta: ¿Cómo pudieron los europeos aventajar a sus maestros orientales de la manera en que lo han hecho? Ciertamente, los rasgos esenciales de la economía y constitución política, necesarios para el mantenimiento de la industria metalúrgica que na-

cía, persistieron en el Oriente aun cuando los imperios de la Edad del Bronce de Egipto y de Mesopotamia hubieran sido sustituidos por otros como el Imperio Persa, las monarquías helenísticas, el Califato, el Imperio Otomano, etc. Las modificaciones tecnológicas que se produjeron entre las primeras y las últimas muestras del modelo primitivo —el hierro, la rueda hidráulica, la escritura alfabética, las matemáticas puras, etcétera— fueron inventos introducidos o impuestos por los bárbaros y con mucha frecuencia además por los bárbaros europeos.

En la primera edición de mi obra «Dawn of European Civilization» (1925) y en la segunda (1939) justificaba la respuesta dada anteriormente a la primera pregunta con una plétora de argumentos arqueológicos de tipo técnico, hasta el punto de que el lector podría tener la impresión de que las culturas europeas de la Edad del Bronce eran sólo imitaciones degeneradas y barbarizadas de las civilizaciones orientales, mientras que en mi obra *Nacimiento de las civilizaciones orientales*, y en «What happened in History» intenté valorar el alcance de los adelantos orientales. Pero en 1940 C. F. C. Hawkes, en su obra «Prehistoric Foundations of Europe», insistía en que la Edad del Bronce europea, lejos de ser sólo una degeneración de la cultura oriental, mostraba ya desde su origen innovaciones reveladoras de un progreso cuyos rasgos eran claramente europeos. Sin embargo, C. F. C. Hawkes no explicaba al lector en qué radicaban estos rasgos específicamente europeos. En 1955, al escribir de nuevo mi obra «Dawn of European Civilization», creí comprender el cómo y el porqué los europeos de la Edad del Bronce pudieron diverger y divergieron del modelo oriental, dando así respuesta a la segunda pregunta. En la sexta edición he expuesto mis conclusiones en un lenguaje técnico sepultado bajo una densa acumulación de nombres de culturas exóticas y haciendo referencia a oscuros períodos. Aquí he intentado presentar los argumentos en unos términos más sencillos y sin recurrir a una documentación arqueológica oscura y casi siempre poco convincente.

A pesar de esto, se ha deslizado una cierta cantidad de aburridos tecnicismos. El lector puede evitar el aburrimiento y, sin embargo, comprender las conclusiones, omitiendo los capítulos 4 y 5, excepto por lo que se refiere a las páginas 47 y 78-81, y considerar a los «misioneros megalíticos» y a los «pastores guerreros» del capítulo VIII (1) y (2) casi con el mismo desdén. Si me he servido de un cierto número de términos técnicos, ha sido para ahorrar palabras o sencillamente porque sonaban bien; dichos términos se hallarán explicados en un glosario. Dos mapas ayudarán a los lectores a localizar aquellos lugares difíciles de encontrar en un atlas, a comprender lo que entiendo por «Sammland», «Levante» y otros nombres, así como a seguir la ruta del ámbar. Las notas numeradas por series, impresas al final del texto, remitirán a los estudiosos a las fuentes autorizadas en que las pruebas en que se apoyan mis argumentos se hayan expuestas con todo tipo de detalles técnicos.

Para terminar, quiero dar las gracias a mi antigua alumna y antigua colega, Dra. Isobel Smith, por haber aceptado la ingrata tarea de revisar las pruebas de imprenta de un autor que se encuentra en las antípodas.

V. GORDON CHILDE.

Kattomba, Blue Mountains (Australia).

1 de junio de 1957.

1 FINEŚ Y METODOS

El principal objetivo de este libro es mostrar cómo, ya desde los tiempos prehistóricos, las sociedades bárbaras de Europa se conducían de una manera específicamente europea que anunciaba, si bien de manera vaga, el contraste —que se ha hecho evidente en los últimos mil años— entre dichas sociedades europeas y las sociedades africanas o asiáticas. Ahora bien, el aspecto más sobresaliente y más decisivo de este contraste se ha puesto de manifiesto en los dominios de la ciencia y de la tecnología. La manifiesta superioridad de la tecnología europea fue debida a la aplicación de la ciencia, si bien es evidente que también el progreso de la ciencia «pura» ha estado condicionado por los resultados de dicha aplicación. (La mecánica ondulatoria y la relatividad no hubieran podido concebirse sin la utilización de los abundantes caudales de la «corriente eléctrica» y sin los aparatos que la ciencia aplicada, es decir, la tecnología, ha puesto a nuestra disposición). El autor sostiene que la dicotomía entre ciencia y tecnología es históricamente falsa. Los antepasados espirituales de los científicos modernos fueron los artesanos anteriores al uso de la escritura mucho más que —o al menos tanto como— los magos bárbaros o los sacerdotes babilónicos; la transmutación de los metales lograda por los físicos nucleares debe más a las afortunadas operaciones de los alfareros y fundidores prehistóricos que a las especulaciones de los alquimistas alejandrinos o árabes. Aceptada esta suposición, el autor espera demos-

trar también por qué las sociedades europeas pudieron crear una ciencia europea. La explicación tiene que ser, naturalmente, sociológica, no biológica. La ciencia, como la tecnología es creación de las sociedades, no de las razas; sus preceptos y resultados son transmitidos por tradición social, no «por la sangre».

Las pruebas son, desde luego, puramente arqueológicas. En el terreno de la arqueología¹ las sociedades no están representadas por los esqueletos de sus muertos, sino por los resultados permanentes de su comportamiento: por sus cacharros y plantas de viviendas, por sus adornos personales y ritos funerarios, por los materiales traídos de lejos, etc. Los arqueólogos dividen y clasifican estos restos en diferentes *tipos*, y cuando los mismos tipos se encuentran reunidos repetidas veces en diferentes lugares dentro de una región determinada, son agrupados juntos para representar lo que denominamos *culturas*. Los cacharros, planos de viviendas, etc., pueden reducirse a tipos abstractos, ya que no expresan costumbres individuales, sino maneras tradicionales de fabricar cacharros, de construir casas, de enterrar a los muertos y de ataviarse las personas. Y si los mismos tipos se encuentran juntos repetidas veces, es porque las tradiciones que encarnan fueron sancionadas y transmitidas por una sociedad de seres humanos susceptibles de comunicarse y de cooperar. En este sentido, las «culturas» de los arqueólogos representan realmente sociedades.

Las culturas que aquí tratamos son prehistóricas en su mayoría; la escritura no constituía para las mismas un elemento de expresión en su conducta tradicional, o si lo fue, sus resultados no han sobrevivido. Por esta razón, estas sociedades son anónimas; ignoramos el modo en que se designaban a sí mismas y casi nunca sabemos cómo las llamaban otros pueblos. Por tanto, los prehistoriadores les asignan nombres convencionales, arbitrarios y con frecuencia extraños, a modo de etiquetas. Las denominaciones arqueológicas suelen ser las de aquellos lugares donde se identificaron por primera vez los tipos distintivos de una sociedad.

Por la misma razón, los sucesos arqueológicos, los hechos relativos a una u otra sociedad, no pueden ser fechados por los reinados de los reyes o en relación con nuestra era o con cualquier otra. El modo como los prehistoriadores pueden descubrir la sucesión de una serie de culturas y el orden en que las distintas culturas se suceden las unas a las otras en una determinada región natural, es utilizando medios puramente arqueológicos. Estos períodos culturales, designados con frecuencia de manera confusa, sirviéndose de los mismos términos que aquellos de la cultura que los caracteriza, proporcionan útiles divisiones de la prehistoria de Gran Bretaña o de Creta, o de cualquier otra región natural semejante. Pero una sucesión de culturas tan sólo nos proporciona una *cronología relativa*. No nos da ningún indicio sobre qué acontecimientos arqueológicos acaecidos en Gran Bretaña son contemporáneos de otros acaecidos en Creta o en cualquier otra comarca.

Los métodos arqueológicos han establecido también una sucesión de estadios en el progreso económico o tecnológico, que se suceden los unos a los otros en el mismo orden a través de todo el Viejo Mundo. Comenzaron como «las tres Edades» —edades de Piedra, del Bronce y del Hierro— para convertirse en el Paleolítico (Inferior, Medio y Superior), Mesolítico, Neolítico, Paleometálico (Bronce y Hierro). Pero, aunque estos estadios fueran en todos sitios homotaxiales (es decir, que ocupaban la misma posición), ninguno de ellos tiene por qué ser contemporáneo del mismo estadio en otras regiones. Así, por ejemplo, el estadio neolítico terminó en Egipto con anterioridad al 3000 antes de J. C., mientras que en Nueva Zelanda terminó en el 1800 después de J. C. Las edades o estadios son sólo, por lo tanto, repetimos, guías para una cronología relativa.

Pero, naturalmente, la prehistoria, lo mismo que toda la historia, requiere una cronología rigurosa, un marco global de referencia dentro del que sea posible observar y comparar los hechos arqueológicos de todo el mundo. Idealmente, esto debería expresarse en años computados por las revoluciones de

nuestra tierra alrededor del sol. Para los acontecimientos relativamente recientes, este marco nos es proporcionado por documentos escritos, de los que disponemos en Egipto a partir del 3000 antes de J. C., conteniendo los nombres de los reyes y la duración de sus reinados, y en Mesopotamia desde el año 2500 aproximadamente. En circunstancias favorables es posible equiparar, mediante un intercambio de productos fechados arqueológicamente, los períodos culturales de Gran Bretaña, por ejemplo, con períodos fechados arqueológicamente de la historia egipcia. Pero en Europa estos sincronismos nos permiten rara vez remontarnos más allá del 1500 y nunca más del 2200 antes de J. C.

Por otra parte, para los tiempos muy primitivos, como el Pleistoceno de los geólogos, los períodos culturales pueden tener una correlación con los sucesos geológicos que afectaron a toda la tierra, como son las cuatro grandes glaciaciones y los cambios consiguientes que se produjeron en el nivel de los mares². Estos fenómenos geológicos constituyen un marco global de referencia, que si bien muy burdo, permite situar los acontecimientos arqueológicos del Paleolítico o de la vieja Edad de Piedra. A partir de 1945 se ha descubierto que la descomposición del isótopo radiactivo del carbono C 14 puede proporcionar una escala precisa para determinar en años la edad de cualquier objeto orgánico encontrado en un depósito arqueológico, lo cual permite también fechar el depósito mismo³. Este método está todavía en sus comienzos; hasta ahora se han publicado muy pocas conclusiones, y los resultados, no siempre concordantes, han revelado complicaciones imprevistas. En cualquier caso, los resultados son todos ellos aproximados, con un margen de error del orden de tres siglos más o menos en algunos casos. Las fechas obtenidas por el radio carbono 14 que damos en adelante deben ser tomadas, pues, de manera provisional y aproximada. ¡Hemos omitido cifras tales como 350!

Sólo una parte de la actividad humana de las sociedades se fosiliza dejando así vestigios en los documentos arqueológicos.

El lenguaje, en particular, no se fosiliza en absoluto, a menos de ser confiado a la escritura. Por tanto, puesto que tratamos de sociedades anteriores al uso de la escritura, no podemos aplicar a éstas denominaciones puramente lingüísticas tales como célticas, semíticas o arias. Pueden deducirse, si bien de manera bastante precaria, otros elementos de la conducta social cuyos resultados no se conservan, partiendo de aquellos que han sobrevivido. No podríamos pretender describir a estas sociedades, si no sabemos nada acerca de su estructura y de su organización⁴. Sinceramente, es imposible decir, a partir de datos puramente arqueológicos, si el parentesco era considerado patrilineal o matrilineal, si el matrimonio era matrilineal o patrilineal, o incluso hasta qué punto la uniformidad cultural reflejaba cierto tipo de unidad política. Sin embargo, la arqueología puede, por lo menos, proporcionar indicios sobre la forma de gobierno o sobre la existencia de divisiones jerárquicas dentro de una sociedad. Si así resulta difícil identificar la existencia de una gerontocracia o de una oligarquía, en cambio sería posible identificar a los simples jefes o soberanos gracias a sus palacios o a sus tumbas. Con la ayuda de analogías etnográficas también podría ser posible hacer una distinción entre la categoría de unos y otros. Así, yo quisiera sugerir una distinción entre jefe y rey. El primero, aunque investido de la autoridad y de los derechos y deberes propios de su estado y de la responsabilidad de su cargo, y disfrutando de un prestigio y de todo tipo de regalos, seguía siendo, sin embargo, miembro de la sociedad —un miembro del clan o de la tribu—, que debería, por lo tanto, compartir con el resto los peligros y fatigas de la vida económica y guerrera. Un rey, por el contrario, estaría, lo mismo que un faraón egipcio, situado por encima de la sociedad, exento de toda tarea manual e investido de la autoridad para gobernar. Los jefes interpretan la costumbre, pero se hallan sometidos a la misma; los reyes son ellos mismos quienes crean las leyes. Los jefes debían ser enterrados en tumbas semejantes a las de los otros miembros de

la sociedad, si bien mayores y más ricamente adornadas. Las tumbas de los reyes debían sobresalir de las demás por ritos particulares y construcciones excepcionales.

No menos importante sería la división del trabajo, ya fuera dentro de las comunidades o entre las mismas. La división «natural» del trabajo, basada en el sexo y en la edad, no es probable que sea revelada directamente por la documentación arqueológica. No obstante, por analogía con sociedades recientes que se encuentran a un nivel tecnológico semejante, los prehistoriadores suponen generalmente que la preparación de los alimentos, el hilado, el tejido, la confección del vestido, y también el cultivo de parcelas sin ayuda del arado y la fabricación de cacharros domésticos sin torno, eran trabajos desempeñados por la mujer. Una confirmación de esta última suposición puede hallarse en las huellas dactilares, que se suponen de mujer, encontradas en un cacharro neolítico ruso⁵; así como en el uso de anillos, llevados normalmente por las mujeres, los cuales se utilizaron para decorar vasijas en la Edad del Hierro en Alemania⁶. En cuanto a la división social del trabajo propiamente dicha, tendríamos que distinguir entre especialistas dedicados parcialmente a su oficio o expertos y especialistas dedicados exclusivamente a su oficio, o profesionales⁷. Los etnógrafos nos han familiarizado con las expresiones «maestros» o «expertos», los cuales, aunque basaran su subsistencia en la caza, la pesca o la agricultura, aumentaban su prestigio o incluso sus provisiones de alimentos mediante el ejercicio de un oficio, tal como el del pulimento del pedernal, carpintería o hechicería. En cualquier comunidad dada, un hombre como éste puede fabricar puntas de flecha o construir casas para los demás, pero mientras siga cultivando u obteniendo sus propios alimentos no será admitido como un profesional. Este último basa por entero su subsistencia en el intercambio de los objetos que fabrica por el alimento producido por sus clientes. Incluso en el caso de que tengan la suerte de encontrar un taller de pulimento de sílex o un taller de alfa-

rero, los arqueólogos difícilmente pueden decir si allí trabajaba un profesional o simplemente un experto. Basándose en analogías recientes, suponen que los cacharros fabricados con el torno y los objetos de metal fundido eran producidos por profesionales dedicados exclusivamente a su oficio. Las observaciones etnográficas indican que todavía es más difícil de determinar una división parecida en la especialización intercomunal. La arqueología descubre minas de pedernal y «talleres de hachas», así como una amplia extensión de la distribución de sus productos. Estos trabajadores no cabe duda que eran expertos, pero, ¿vivían del trueque de los objetos producidos a cambio de los alimentos suministrados por los agricultores, o también ellos a su vez cultivaban la tierra o criaban ganado? En cualquiera de ambos casos, ¿formaban los mineros o los fabricantes de hachas una comunidad distinta, establecida permanentemente en las cercanías de la mina o cantera, o acudían allí periódicamente desde los poblados donde habitaban normalmente con otros agricultores? ⁸.

Por último, una laguna particularmente profunda en nuestro conocimiento de las sociedades anteriores al uso de la escritura es la total desaparición de todo indicio directo relativo a las normas de conducta sexual socialmente admitidas. A lo más podemos inferir por tumbas dobles en las que un varón y una hembra adultos habían sido enterrados juntos que la monogamia se practicaba normalmente ⁹. Las conclusiones que se sacan con frecuencia de la práctica del sati —es decir, el sacrificio de la esposa para acompañar a su señor— son todavía más dudosas.

Deberíamos advertir al lector sobre el carácter hipotético de la mayoría de las conclusiones arqueológicas. Le pedimos aquí que acepte sólo las deducciones más probables y sobre las que existe un acuerdo general, pero que incluso éstas son, a lo más, probables. Solamente para evitar el aburrimiento omito el signo de interrogación, el «probablemente» o el «quizá», que deberían acompañar a la mayoría de las frases.

2 CAZADORES Y PESCADORES DE LA EUROPA GLACIAR

No cabe duda de que la civilización y las sociedad europeas deben parte de sus cualidades específicas a la privilegiada posición del continente, situado entre los paralelos 35 y 60, a sus largas costas recortadas que confieren en general un clima más moderado y agradable que el que pueda gozar otra masa continental parecida, y a la riqueza de sus recursos minerales. No es necesario recapitular aquí lo que puede ser aprendido en cualquier manual de geografía, fuera de subrayar ciertos factores que fueron particularmente favorables al desarrollo cultural en sus estadios más primitivos. Señalemos, primero, el contraste que existe entre la zona mediterránea de veranos secos y cálidos e inviernos suaves y húmedos y la zona templada de bosques de hoja caduca y pluviosidad anual de distribución uniforme. Estas diferentes zonas ecológicas requerían divergentes adaptaciones por parte de sociedades que no se hallaban separadas por barreras demasiado infranqueables, al tiempo que se abrían ante las mismas toda una serie de condiciones ventajosas. El Mediterráneo, mar cerrado y relativamente estrecho, tachonado de islas, constituía, como el Báltico y el mar de Irlanda, una escuela ideal para los navegantes y, en vez de obstaculizar, no tardó en favorecer el movimiento de personas y mercancías, así como la difusión de las ideas. Un amplio sistema de ríos y de arroyos navegables para las embarcaciones ligeras, que a veces tenían que ser acarreadas a hombros a causa de los frecuentes obstáculos, aseguraba las comunica-

ciones entre los bosques de la zona templada. Las barreras montañosas de los Pirineos, los Alpes y los Balcanes separan, desde luego, el Mediterráneo de la zona templada. Pero estas barreras pueden ser franqueadas por ambos extremos, mientras que hacia el centro, un paso estrecho que atraviesa la cordillera del Brenner conduce desde la cuenca del Danubio al Adigio y al Mediterráneo. Por último, abundantes reservas de pedernal y de piedra de sal, de oro, de cobre y, sobre todo, de estaño, al que hay que añadir el mágico ámbar de Jutlandia y de Sammland, ejercían ya desde los tiempos prehistóricos un poderoso estímulo para los intercambios intertribales.

Ya en las edades glaciares del Pleistoceno cristalizaron algunas culturas típicamente europeas y empezaron a adaptarse genéticamente algunos tipos raciales al medio ambiente en transformación. Pero hasta el final de la edad glacial —la glaciación de Würm— no podemos identificar ninguna cultura específicamente europea, y menos aún una raza europea. Ni siquiera entonces resultan nada evidentes las contribuciones directas del Paleolítico superior a las culturas posteriores, mientras que es bastante incierta la proporción de elementos indígenas aportados por las sociedades neolíticas europeas que éstas heredaron del Pleistoceno. Por tanto, por lo que se refiere a nuestro propósito, podemos pasar por alto bastante sucintamente la Vieja Edad de Piedra.

Es necesario recordar que en el período en que amplias capas de hielo cubrían, desde los Highlands escoceses y las montañas escandinavas, la mayor parte de Gran Bretaña al norte del Támesis y de Alemania hasta el Saale, y los glaciares se extendían más allá de los Alpes y de los Pirineos, fuera de los bordes del hielo, las tundras y las estepas alimentaban grandes rebaños de mamíferos: mamuts, rinocerontes peludos, bisontes, caballos salvajes, renos. Esta caza, especialmente los grandes paquidermos, ofrecía una presa fácil y muy provechosa incluso para los cazadores paleolíticos, a pesar de ser su utillaje muy pobre. Estos cazadores crearon culturas adap-

tadas a la caza de estos animales, las cuales se extinguieron, sin embargo, una vez que desaparecieron las condiciones particulares que las habían producido. En efecto, las glaciaciones fueron interrumpidas por tres largos intervalos cálidos llamados interglaciares, durante los cuales las capas de hielo y los glaciares se derritieron completamente, mientras que cada glaciación fue interrumpida a su vez por uno o más interestadios, durante los cuales el hielo retrocedió sin desaparecer del todo.

Durante el primer avance de los hielos de la última glaciación, es decir, durante el Würm I, nuestro continente estaba poblado según parece sólo por «hombres» de la raza de Neanderthal, los cuales se abrigan solamente en cuevas y vivían de la caza del mamut sobre todo, caza que practicaban con ayuda de lanzas arrojadas de punta de sílex, de pesados proyectiles, y puede que sirviéndose también de simples trampas. Cabe suponer que el *Homo neanderthalensis* fuera específicamente diferente del *Homo Sapiens*, de cuya especie se supone que proceden todos los hombres modernos. De ser así, el hombre de Neanderthal no habría contribuido para nada a la constitución genética de la población europea. En este caso, sería difícil comprender cómo las tradiciones de la cultura musteriense que poseían los hombres de Neanderthal para la caza del mamut durante el Würm I pudieron haberse incorporado a las tradiciones de las culturas europeas posteriores.

No obstante, parece que cierto tipo de utillaje musteriense y ciertas particularidades de la técnica musteriense utilizada para tallar el sílex vuelven a surgir en las culturas posteriores del Paleolítico superior. Sin embargo, estrictamente hablando, no todos los utensilios musterienses fueron obra de los hombres de Neanderthal. Durante el último período interglaciar, tales utensilios fueron fabricados en Italia y en Alemania por hombres que, aunque fueran decididamente neanderthaloides, mucho más neanderthaloides, desde luego, que usted o que yo, estaban mucho menos especializados que sus sucesores de la siguiente glaciación de Würm. Es muy posible que hubieran

mantenido relaciones con gentes del tipo *Homo Sapiens*, o que incluso ambas razas llegaran a mezclarse. Podemos incluso suponer que este tipo neanderthaloide, falto de especialización, evolucionara hasta convertirse en el *Homo Sapiens*. En Palestina¹⁰ se conocen industrias del sílex pertenecientes a una etapa de transición entre el musteriense y el Paleolítico superior clásico, y se ha sostenido que la «cultura de Audi» en Francia representaba igualmente una etapa de transición, si bien esta última suposición no es tenida hoy en consideración por los prehistoriadores¹¹. Por otra parte, hombres de un tipo anterior al *Homo Sapiens* habitaban en Francia y en Inglaterra antes de la última glaciación¹².

En cualquier caso, este hombre moderno (del tipo sapiens) hace su aparición en Europa durante la mejoría climática del interestadio que interrumpió la última glaciación y que se denomina Würm I/II. Estos hombres llegaron con una cultura ya elaborada, o por lo menos con una técnica muy superior de tallar el sílex¹³. Habían aprendido a fabricar utensilios y hojas de pedernal más perfeccionadas y siguiendo un procedimiento más sencillo. Con estos nuevos instrumentos podían utilizar también con fines industriales el hueso, el asta de venado y el marfil. De este modo estaban en condiciones de inventar armas arrojadas ligeras, cuya utilización contribuyó a aumentar de manera espectacular los recursos alimenticios obtenidos mediante la caza, lo cual permitió y favoreció un aumento rápido de la población. Más o menos, el mismo tipo de utensilios de sílex de talla perfeccionada hace su aparición hacia la misma época en el norte y este de África y en algunas partes del sudoeste de Asia.

En Europa, los cazadores afortunados provistos de este nuevo armamento pudieron desarrollar varias culturas, todas ellas ricas, si bien diferentes. Incluso en el curso del período interglaciario, los auriniacienses se especializaron en la fabricación de utensilios de hueso, asta de venado y herramientas de pedernal; todo este utillaje contaba también con un juego de

herramientas de carpintero. Daban caza a los osos de las cavernas y a los animales salvajes de manera más sistemática que al mamut y a otros rúmiantes de las estepas y la tundra. Por otra parte, los auriñacienses fueron los primeros europeos conocidos que aprovecharon los peces que abundaban en nuestros ríos, pues los musterienses habían desdeñado claramente este valioso recurso alimenticio. En Francia, los auriñacienses empezaron a practicar las artes mágicas que, en las fases glaciares posteriores, culminaron en las pinturas y dibujos de las cuevas, famosos en todo el mundo. Los auriñacienses inventaron cómo representar en dos dimensiones aquello que percibían como tridimensional. Las aplicaciones más antiguas que se pueden fechar de este descubrimiento trascendental proceden sin lugar a dudas de la Europa occidental. Esto no quiere decir que este descubrimiento fuera hecho en Europa solamente y difundido desde aquí, ni que todo el arte pictórico surgiera de los esfuerzos infantiles de los auriñacienses franceses, aunque es probable que tengan allí su origen todas las pinturas paleolíticas y mesolíticas europeas.

Con el retorno de la Edad glaciaria, representada por el Würm II, los bosques dieron lugar una vez más a las estepas y tundras, incluso en la Europa occidental. Aquí y en la Europa central, Ucrania y el sur de Rusia, surge la cultura gravetiense como una adaptación del ser humano a las condiciones de la nueva glaciación. Los gravetienses cazaban preferentemente animales en rebaño, tales como el mamut, el bisonte y el caballo salvaje, que habitaban las estepas donde cada verano los ásperos vientos que arrastraban el hielo depositaban una capa de polvo que llegaría a formar el loes. Los gravetienses armaban sus proyectiles con puntas de sílex en vez de hueso, y habían aprendido a construir refugios artificiales¹⁴, sin los que la caza del mamut en la estepa abierta hubiera resultado imposible. Las chozas se excavaban en el loes a una profundidad de unos 0,61 metros más o menos, cubiertas con pieles de animales, sostenidas sobre un armazón de colmillos

o de retoños de árbol, y medio enterradas en un montículo de tierra para protegerse de las ráfagas heladas. Los gravetienses fabricaban también obras de arte, no sólo movidos por un impulso artístico, sino también con fines mágico-religiosos. Las más conocidas son unas estatuillas femeninas, talladas en marfil de mamut o en piedra blanda, o incluso moldeadas en arcilla y en ceniza. Los caracteres sexuales aparecen siempre acentuados, mientras que prácticamente no están señalados los rasgos faciales. (De más de sesenta estatuillas, solamente hay dos que tengan los rasgos faciales señalados). Es de suponer que estas estatuillas se utilizaran en algún rito para promover la fertilidad de la naturaleza. Resulta inevitable que permanezcan ignoradas las ceremonias y las creencias que las inspiraron o a las que dieron origen. Pero casi todas las primitivas sociedades campesinas del sudoeste de Asia y del sudeste de Europa fabricaban estatuillas femeninas parecidas. También se fabricaban pequeños modelos de animales, pero mientras los campesinos modelaban toros y vacas, los grave-tienses fabricaban mamuts y otros animales de caza.

Parece que durante el mismo período glaciario se interrumpió el desarrollo de las tradiciones culturales del Paleolítico Superior, debido a la difusión de la famosa «cultura solutrense». Esta cultura debería llamarse en rigor industria; se trata tan sólo de un nuevo método de afilar las lascas de sílex, lo que dio lugar a unas puntas de lanza y armas arrojadas más perfeccionadas. Dado que los tipos así fabricados no son diferentes según cada región, los prehistoriadores se muestran hoy día inclinados a considerar esta «cultura» o industria más como un ciclo de culturas, reservando el término solutrense a las culturas de la Europa occidental y designando con el término Szeletense¹⁵ a las culturas semejantes de la Europa central. Puede indentificarse otro grupo en la Europa oriental, en la comarca que se extiende desde el Don al Kuban¹⁶, mientras que las culturas aterienses del Norte de Africa y la llamada de Still Bay del Africa oriental exhiben formas y técnicas «solu-

trenses», aunque nunca se les haya aplicado esta denominación. Las innovaciones introducidas en las tradiciones comunes del Paleolítico Superior ofrecen una renovación de ciertos tipos y técnicas musterienses por lo que se refiere a las hojas de sílex de todas estas culturas. Pudiera ser, sin embargo, que todas ellas hubieran surgido independientemente en diversos lugares y que denoten una fusión de las tradiciones musterienses con las tradiciones locales del Paleolítico Superior. En el sur de Rusia, sin embargo, las innovaciones en cuestión son susceptibles de comprobación en el período interglaciar de clima suave, mientras que más al occidente no aparecen hasta la siguiente fase glacial del Würm II. En la misma época, tanto en el sur de Rusia como en España, y aunque de manera menos clara en el norte de Africa, aparecen objetos que semejan puntas de flecha. Si las apariencias no engañan, tendríamos aquí los primeros indicios de la invención del arco. No se puede descartar la posibilidad de que existiera cierta clase de contacto entre las diversas sociedades que adoptaron la técnica «solutrense». En particular, parece tan evidente un acuerdo mutuo entre España y el norte de Africa, que resulta acertado deducir la existencia de comunicaciones directas a través del Mediterráneo y, por tanto, de cierta clase de embarcación.

En todo caso, la cultura «solutrense» de la Europa occidental y central parece que fue un breve episodio que no ejerció ningún influjo apreciable en la evolución posterior. En la Europa oriental, por el contrario, las técnicas solutrenses se aplicaron a veces posteriormente a la industria del sílex del Gravetiense oriental (Kostienki)¹⁶ subsistiendo localmente incluso en la industria mesolítica swideriense, a la que volveremos más tarde.

Durante el largo y discontinuo retroceso de las capas de hielo de los glaciares, la caza de los rebaños de renos y bisontes y la explotación sistemática de los bancos de salmón del norte de España, Francia y sur de Alemania, así como en Bohemia, permitieron el surgimiento de lo que parece haber sido la

cultura más rica y más brillante jamás creada por sociedades de recolectores en ninguna parte del mundo, es decir, la cultura magdaleniense. Sus características únicas se basan sobre todo en la gran calidad del arte naturalista expresado en los dibujos y pinturas grabados en lugares remotos y recónditos de cavernas oscuras e inaccesibles, en bajorrelieves en los abrigos superficiales de las rocas y en las numerosas esculturas y tallas de marfil de mamut, hueso, asta de venado, guijarros y hasta en bloques de ámbar y ocre. Este arte tenía naturalmente su origen en las precedentes culturas auriñaciense y gravetiense, pero sólo alcanza su punto culminante con el magdaleniense y atrae todavía a los europeos de nuestros días debido a su claro naturalismo y a su impacto directo. Los animales aparecen representados con una extraordinaria sensibilidad y precisión, tal como su autor los veía, sin estar deformados por el pensamiento conceptual. Cada pintura o escultura es el retrato de un animal particular. Las escasas representaciones de la forma humana¹⁷ nos parecen, por el contrario, grotescas caricaturas, fenómeno que no se debía a ninguna falta de capacidad de los artistas magdalenienses, sino a una peculiaridad de las facultades de percepción de todos los salvajes y bárbaros. Nada que merezca el nombre de retrato humano es anterior a la paleta de Narmer o a la revolución urbana.

El arte magdaleniense y los ritos mágicos a los que éste rendía culto eran el resultado de una cultura material maravillosamente adaptada a las condiciones particularmente propicias de Europa en el último período glaciario. Al final de esta Edad glaciaria, esta cultura se derrumbó, y con ella se extinguieron sin dejar rastro el arte y el ritual en los que aquélla se basaba. Algunos elementos del utillaje de caza y de los avíos de pesca magdalenienses subsistieron naturalmente; pero no ha sido posible descubrir ningún resto parecido de las tradiciones artísticas o rituales, lo cual justifica el que sólo hayamos hecho aquí un examen superficial de un período tan importante.

En la España oriental, en Sicilia¹⁸ y en el norte de África¹⁹, los cazadores pintaron o grabaron también sobre las rocas. Puede que estas pinturas estuvieran también inspiradas por la tradición auriñaciense, aunque en cuanto al estilo divergen enormemente del magdalenense. Las pinturas del este de España son animadas escenas impresionistas, que no ofrecen en absoluto un simbolismo convencional, pero que, no obstante, son en cierto modo símbolos conceptualizados. En el estilo, y a veces incluso en cuestiones de detalle, se parecen en general de manera extraña a algunas pinturas del Sahara, e incluso a las pinturas bosquímanas de Rhodesia. Puede que este arte empezara durante las fases gravetienses o solutrenses españolas, y es seguro que continuó hasta que los pastores y sus ovejas domesticadas hubieron llegado a la península ibérica²⁰. Los artistas norteafricanos pintaron pastores y cazadores. En el resto de Europa, las tradiciones gravetienses, modificadas a veces por las solutrenses, subsistieron durante el último período glaciario sin experimentar modificaciones apreciables, por lo menos hasta donde los arqueólogos han podido llegar en sus descubrimientos. Podemos solamente mencionar un campamento de cazadores de mamut enterrado en el loes de Mezin, en Ucrania, a causa del arte decorativo excepcional que ofrecen sus representaciones. Brazaletes de marfil y otros objetos pequeños estaban totalmente cubiertos de continuos meandros, usados como un motivo reiterado, es decir, repetido en todos sentidos a fin de cubrir toda la superficie. Este motivo, aunque se ejecutaba con facilidad en la fabricación de cestería, es muy poco común en el arte primitivo, pero los primeros agricultores neolíticos lo utilizaban de manera sistemática justamente en las tierras de loes del sudeste de Europa.

Este largo período glaciario terminó por llegar a su fin. Los glaciares se retiraron hacia las altas montañas y las extensas capas de hielo de Escandinavia y de Escocia se fundieron y disminuyeron paulatinamente. Los árboles del bosque invadieron las estepas y la tundra de lo que sería a partir de entonces

la Europa templada. La fauna cambió con el clima y la vegetación. El mamut ya se había extinguido y el reno siguió hacia el Norte la retirada de los hielos. Los rebaños de hervíboros que habían pacido en las estepas fueron sustituidos por animales más solitarios, como el ciervo rojo, el corzo, el buey salvaje y los jabalíes, cuya caza exigía una táctica más difícil y el uso de nuevos instrumentos. Esto significó el final de las culturas que habían aportado prosperidad a los cazadores del Paleolítico Superior. Esta adaptación a unas nuevas condiciones realmente más duras se hallaba representada por las llamadas culturas mesolíticas²¹, las cuales se basaban igualmente en la pesca, la caza y la recolección, aunque en todas ellas los cazadores estaban asistidos por perros más o menos domesticados.

En Francia subsistieron algunos descendientes de los magdalenienses, llamados azilienses, albergándose en cavernas y asegurándose una pobre existencia mediante la recolección de alimentos silvestres, la pesca y la caza de animales pequeños. No parece que poseyeran ninguna clase de arco, como tampoco los magdalenienses.

Mezclados con los azilienses, aunque extendiéndose mucho más lejos (por todo el Mediterráneo occidental, en dirección a Gran Bretaña y al norte de Europa y de nuevo a las estepas, tierras adentro del Mar Negro), vivían bandas de arqueros que acampaban generalmente en los terrenos arenosos de los bosques o en las costas azotadas por el viento. Se les conoce casi exclusivamente por los «sílex pigmeos» o «microlitos geométricos» con los que armaban sus dardos y flechas. (Estos microlitos son calificados de «geométricos» porque muchas de estas hojas diminutas habían sido hábilmente talladas en formas geométricas regulares, tales como triángulos, trapecios, crecientes). Todas estas bandas de arqueros solían ser catalogadas globalmente bajo el título general de «Tardenoisenses», pero estudios más profundos y análisis estadísticos han revelado los rasgos imprecisos de varias culturas diferentes, de las que

hasta ahora se ha identificado provisionalmente una cultura epigravetiense en la Península Ibérica, una cultura grimaldiense en Italia y una cultura sauveterriense en Francia y en Gran Bretaña. Es curioso observar cómo mucho más allá de las fronteras de Europa se encuentran industrias microlíticas, incluso en la India y en Australia, y sobre todo en Africa. No es fácil que todas estas industrias geométricas de vasta dispersión, por muy originales que parezcan, tengan su origen en una sola tradición. Ciertamente, en Europa, los trabajadores epigravetienses del sílex mostraron más tarde una inclinación a reducir sus hojas a un tamaño diminuto y a dar a las mismas una forma geométrica, especialmente en torno al Mediterráneo, y también en el centro de Francia²². Por otra parte, los microlitos del occidente de Europa parecen tan semejantes a los del capsense norteafricano que se ha llegado a suponer la existencia de una emigración de cazadores africanos. Para explicar la cultura epigravetiense española es necesario admitir la existencia de contactos africanos, si es que son gentes de esta cultura los autores de las pinturas mencionadas en la página 26.

Por último, en la zona de bosques del este de Europa vagaban otros arqueros —los swiderienses— cuyas puntas de flecha, aunque fueran microlíticas, no eran geométricas. Las tradiciones de su trabajo del sílex, que es lo único que conocemos de ellos, podrían bien remontarse hasta la cultura gravetiense oriental de Kostienki (p. 28).

En realidad se conoce muy poco de estos primeros cazadores del holoceno. Se han encontrado en cuevas microlitos geométricos, tanto en la Europa occidental como en Crimea, en los fondos de cabaña en la Europa occidental y en las acumulaciones de restos de cocina (*kioekkenmoeddings*) a lo largo de las costas atlánticas. Algunas tumbas sauveterrienses halladas en una cueva de Luguria y en islotes de las costas de Bretaña parecen indicar la existencia de diferencias de categoría dentro de estos grupos, donde se descubrió un caso claro

de homicidio. En Crimea se encontró, enterrados juntos en la misma sepultura, a un hombre maduro y a una mujer la mitad más joven, de donde podría inferirse la existencia de una familia patriarcal y la práctica del sati. Para los viajes cortos se disponía, desde luego, de cierto tipo de embarcación. Es de suponer que todos estos arqueros cazaban, pescaban, recolectaban caracoles y otros alimentos silvestres. Sin embargo, es posible que algunos de ellos criaran algunas ovejas o cabras, cuya leche o sangre podrían haber servido de complemento a los productos obtenidos por medio de la caza y la recolección; algunos huesos de estos animales, junto con restos de la cultura sauveteriense, se han encontrado mucho más lejos de su habitat natural, incluso hasta en Bretaña y en el Devon. Es posible, por tanto, que algunos recolectores sauveterienses puedan ser clasificados también como productores de alimentos. En este sentido, algunas culturas mesolíticas pudieran también ser denominadas neolíticas. Sin embargo, no se sabe que alguna de estas comunidades mencionadas hasta ahora haya inventado ningún instrumento que sirviera para utilizar eficazmente los recursos más importantes existentes en el medio posglaciar europeo, es decir, la madera de los bosques templados. Este utillaje fue creado por los descendientes de los europeos paleolíticos que se habían extendido hacia el Norte, siguiendo quizá las huellas de los rebaños de renos, con el fin de colonizar las tierras recientemente liberadas del hielo.

Al retirarse, las capas de hielo habían dejado desnuda una vasta extensión de marisma y de tundra situada en la llanura del norte de Europa en torno a la depresión del Báltico y extendiéndose hacia el Oeste hasta Inglaterra a través de las tierras que ocupaban lo que hoy es el mar del Norte, ya que las aguas del océano no habían inundado todavía la cuenca del mar del Norte, de manera que Inglaterra seguía unida al continente por una faja de tierra firme, interrumpida por un Támesis y un Rin crecidos y muchos canales que eran producto de la reducida capa de hielo de Escandinavia. Lo que ocurría

en las tierras hoy ocupadas por el mar del Norte es algo que sólo se puede aventurar a base de conjeturas, ya que todos los vestigios de cualquier tipo de actividad humana permanecen enterrados en el lodo y el cieno del fondo de este mar. Sólo sabemos que habían penetrado bandas de cazadores de renos hacia el Norte, hasta Hamburgo²³, mientras los bordes de la capa de hielo seguían atravesando Dinamarca y el nordeste de Alemania. Estos cazadores acampaban en la tundra sólo en el verano y en otoño, para ocuparse en la caza de animales y de aves, retirándose para invernar hacia el Sur, entre los bosques que se extendían cada vez más. Estos pioneros, llamados hamburgienses, combinaban ciertas tradiciones magdalenien-ses con otras que procedían de la Europa central u oriental. Así, a diferencia de los magdalenien-ses, utilizaban cierta clase de arco. Posteriormente, cuando todo el continente se vio libre de hielo, los hamburgienses fueron seguidos de otras bandas que acampaban primero en el Norte solamente en verano, y y más adelante llegaron a invernar más al Norte, hasta en Jutlandia.

Posteriormente, cuando los bosques de abedul y algunas avanzadillas de pinos hubieron poblado la tundra, encontramos varias sociedades que empezaron a desarrollar unos utensilios específicos y enormemente eficaces para la explotación de los ricos recursos naturales de la llanura que se extendía entonces desde los Apeninos a los Urales, ya que las tierras que luego ocuparía el mar del Norte no se habían sumergido todavía y los puentes de tierra que atravesaban los Belts y el Sund hacían del Báltico un lago salado: el lago *Ancylus* de los geólogos. Podemos seguir la evolución de una cultura apropiada a estas condiciones en tres fases sucesivas, las cuales se definen por los cambios climáticos reflejados en la vegetación local. Estas fases climáticas pueden ser fechadas, a su vez, de manera provisional, gracias a los cálculos del radio carbono.

Durante la primera de estas fases o fase preboreal, el clima del este de Inglaterra, e igualmente el de Dinamarca y el sur

de Escandinavia, seguía siendo muy frío y continental. Un campamento lacustre de cuatro viviendas en Star Carr, cerca de Scarborough (Yorkshire)²⁴, revela ya los rasgos esenciales de la cultura maglemosiense, que nos es sobre todo conocida en su forma más desarrollada en la siguiente fase boreal: flechas armadas de microlitos geométricos para la caza, arpones armados de puntas de asta de venado para pescar, espesas hojas de sílex para hachas afiladas ingeniosamente por medio del llamado *tranchet*, las cuales se utilizaban para cortar la madera.

Mil años después, en la fase boreal, el clima se había vuelto más suave. La temperatura media anual era, desde luego, superior a la de hoy día, aunque los inviernos en Dinamarca, sur de Suecia y Gran Bretaña eran más duros y con más nieve. Densos bosques de coníferas se extendían desde los Apeninos a los Urales, para unirse allí a los bosques de pinos siberianos formando un cinturón continuo de *taiga* —para utilizar una expresión corriente en ruso—, rodeando a Europa desde el Atlántico al Pacífico y extendiéndose a través de Norteamérica y llegando de nuevo al Atlántico. Pero durante la última mitad de esta fase boreal de clima suave, los robles, junto con los olmos, los tilos y otros árboles, que suelen ir en su compañía, empezaron a mezclarse con los pinos, hasta que, al final, los bosques de robles mezclados con otros diversos árboles, llegaron a ser la vegetación dominante en Inglaterra y en Dinamarca. En esta época todavía no existía ningún mar del Norte que interrumpiera la continuidad del bosque. Las tierras que ocupaban lo que después sería este mar eran sin duda alguna pantanosas en su mayor parte; pero más allá, las únicas interrupciones de aquel bosque interminable eran el lago Ancylus en la depresión del Báltico e innumerables lagos más pequeños, lagunas, marismas y arroyos que discurrían lentamente. En estas aguas abundaban los peces, mientras las orillas se veían frecuentadas por animales de caza y por aves. Junto con las bayas y las nueces silvestres, los peces, las aves y la caza

suministraban un abundante alimento a una población en expansión, compuesta de cazadores y pescadores. Estos últimos son conocidos, sobre todo, por los restos de cocina que dejaban en los campamentos temporales de verano a los bordes de las lagunas, las cuales se cubrieron a partir de entonces de una capa protectora de turba, siendo así denominados maglemosienses, nombre que procede de Maglemose (la gran Ciénaga), cerca de Mallerup, en Zelandia, lugar donde se excavó por primera vez uno de estos campamentos.

Los maglemosienses descubrieron todos los principales recursos que podían ser de utilidad para el hombre del norte de Europa, siendo los autores o los herederos de unos utensilios muy ingeniosos destinados a la explotación de estos recursos; estos utensilios todavía subsisten en su mayor parte hasta nuestros días sin haber experimentado cambios demasiado notables. Los cazadores de animales y de aves iban armados de arcos, que a veces estaban reforzados con tendones, y de una gran variedad de flechas hechas especialmente para matar animales determinados; es de suponer que las flechas de punta cónica hechas de madera o de hueso, como las que todavía hoy existen, se utilizaban para matar animales de pelo, causando un daño mínimo a las pieles. Los peces se cogían con el anzuelo y el sedal y con redes o con ingeniosas trampas o nasas de mimbre, mientras las especies grandes se pescaban con arpones provistos de púas de hueso²⁵. Para la tala de árboles y el trabajo en madera, los maglemosienses poseían un eficaz utillaje de carpintero, compuesto de azuelas, escoplo y gubias de sílex afiladas con el *tranchet*, o de piedra de granulación fina a la que se afilaba por molimiento, a todo lo cual venían a unirse las gubias y cuñas de hueso y de asta de venado. Los maglemosienses llegaron incluso a inventar la manera de armar una hoja de sílex en un asta de venado perforada transversalmente, produciendo así el efecto de una moderna hacha o azuela. (El lector debe recordar que las hachas de piedra y hasta las de cobre se introducían en general en el mango en

vez de ajustarse en el mismo por medio de un agujero o de abertura que atravesaba el hacha propiamente dicha).

Gracias a estos instrumentos primitivos, los maglemosienses pudieron fabricar medios de transporte. Las tablas de patín que se han descubierto prueban la existencia de trineos²⁶, probablemente tirados por hombres, pero susceptibles de convertirse en trineos tirados por perros, semejantes a los que se utilizaban sin duda desde muy pronto en los tiempos posatlánticos. Para el transporte acuático, los canaletes encontrados en la turba debieron de haber servido para propulsar canoas de piel o de corteza de abedul, que desaparecieron. Por último, los maglemosienses habían aprendido a fabricar sustancias para pegar, que obtenían de la corteza de abedul, a la que sometían al calor, lo cual constituye la sustancia más antigua fabricada por el hombre, por lo menos en Europa. Sin embargo, los maglemosienses debieron de llevar una existencia nómada, trasladando con seguridad sus viviendas de acuerdo con las estaciones del año, y yendo, por tanto, de sus alojamientos de invierno a sus campamentos de verano, siendo estos últimos los únicos que conocemos, representados por un un par de chozas endebles hechas de corteza de abedul y de corambres. También es posible que en las costas del mar del Norte se hubiera desarrollado una versión más sedentaria de la cultura maglemosiense. Todos los asentamientos situados en las costas de este mar se encuentran hoy, desde luego, cubiertos por las aguas, pero puede que las colecciones de utensilios de sílex encontrados en las altas costas de Noruega pertenezcan a una población semejante, la cual ya cazaba los mamíferos marinos del océano Artico.

En el curso del milenio 6000 al 5000 antes de J. C., esta cultura maglemosiense, aunque escindida en diferentes variantes locales, puede identificarse en toda la antigua llanura que va desde el sur de Gran Bretaña a Finlandia y a las repúblicas del este del Báltico. Más hacia el este se repiten la mayoría de los tipos maglemosienses en la zona conífera del norte de

Rusia hasta los Urales; todavía reaparecen vestigios de ellos más al este por todo el cinturón de taiga del norte de Eurasia y de Norteamérica. Pero no se ha encontrado ningún vestigio maglemosiense ni siquiera en el norte de Rusia en contextos fechados en la fase boreal por los análisis realizados con polen o el radio carbono, aunque es indudable que muchos elementos de este utillaje siguieron existiendo hasta mucho más tarde y varios de ellos siguen todavía utilizándose en nuestros días. Por tanto, sigue siendo dudosa la difusión de la cultura maglemosiense al este del Báltico antes del 4000 antes de J. C. Lo que sí es cierto es que muchos rasgos de la cultura popular de la Eurasia del Norte proceden directamente de los maglemosienses de esta época; teas de abedul, trampas de mimbre para pescar, redes hechas del mismo material, lazos, arpones en los que el hierro sustituyó al hueso, son todos ellos ejemplos, si bien aquí sólo mencionamos los más destacados, de esta herencia maglemosiense que hoy todavía subsiste en los bosques de coníferas. Todo ello significa que tanto las técnicas de fabricación de estos objetos como las normas para su uso fueron transmitidas entre las poblaciones locales por tradición oral a lo largo de ocho mil años y por espacio de más de trescientas generaciones. Otros inventos, tales como flechas de punta cónica y trineos todavía utilizados hoy por los pueblos polares, también proceden directamente de modelos maglemosienses, aunque han sufrido ligeras modificaciones. Tenemos aquí una impresionante demostración de la adaptación de los maglemosienses a su medio, así como de la deuda que tenemos para con estos salvajes europeos anteriores al uso de la escritura.

Hacia el 4000 antes de J. C., una elevación general del nivel de los océanos separó definitivamente a Gran Bretaña del continente y a Escandinavia de Dinamarca y del norte de Alemania, lo cual acarreó un cambio de clima, que se hizo más húmedo, aunque no más frío, que en la fase boreal. Dinamarca y el sur de Suecia gozaban, o sufrían, de un clima Atlántico,

parecido al de Bretaña o al de Cornualles hoy día, por lo que la expresión de atlántico se utiliza, de manera bastante inexacta, para designar el clima de la Europa del norte en esta fase. Debido a esta pluviosidad más fuerte y más frecuente, los bosques de roble se extendieron cada vez más lejos, entremezclados ahora de hayas. Estos bosques de hoja caduca oponían a las comunicaciones obstáculos más graves que los bosques de pinos de la fase boreal, mientras que la aparición del mar del Norte y del canal de la Mancha puso fin al tráfico terrestre existente hasta entonces entre Inglaterra y el continente. Al mismo tiempo, el mar del Norte y el mar de Litorina, que ocupan ahora la depresión del Báltico, ofrecían nuevas oportunidades a los cazadores y pescadores.

Así, el ciclo cultural maglemosiense, que era relativamente homogéneo, se escindió en múltiples culturas locales, adaptada cada una de ellas a las peculiaridades del medio local. La que mejor conocemos es la cultura maglemosiense, debido a que se localizaron algunos campamentos donde la turba almacenada posteriormente aseguró la conservación de la madera, del hueso y de otras materias orgánicas. La existencia de la mayoría de estas culturas tiene que inferirse a partir de las colecciones de utensilios de piedra, que están lejos de ser característicos. Aquí bastará con mencionar la cultura de Ertebölle en Dinamarca, que procede probablemente de una hipotética versión costera de la cultura maglemosiense (p. 36), mejor adaptada sin duda al aprovechamiento de los nuevos recursos alimenticios suministrados por el mar de Litorina. Esta cultura de Ertebölle fue obra de los habitantes ribereños, cuyos campamentos se hallan representados por los restos de cocina (koekkenmoeddings), formados de grandes montículos de conchas que se extienden a lo largo de la antigua costa de este mar. Las aguas saladas y los grandes bancos de ostras del Sund, de los Belts y del Kattegat ofrecían cantidades seguras de alimentos, permitiendo así la ocupación de asentamientos permanentes durante todo el año. Aquí se han encontrado las

vasijas de cerámica más antiguas que se conocen en el norte de Europa. Puede que estas mismas sociedades sedentarias de cazadores y pescadores hubieran descubierto el modo de realizar por medio del calor la transformación química que convierte la arcilla moldeable en vasijas sólidas impermeables al agua. Pero puede que también hubieran aprendido este arte de agricultores emigrantes, quienes introdujeron con toda seguridad los cereales, las ovejas y las cabras —plantas y animales bastante ajenos a la flora y fauna del norte de Europa—. Hacia el 4000 antes de J. C. a más tardar (según los cálculos del carbono 14), agricultores procedentes del Danubio se habían extendido hasta Magdeburgo, en el Elba. Más tarde, la prehistoria de las sociedades europeas, con excepción de las de la zona de la taiga, fue condicionada por la nueva economía basada en la agricultura y la cría de ganados. Por mucho que las razas aborígenes adoptaran esta economía, por mucho que la adaptación de la misma fuera realizada en Europa, por mucho que la organización social dentro de la que funcionaba esta economía fuera creación de este continente, las bases de este nuevo modo de vida, es decir, los cereales y el ganado doméstico existente, fueron algo introducido desde el exterior.

3 LA REVOLUCION NEOLITICA EN EL ANTIGUO ORIENTE

El cultivo de plantas y la cría de ganados, es decir, la producción de alimentos en una palabra, constituyeron una innovación trascendental. En el terreno de la arqueología se toma con toda razón esta innovación como signo del comienzo de una nueva edad, la Neolítica o nueva Edad de Piedra, lo que en términos socioeconómicos quiere decir el límite entre el salvajismo y la barbarie²⁷. En el curso de los varios cientos de milenios de la antigua Edad de Piedra, todas las sociedades humanas del mundo se apoyaban sobre unas bases parasitarias, dependiendo enteramente para su subsistencia de lo que les suministraban los fenómenos de la naturaleza. Las sociedades neolíticas empezaron a cooperar deliberadamente con la naturaleza con el fin de incrementar la productividad de las plantas comestibles y para proteger y favorecer las especies animales que producían alimentos como la carne, la sangre y la leche.

Parece como si en Europa esta nueva economía productora se mostrara ya en pleno desarrollo. Se encuentra representada por agricultores que cultivan cereales, plantas, leguminosas y lino, y que crían ovejas, cabras, ganado bovino y cerdos. Estos agricultores habitaban en viviendas espaciosas y bien construidas, agrupadas en poblados, y estaban provistos de un utillaje eficaz compuesto de hachas y azuelas, aguzadas por pulimento; estas gentes habían dominado el arte de transformar la arcilla en cerámica y el arte del hilado y del tejido. Los poblados

neolíticos son más numerosos y populosos que los campamentos de cazadores y pescadores del Paleolítico o del Mesolítico. La población humana tuvo, pues, que haber aumentado y sólo cabía esperar un tal desarrollo de la misma. La demografía comparativa muestra que la aparición de nuevos alimentos va normalmente seguida de una multiplicación de los consumidores. Si dispusiéramos de datos estadísticos, el gráfico de la población europea de comienzos del Neolítico hubiera mostrado sin duda una brusca curva ascendente, parecida a la que sobrevino en Inglaterra con la revolución industrial. Esta analogía es la que me ha llevado a hablar de una «revolución neolítica»²⁸, expresión que no implica ningún cambio espectacular. La propia revolución industrial sólo fue la culminación de un proceso gradual iniciado siglos antes. El prelude de la revolución neolítica debió de haber sido mucho más largo, siendo menos fácil de determinar con exactitud lo que debería llamarse su punto culminante.

Por lo que se refiere a los estadios preliminares del neolítico, no cabe esperar en Europa la existencia de ninguno de ellos. Nuestros primeros agricultores cultivaban el trigo y la cebada, que eran formas perfeccionadas y seleccionadas de ciertas hierbas silvestres de ciclo anual²⁹. Únicamente hay una especie de trigo cuyo antepasado silvestre crecía espontáneamente en el suelo europeo, aunque sólo en el sur de los Balcanes. Pero este trigo de espiguilla de un solo grano da una cosecha muy pobre y sólo se plantaba generalmente en unión de la escanda, que poseía una calidad muy superior, o junto con alguna variante de esta última. El antepasado silvestre de la escanda crece en estado natural desde el Irán hasta Palestina y el sur de Turquía. En esta última comarca su habitat se sobrepone al del trigo silvestre de espiguilla de un solo grano. La cebada silvestre procede de la misma región. En otras palabras, los cereales en los que se basaba la agricultura neolítica debieron de ser introducidos desde el sudoeste de Asia. Lo mismo puede afirmarse en relación con las ovejas y las cabras,

si bien esto último con menos certeza³⁰. Dado que todos los elementos esenciales de nuestra economía neolítica no eran originarios de Europa, la revolución neolítica no pudo tener lugar aquí. Los indicios relativos al estadio preliminar de la incipiente producción de alimentos cabría encontrarlos *a priori* en el sudeste asiático y en fecha no posterior al final de la Edad glaciaria europea. A partir de 1945 se han encontrado en esta región poblados de agricultores que, según cálculos del carbono 14, son contemporáneos de los del primer campamento mesolítico de cazadores-pescadores del norte de Europa (en Star Carr²⁴): el poblado de Jericó I, lo mismo que la fase climática preboreal, no empezó más tarde del 7000 antes de J. C.²¹.

Un manantial permanente hacía del asentamiento de Jericó²² un oasis situado en la zona virtualmente desértica de Rift Valley, más allá del Jordán. Sus aguas regaban un suelo fértil que proporcionaba cosechas regulares y pastos para el ganado durante la estación seca. Hace algo así como nueve mil años que, explotando estas condiciones favorables, una comunidad se desarrolló lo suficiente como para defender un espacio de unas dos hectáreas y media de superficie, rodeado de un foso excavado en la roca de 8,23 metros de ancho por 2,44 de profundidad, y de una muralla de piedra dentro del foso, y para construir, por lo menos, una maciza torre de piedra de más de 10 metros de diámetro por más de 7,60 de altura. De manera que los habitantes de este poblado eran lo bastante numerosos para realizar esta hazaña arquitectónica sirviéndose para ello de bastas herramientas de piedra, mientras que la región estaba ya tan poblada como para que allí surgiera la necesidad de realizar este trabajo asombroso. En realidad, después de varias reconstrucciones, el sitio fue abandonado por algún tiempo para ser vuelto a ocupar por una comunidad diferente, si bien igualmente vigorosa. Al amparo de una nueva muralla, los recién llegados construyeron espaciosas viviendas de adobes y de piedra en fecha anterior al

6000 antes de J. C., más o menos en la misma época en que los maglemosienses establecían sus campamentos de verano en Dinamarca durante la fase boreal del norte de Europa.

Las dos sociedades que ocuparon sucesivamente Jericó, además de la caza y de la recolección, debieron de haber cultivado cereales y criado ovejas y cabras para su subsistencia. No se cree que ninguna de estas sociedades criara vacas. Además, a diferencia de los agricultores neolíticos posteriores, ninguna de estas comunidades utilizó hachas de piedra pulida ni fabricó cerámica. Estas sociedades representan lo que se denomina ahora un estadio neolítico anterior al uso de la cerámica. Jericó no fue sin duda un caso único, aunque no se ha descubierto ningún otro asentamiento del mismo período, o más bien habría que decir que el carbono 14 no ha fechado ningún otro asentamiento en épocas tan primitivas. El siguiente poblado más antiguo que se conoce, fechado por el carbono 14 sólo en el 4750 antes de J. C., si bien sigue siendo un poblado neolítico anterior al uso de la cerámica, es Jarmo en el Kurdistán³³. Es seguro que los pobladores de Jarmo cultivaban escanda y cebada, ya que los granos que se conservan²⁹, aunque más próximos a los cereales silvestres que ninguna otra de las especies cultivadas que se han examinado hasta ahora, muestran ya señales inconfundibles de cultivación, denotando un haber histórico previo como plantas cultivadas. Estos pobladores poseían también la mayor parte del instrumental material e ideológico utilizado por los agricultores neolíticos de períodos posteriores: molinos de mano para moler el grano, hornos de arcilla abovedados para cocer el pan, azadas o hachas a las que se afilaba por pulimento, estatuillas femeninas modeladas en arcilla sin cocer y sellos de arcilla susceptibles de multiplicar los motivos geométricos mediante su impresión, uno de los cuales tenía un dibujo en espiral. Sabían construir casas de adobes, lo mismo que los pobladores de Jericó II, y modelar delicadas vasijas de piedra, aunque no fabricaron cacharros hasta la última fase del poblado. Otro estadio neolítico ante-

rior al uso de la cerámica se encuentra también representado en Khirokitia, en Chipre, en la cueva del Belt al sur del mar Caspio³⁴, y en Kili Gul Mohammed, en Beluĉhistán³⁵. Pero de acuerdo con el testimonio establecido por el radio carbono 14, este último sitio mencionado no se remontaría más que al 3500 antes de J. C. Un estadio neolítico anterior al uso de la cerámica no es en todos los sitios anterior a la variante más generalizada del neolítico, de la misma manera que la recolección de alimentos tampoco es en todas partes anterior a la producción de alimentos.

De acuerdo con las fechas fijadas por el radio carbono 14, los asentamientos siguientes por orden de antigüedad son los campamentos neolíticos situados al borde de un lago, ahora seco, en la depresión del Fayum, al oeste del Nilo, que fueron fechados entre el 4440 y el 4150 antes de J. C.³⁶. Pero estos asentamientos no son necesariamente anteriores al neolítico levantino de Mersin en Cilicia, de Biblos en la costa fenicia y del de la cuenca del Orantes, o del Hassuna en la cuenca del Tigris-Eufrates, ni tampoco en este sentido son anteriores a Sialk I³⁶, en la meseta iraní, y a Anau I, en la ladera norte del Kopetdagh, en Turkmestán. En aquel período se fabricaba cerámica en todas estas comarcas, cuyas variantes de región a región, junto con las distintas preferencias en los modelos de azuelas o de hachas, de hondas o de arcos y flechas, etc., bastan ya para distinguir un buen número de culturas o sociedades diferentes.

Así, antes del 4000 antes de J. C., unos pueblos desconocidos habían cultivado y perfeccionado las plantas locales de ciclo anual, hasta que éstas terminaron por convertirse en el trigo y la cebada, domesticando al mismo tiempo ovejas, bueyes y cerdos; habían inventado igualmente utensilios para la recolección, almacenamiento y transformación de la producción agrícola. También habían aprendido a fabricar vasijas de arcilla y convertirlas en cacharros por medio de la cocción al fuego. Debieron, además, de haber creado instituciones sociales enca-

minadas a asegurar la cooperación, por lo menos, entre las comunidades del poblado. Por último, habían elaborado una ideología y ritos para cimentar la cohesión de la comunidad y facilitar las relaciones personales. Sus instituciones y su ideología es algo que escapa a nuestro conocimiento, pero subsiste una parte de sus ritos. Dentro de estos últimos, una parte destacada estaba desempeñada por las estatuillas femeninas, modeladas en arcilla o talladas en marfil, hueso o piedra, que encontramos igualmente en Egipto y en Asia. Se cree que representaban a una diosa-madre, personificación a la vez de la tierra, de cuyo vientre brota la cosecha y las nuevas plantas, y de la mujer como fuente de la vida. Puede que reflejen además la existencia de un «matriarcado económico». Al no haber testimonios sobre la existencia del arado, es de suponer que el cultivo de las parcelas y el cuidado de la recolección recayeran ambos sobre las mujeres de la comunidad⁴. Estas, en tanto que principales productoras de alimentos de la comunidad, podían, por consiguiente, reclamar una cierta influencia económica, aunque puede que no tuvieran más éxito en sus reclamaciones que las jornaleras agrícolas en 1935.

En Europa reaparecen varios elementos que caracterizan a las culturas neolíticas de Oriente. La escanda y la cebada, por lo menos, debieron de haber sido importadas a Europa por agricultores emigrantes; las ovejas y las cabras es de suponer que fueran traídas por los pastores y los boyeros. Estos emigrantes debieron de haber traído consigo técnicas agrícolas apropiadas, aunque, desde luego, no trajeron una economía rural completa, ya que el medio europeo era demasiado distinto al del cercano Oriente. En realidad, las economías rurales propias de la primitiva agricultura oriental son apenas conocidas, aunque no eran, desde luego, uniformes. Jericó y Sialk debieron depender de la irrigación artificial para el cultivo de sus cosechas. Los asentamientos levantinos y hassunenses, así como el de Jarmo, se hallan todos situados en una zona donde la pluviosidad, aunque escasa, basta, en años normales,

para obtener una cosecha. Cabe suponer, por tanto, que lo normal fuera el cultivo de secano. Pero hasta que no se lleva a cabo un sistema regular de rotación de cultivos, el de secano imponía a los agricultores un cierto grado de nomadismo²⁸. La misma parcela no puede producir una cosecha decente más de dos años seguidos, por lo que se imponía la exploración de nuevas tierras vírgenes. Cuando toda la tierra accesible ha sido agotada de esta forma, toda la comunidad debe trasladarse con armas y bagajes en busca de una nueva zona de tierra virgen. Al practicar este sistema de cultivo nómada, los productores de alimentos se ven obligados a ser nómadas, e incluso más nómadas que algunos recolectores que habitan en una región donde se den condiciones favorables a su medio de subsistencia. La incesante búsqueda de suelo sin explorar, junto con la necesidad de encontrar nuevas tierras para los hijos más jóvenes de los agricultores, debieron ser las causas de la pronta expansión de la cultura neolítica o más bien de la pronta difusión del trigo y de la cebada, de las ovejas y de las cabras. Dado que los agricultores habían alcanzado el curso medio del Elba hacia el 4000 antes de J. C. (p. 40), la expansión hacia Europa debió de comenzar durante el oscuro período de los comienzos de la producción de alimentos, es decir, el neolítico anterior al uso de la cerámica. Ninguna cultura europea neolítica reproduce en su totalidad los rasgos de ninguna de las culturas neolíticas que cristalizaron en el cercano Oriente después del 4500 antes de J. C.

Para los arqueólogos, las tradiciones específicas de estas culturas se encuentran convenientemente expresadas en la cerámica. Pero las primitivas culturas neolíticas, ni siquiera representadas en este medio de expresión sensible, muestran una extraordinaria uniformidad en comarcas bastante extensas. En el período predinástico³⁶, las riberas del Nilo, desde más arriba de la primera catarata hasta casi el delta del Nilo, se hallaban surcadas de poblados de agricultores representantes

de la cultura badariense, la cual se transforma en otra cultura igualmente uniforme, la cultura amratiense, aunque procede del mismo origen que el neolítico del Fayum. Los agricultores predinásticos dependían para el riego de sus cosechas de la irrigación natural producida por la crecida anual del Nilo y en todas partes se encuentran los mismos procedimientos por lo que se refiere a los aparejos de caza y pesca, ritos funerarios,

en el Asia anterior³⁶, la cultura de Hassuna y sin duda las siguientes de Halaf y de el'Obeid, no fueran menos homogéneas desde las faldas de las colinas iraníes al este del Tigris a las costas de Levante y de Cilicia. Pero en estas últimas regiones las culturas de Halaf y de El'Obeid sustituyen a una cultura levantina anterior. Estos cuatro ciclos principales no agotan, por supuesto, la lista de culturas neolíticas susceptibles de diferenciación, y sus mismas variantes locales tienden posteriormente a convertirse en culturas distintas. Aquí sólo es necesario mencionar algunos rasgos comunes a todas ellas.

Ya en el poblado neolítico de Jericó, anterior al uso de la cerámica, se alzaba un gran edificio al que es posible identificar con un templo. En los asentamientos halafienses había sin duda santuarios que, según se puede observar, llegaron a convertirse, en períodos culturales posteriores, en los templos monumentales de la época histórica. En otras palabras, un templo, aunque fuera rudimentario, formaba el núcleo de los primeros pobladores del Asia anterior, lo que denota la existencia de una deidad y quizá el germen de un sacerdocio profesional.

Los poblados predinásticos egipcios (amratienses), halafenses y levantinos, e incluso Jericó y Jarmo, estuvieron ocupados permanentemente durante muchas generaciones. Por tanto, en todas estas culturas había sido abandonado el cultivo nómada. Ahora bien, es indudable que los amratienses dependían para el riego de sus cosechas y para devolver la fertilidad a los campos agotados, de la irrigación natural producida por la cre-

cida anual del Nilo. Los agricultores halafienses se extendieron también por la baja Mesopotamia (Babilonia), donde las aguas del Tigris-Eufrates podían también regar las cosechas. Pero en el resto del Asia anterior, donde se cree que la norma era el cultivo de secano, los pobladores sedentarios debieron de inventar y practicar un sistema de rotación de cultivos que alternaba la labranza con los pastos. Por otra parte, hacia el 3000 antes de J. C., todos los agricultores de la región labraban unciendo los bueyes al arado y empezaron a cultivar las tierras con ayuda de éste en vez de labrar sólo parcelas con ayuda de la azada. No obstante, sigue sin saberse cuál fue el momento en que tuvo lugar esta revolución en la economía rural.

En el Oriente neolítico, cierto tipo de comercio irregular y rudimentario trajo muy pronto a los pobladores establecidos artículos de lujo importados desde lugares remotos: piedras brillantes procedentes del desierto, cuyo atractivo estético se veía cuando menos realzado por supuestas virtudes mágicas, e, igualmente, conchas que poseían las mismas cualidades eran llevadas al Fayum desde el Mediterráneo y el mar Rojo, y a la Siria del período halafiense desde el golfo Pérsico. Hasta sustancias industrialmente útiles, como la obsidiana, se distribuían a grandes distancias. También se llevaron a los poblados badarienses y halafienses pequeños objetos de cobre. Es probable que los primeros se fabricaran con cobre nativo, ya que el cobre se da a veces naturalmente en el mismo estado de metal puro que el oro. En las fases de el'Obeid en Mesopotamia y en la gerzense en Egipto, se conocían los secretos para extraer cobre de su ganga, utilizando para ello el proceso químico de la reducción, es decir, derritiendo el cobre y dándole forma fundiéndolo en un molde. (Es posible que los hornos de los alfareros asiáticos, que proceden fundamentalmente de los hornos para cocer el pan, dieran la temperatura necesaria). Sin embargo, el metal no pudo sustituir realmente a la piedra, al hueso y a la madera como material industrial, hasta que una verdadera revolución industrial hubo

permitido organizar con provecho un sistema regular de distribución de este elemento más bien escaso. Sólo a partir de aquí es cuando se hace conveniente la introducción de un nuevo término para designar un nuevo estadio arqueológico, que debería haber sido el de Paleometálico; pero la expresión de Edad del Bronce ha sido utilizada de manera tradicional, si bien incorrectamente, por los prehistoriadores a partir de 1936. En la práctica, el cobre no se aleó regularmente en ninguna parte con el estaño para formar el bronce hasta unos mil años después de que el estadio Paleometálico estuviera bien establecido en Egipto, Mesopotamia y el Levante. (El término Calcolítico o incluso Edad del Cobre se aplica frecuentemente a culturas como la badariense, la amratiense o la halafiense, en cuyos restos se encuentran objetos aislados de cobre. Pero antes de introducir una nueva denominación en los anales de la arqueología es más conveniente esperar a que el progreso de la técnica lleve también consigo verdaderos cambios económicos y sociológicos).

4 LA COLONIZACION DE EUROPA POR AGRICULTORES

No cabe duda de que las bases del nuevo modo de existencia fueron introducidas en Europa por grupos de agricultores y de pastores emigrantes. Pero los agricultores que trajeron aquí cereales y ganado doméstico no dejaron ningún vestigio en los testimonios arqueológicos. Ciertamente, no quedó rastro de cacharros orientales ni de ningún otro indicio que señalara la ruta que emprendieron e indicara sus puntos de partida. Bien puede ser que se encontraran en el estadio neolítico anterior al uso de la cerámica; en la Europa occidental, puede que algunos microlitos «mesolíticos» señalen las huellas de su paso (p. 32). La fase de su emigración sigue siendo, pues, un postulado. La fase de colonización que sobreviene está, sin embargo, representada por culturas claramente identificables, por sociedades con contradicciones definidas en la cerámica, la arquitectura y el utillaje industrial. Puede que estas sociedades hubieran ya absorbido a los aborígenes mesolíticos o que incluso estuvieran compuestas de recolectores europeos indígenas que se hubieran apropiado de las semillas y ganados de los emigrantes. Pero son estas sociedades emigrantes a quienes realmente vemos ocupando el suelo europeo, desmontando los bosques vírgenes de hoja perenne y abriendo caminos para el establecimiento del intercambio o el movimiento tribales. Fueron estas sociedades quienes empezaron a adaptar al medio mediterráneo y de la Europa templada una economía rural de climas más secos y más cálidos.

Estos colonizadores-pioneros están representados por tres o cuatro culturas³⁷: la de Starcevo en la península de los Balcanes y en torno a los montes Cárpatos; una cultura, emparentada con la anterior, llamada de la cerámica cardial, situada en las costas e islas del Mediterráneo central y occidental; la cultura danubiana de las tierras de loes de la Europa central; y, por último, una cultura occidental más hipotética, situada en la Península Ibérica y en la Europa atlántica. Todas estas culturas dieron muestras de una notable uniformidad en las extensas zonas que llegaron a ocupar. Teniendo en cuenta la gran extensión de estas regiones, es difícil que todos los asentamientos pertenezcan a la misma época, así como tampoco es probable que haya habido un estricto paralelismo cronológico entre estas culturas diversas. Si aquí aparecen todas adscritas a un «Neolítico primitivo», este término denota el estadio de colonización más que un período definido de tiempo sideral. En la medida en que es posible asignar a estas culturas unos límites temporales, éstos deben ser muy amplios. En la Europa central, el carbono 14 señala un período de 1500 años, digamos entre el 4200 y el 2700 antes de J. C. Por lo que respecta a las restantes comarcas, todavía no es posible establecer ningún cálculo semejante.

(I) *La cultura de Starcevo de los Balcanes*

Estos agricultores, caracterizados por los tipos ya designados, son susceptibles de identificación en la Grecia peninsular, tanto en la costa occidental en Leukas como en Tesalia, y probablemente todo a lo largo de las costas norte del Egeo, hasta Gallípoli. Desde aquí, los asentamientos se extienden a través de la cordillera balcánica hasta Macedonia, y en Bulgaria, hasta llegar al Danubio. Al norte de este río pueden seguirse sus huellas hacia el norte de Tisza hasta el Koros, y en el interior de Transilvania hasta el nacimiento de las aguas del Maros y del

Oltu, mientras que al este de los Cárpatos han sido identificados al norte hasta el nacimiento del Seret y del Prut y en el curso medio del Dniester.

El pueblo de Starcevo alternaba el cultivo nómada con la cría de vacas, ovejas, cabras y cerdos, a los que hay que añadir la caza y la pesca. De ellos sólo se sabe que cultivaban trigo de espiguilla de un solo grano y mijo, cereales ambos originarios del sur de los Balcanes. Puede que al principio plantaran el grano entre los árboles del bosque después de haber quemado los matorrales, cambiando todos los años de parcela y levantando sus asentamientos periódicamente, lo cual constituye un extraño sistema practicado todavía recientemente en Córcega y en Liguria. En todo caso, la mayoría de los asentamientos de Starcevo consistían en agrupaciones de pequeñas chozas que parecen haber sido ocupadas sólo durante un breve período. Sin embargo, al sur de la cordillera de los Balcanes, los poblados de Starcevo posteriores se hicieron más permanentes, consistiendo en casas espaciosas y sólidas, reconstruidas con frecuencia en el mismo lugar hasta que los sitios de los poblados llegaron a convertirse en tells (montículos). Puede que estos agricultores hubieran aprendido un sistema de rotación de cultivos: desmontaban los terrenos quemando el bosque y dejaban crecer de nuevo el monte bajo cuando el suelo daba señales de agotamiento, para volver a quemar los matorrales una vez más; la capa de ceniza dejada por las quemas actuaba de fertilizante, permitiendo la producción de nuevas cosechas en el mismo pedazo de tierra³³. Este sistema requiere una gran extensión de terreno, ya que es necesario dejar las parcelas en barbecho durante siete años cuando menos, y por espacio de este período los campos deben ser protegidos del ganado en busca de pastos. Puede que los agricultores más tardíos de Starcevo hubieran ya aprendido un sistema de rotación de cultivos alternando las cosechas con los pastos, como se supone que sucedió en relación con el Asia anterior en el período halafiense y con los Balcanes en el Neolítico medio.

La caza y la pesca seguían siendo fundamentales para la economía de subsistencia de estos agricultores. Los cazadores no utilizaban flechas armadas de sílex, sino que es probable que utilizaran hondas. Para la pesca fluvial utilizaban redes. No sabemos si esta fuente de producción era propiedad individual o comunal, así como, a partir de la disposición de los pequeños silos de arcilla en los que se almacenaba el grano, tampoco podemos resolver el mismo problema en relación con las cosechas.

Los agricultores de Starcevo habían heredado de sus antepasados orientales no identificados molinos de mano para moler el grano y hornos para la transformación de los cereales, pero para la siega dieron a la hoz de sílex dentada originaria del próximo Oriente una forma propia de los Balcanes, e inventaron una original espátula de hueso para trabajar la harina. Para el trabajo de carpintería se preferían las azuelas, como en el Asia anterior, a las hachas, que eran preferidas en Egipto. Pero la cerámica de Starcevo, enormemente sofisticada y adornada muchas veces con dibujos pintados, sólo se parece remotamente a algunas cerámicas neolíticas de Levante. Como herencia de las tradiciones mesolíticas autóctonas solamente podrían alegarse los picos de asta de ciervo. Aunque en los vasos de Starcevo se pintaran a veces espirales, nunca se utilizaron como un motivo repetido, como en la cultura danubiana de la misma época.

Los poblados, diseminados a través de los bosques de esta región de Starcevo, región enormemente variada, no estaban, sin embargo, aislados los unos de los otros. Las comunicaciones, clasificadas de manera convencional con la denominación de «comercio», se encuentran objetivamente documentadas por la difusión en toda la región de adornos hechos con las conchas del *Spondylus gaederopi*, un mejillón del Mediterráneo, y por el transporte de la obsidiana húngara y de Transilvania a los poblados situados en el Prut y en el Dniester.

No disponemos de ningún testimonio sobre las institucio-

nes sociales, incluidas las guerras, si bien se conservan algunas muestras de objetos rituales. Las estatuillas femeninas, que representaban a una diosa-madre lo mismo que entre los agricultores orientales, debieron de desempeñar alguna función en los ritos de la fertilidad. Pero en los poblados de Starcevo, ni esta diosa ni ninguna otra deidad eran adoradas en templos permanentes ni eran servidas por sacerdotes profesionales. Se ha señalado, por el contrario, la existencia de «lugares de culto» en las casas de labor corrientes³⁹. Por lo que se refiere a los espíritus de los antepasados, no existen enterramientos rituales que atestigüen la existencia de un culto a los mismos. Sin embargo, los sellos de arcilla pueden considerarse como exponentes de una ideología. Parece que éstos eran sin duda réplicas de sellos asiáticos de piedra y algunos de ellos llevan un motivo en forma de cruz que se encuentra muy a menudo en los sellos del Asia anterior. Ahora bien, estos sellos eran aceptados desde los tiempos halafienses como marcas de propiedad privada en los artículos de comercio. Pero no se han encontrado sellos ni en los asentamientos de Starcevo ni en otros asentamientos neolíticos europeos. Por eso, los sellos de arcilla europeos, lo mismo que otros semejantes de Jarmo y del neolítico levantino, se utilizaban en realidad para multiplicar los motivos mágicos en el cuerpo humano. Los sellos de arcilla europeos se han denominado tradicionalmente con el nombre de *pintadere*, en la suposición de que se utilizaban para pintar el cuerpo humano. Sin embargo, la idea de su uso y algunos motivos que llevan fueron con toda probabilidad transmitidos a Europa desde el Asia anterior.

(II) *La cultura mediterránea de la cerámica cardial*

Se observa otra adaptación igualmente original a un medio puramente europeo en una cultura definida y denominada por los arqueólogos por su cerámica. Esta se encontraba por todas partes, si bien no exclusivamente, decorada con incisiones realizadas con el borde dentado de una concha de *cardium*, por lo que se conoce con el nombre de cerámica cardial. Se encuentra en Sicilia y en Malta, en las islas Eolias, así como por toda la costa mediterránea del sur de Italia, a lo largo de la Riviera italiana y francesa y en las costas del sur de Francia, este de España y Africa del Norte. Se la suele encontrar en las cuevas, circunstancia que tiende a exagerar indebidamente el carácter pastoril de sus autores, cuando a menudo sucede que algunos cazadores, lo mismo que los pastores, se refugian también en cuevas, aunque habiten en poblados normales. En realidad, las gentes que fabricaban esta cerámica cardial, aunque cazaran, pescaran y criaran ganado, cultivaban también cebada. No solamente trituraban el grano en molinos de mano, sino que también amasaban la harina con el mismo tipo de espátula que sus parientes de los Balcanes. En Liguria, sur de Francia, en España y en Africa, los cazadores utilizaban arcos y flechas armados de microlitos geométricos semejantes a los utilizados por los precursores mesolíticos de estas mismas comarcas.

La distribución de los asentamientos en las costas del norte del Mediterráneo y en las islas bastante pequeñas no deja lugar a dudas de que estos colonos habían llegado en embarcaciones por mar y de que después de haberse establecido en la costa, prosiguieron sus incursiones marítimas. Las expediciones de pesca se convirtieron en empresas comerciales. Así, la obsidiana de Lipari era transportada hasta Liguria. La ocupación de las islas Eolias, que aunque eran muy fértiles care-

cían de reservas permanentes de agua, debió de haber sido motivada por el deseo de adquirir este maravilloso material industrial; los colonos debieron depender siempre del trueque de la obsidiana a cambio de artículos de primera necesidad, producidos por grupos emparentados que habitaban en la península italiana o en Sicilia.

Solamente en el sudeste de Sicilia y quizás en Apulia es donde tenemos noticia de asentamientos domésticos que no sean cuevas. Estos asentamientos no fueron ocupados por los primeros colonos, sino por sus descendientes (que seguramente no eran de raza pura ⁴⁰), quienes habían creado estilos peculiares de cerámica local—que encontramos en los objetos de Stentinello, en Sicilia—, además de objetos de cerámica cardial. Los poblados sicilianos estaban situados cerca de la costa, rodeados de un foso excavado en la roca viva y de una empalizada interior. Es posible que las viviendas fueran circulares. Solamente en el sur de Francia es donde algunas cuevas utilizadas como osarios para enterramientos colectivos proporcionan algún indicio sobre la ideología del pueblo de la cerámica cardial.

A excepción de las pequeñas islas, todos los territorios colonizados por pastores de este pueblo habían estado ya poblados anteriormente por salvajes mesolíticos. Puede que estos últimos hubieran contribuido a la cultura de la cerámica cardial con flechas armadas de microlitos y quizás también con ovejas y cabras. Las vacas y la cebada debieron de haber sido traídas en las embarcaciones de los colonos, quienes es de suponer que también traerían consigo el secreto de fabricar objetos de cerámica. Ahora bien, para la decoración de la cerámica neolítica de Levante se solía utilizar el borde de una concha, aunque conchas y «peines» que producían un efecto parecido se utilizaban también por todos sitios en Africa, hasta Jartum, en el Sudán, y hasta Tibesti, en el Sahara central. Además, las casas circulares se consideran generalmente más como africanas que como asiáticas. Por otra parte, puede que

la cerámica cardial hubiera sido corriente en Grecia antes de que se estableciera en este lugar ⁴¹ la cultura de Starcevo; en el sur de Italia y en Sicilia, vasos idénticos a los de Starcevo, que eran sin pintar, se encuentran relacionados con la cerámica cardial del país.

Teniendo en cuenta las escasas pruebas de que disponemos, los componentes neolíticos de esta cultura de la cerámica cardial podrían proceder igualmente de Africa del Norte, de las costas del Asia anterior o del sur de la península de los Balcanes. En todo caso, llegaron a fundirse, aunque en grados diferentes, con elementos mesolíticos europeos, ya que restos mesolíticos reconocibles, como los microlitos, no están en modo alguno relacionados por todas partes con objetos de cerámica cardial. Estos últimos simbolizan una cultura única adaptada exclusivamente a la zona mediterránea—no se la encuentra por ninguna parte más que a 80 kilómetros de la costa—, aprovechando las condiciones favorables que ofrece este mar para la navegación.

(III) *El ciclo cultural danubiano*

La cultura de la Europa neolítica que mejor se conoce es la del danubiano I. Esta llegó a ocupar una vasta región que se extendía desde la cordillera de los montes Bakony, en Hungría, y los valles de los ríos Vaag y Nitra, en Eslovaquia, llegando hasta el Mosa, en Holanda, y a los bordes de las morrenas del último período glaciario en Alemania, y hasta las costas bálticas al este del Oder; iba después desde el Mosa belga hasta el curso superior del Vístula, y desde aquí, rodeando los flancos norte de los Cárpatos hasta llegar al Dniester y al curso superior del Prut. Los asentamientos danubianos no eran, desde luego, continuos por toda esta zona, ya que, excepto

entre el Oder y el Vístula, estaban estrictamente limitados a las tierras bajas cubiertas de loes y a las laderas de los valles. Los asentamientos tampoco eran todos ellos rigurosamente de la misma época. La colonización gradual de una comarca tan extensa era el resultado de la fecundidad de las familias de agricultores y de una economía rural dispendiosa e inestable.

Los danubianos eran fundamentalmente agricultores, pero a juzgar por sus restos de alimentos, eran más que nada vegetarianos. Es muy cierto que criaban algunas vacas, cerdos, cabras y ovejas, pero es probable que mantuvieran al ganado atado de día, encerrándolo sólo de noche en el establo. Resulta curioso que desdeñaran los ricos recursos cinegéticos de su habitat; en sus poblados no se ha encontrado ningún utensilio de caza reconocible y muy pocos huesos de animales de caza. Pero estos agricultores danubianos cultivaban trigo de espiguilla de un solo grano, escanda, un trigo hexaploide, y cebada junto con habichuelas, guisantes, lentejas y lino. Cultivaban parcelas situadas en el bosque, a las que rozaban con fuego y azuelas de piedra y labraban con azadas³⁸. Después de dos o tres cosechas, dichas parcelas se agotaban y eran abandonadas. Entonces se limpiaba y se sembraba otra parcela, la cual volvía a su vez a ser abandonada. Cuando por la repetición de este proceso se había utilizado ya toda la tierra situada a una distancia fácilmente accesible desde el poblado, los habitantes del asentamiento se trasladaban a un nuevo terreno de tierra virgen donde fuera posible empezar el ciclo otra vez. El poblado primitivo quedaba desierto hasta que los claros de los alrededores se hubieran vuelto a cubrir de bosque, siendo entonces cuando los habitantes del poblado volverían de nuevo al lugar primitivo para repetir el ciclo anterior.

Los agricultores vivían en poblados compuestos a todo lo más de veinte casas alargadas, que consistían en una gran sala con las paredes de ramas entretrejidas cubiertas de arcilla y apoyadas en sólidos pilotes. Estas casas iban desde los cinco a los seis metros de ancho y desde los nueve a los treinta y

nueve metros de largo, con un promedio de unos veintidós metros. Aunque es indudable que estos edificios servían también de establo y de granero, la familia humana debía ser algo más extensa que la «familia natural», es decir, sería un linaje o un pequeño clan. Así, un poblado consistiría por lo menos en unas doscientas almas, aunque la cifra de seiscientos se aproximaría más a la realidad. Cualquiera de ambas cifras significaría un aumento de la población bastante revolucionario, teniendo en cuenta que se trataba de una comarca de bosques interminables, donde sólo habrían errado con anterioridad algunas pequeñas bandas de cazadores. En los poblados danubianos de la misma época, las casas son todas rigurosamente paralelas, lo que parece indicar que la construcción del poblado se planeaba hasta este extremo. Pero este proyecto no era obra de un solo jefe poderoso; ni siquiera los nazis que excavaron estos poblados consiguieron encontrar, con gran pesar por su parte, a ningún precursor del Führer en el poblado más antiguo situado en territorio alemán. Los carpinteros danubianos, lo mismo que los de los Balcanes del mismo período, utilizaban azuelas de piedra, excluyendo el uso de hachas. Sus mujeres fabricaban sencillos cacharros semejantes en la forma a las vasijas naturales hechas de calabaza. Algunos de estos cacharros estaban también decorados con motivos lineales que imitaban la cesta en donde se transportaban las vasijas de calabaza. Pero otros cacharros estaban libremente decorados por toda la superficie con motivos compuestos de espirales o meandros para producir un modelo repetido semejante al que era característico de los cazadores de mamut de Mezin.

Aunque dispersos por estos bosques primitivos, los poblados mantenían relaciones entre sí. Muchos de ellos estaban situados cerca de riachuelos que serían navegables para las embarcaciones y que no sólo servían como rutas para atravesar los espesos bosques de robles, sino que incluso servían de vías para el comercio. Era así como se transportaban piedras para

molinos de mano desde cerca de Mayenne, aguas abajo del Mosela y del Rin y remontando el curso del Mosa, hasta la proximidad de Lieja, e incluso se transportaban cacharros desde la desembocadura del Main, descendiendo 80 kilómetros el curso del Rin, hasta un poblado danubiano cerca de Colonia. Aunque no existen pruebas directas acerca de una especialización industrial dentro de las comunidades o entre las mismas, puede que algunos agricultores hubieran acrecentado sus riquezas o su prestigio desempeñando la función de mercaderes; se han encontrado montones de hojas de azuela hechas de piedra, la mayoría de ellos en los confines de la región danubiana, muy semejantes a los montones de artículos de metal que posteriormente en la Edad del Bronce representan al parecer los artículos de comercio de los mercaderes-artífices ambulantes. En todo caso, este comercio llevó los materiales danubianos y, sin duda también, las ideas más allá de esta extensa comarca. Adornos hechos de la misma concha *Spondylus* del Mediterráneo, que era tan apreciada por los agricultores de Starcevo, en los Balcanes, llegaron a los poblados danubianos, incluso hasta el curso medio del Rin y del Oder.

Parece que los agricultores danubianos fueron un pueblo pacífico; no dejaron armas a las que pueda calificarse de guerreras. Los poblados más antiguos estaban, por supuesto, defendidos contra los animales salvajes, pero solamente los más tardíos estaban protegidos contra los agresores humanos. Esto no quiere decir que toda la región danubiana fuera una unidad política; ésta, por lo que podemos decir, sólo existía en el seno de cada comunidad rural. Dentro de esta última no existen indicios relativos a diferencias de categoría social. Por analogía con comunidades recientes que se encuentran en un estado de barbarie, el parentesco dentro de la familia y de la comunidad debería haber sido matrilineal. Sin embargo, no poseemos pruebas positivas sobre la existencia del matriarcado. Ni siquiera se fabricaban—o por lo menos no se hacían de arcilla cocida—estatuillas femeninas como las que eran tan

corrientes entre los agricultores neolíticos del cercano Oriente. Algunos vasos estaban adornados con representaciones convencionales de una figura humana, sin rasgos sexuales visibles, pero estas vasijas son ya tardías y puede que estuvieran sometidas a influencias del danubiano segundo.

Los ritos funerarios no eran tampoco muy complicados. Los enterramientos rituales son escasos, formando sólo necrópolis regulares cerca de los confines de la comarca danubiana. En el Rin, estas necrópolis son de inhumación y los cuerpos aparecen en posición encogida; pero existen noticias sobre la existencia de necrópolis de incineración en el Dniester y en el Main.

El ganado y los cereales danubianos debieron de ser traídos desde más al sur, ya que ninguno de ellos se daba en estado salvaje o silvestre al norte de los Balcanes; el trigo de espiguilla de un solo grano apunta claramente al Asia Menor o a los Balcanes. Su marcada afición por las conchas del *Spondylus* debía haber sido heredada de sociedades ancestrales que habitaban cerca del Mediterráneo. Sus cacharros imitaban las vasijas de calabaza que se cree utilizaban sus antepasados del Neolítico anterior al uso de la cerámica que habitaban al sudeste de los montes Bakony, ya que al norte de esta comarca las calabazas no se endurecían lo suficiente. Pero es seguro que los modelos con la repetición de meandros que adornan la cerámica reviven tradiciones artísticas transmitidas en forma de cestería a través de milenios y que procedían de comunidades paleolíticas que habían cazado el mamut en las mismas tierras de loes. Pero sólo en los últimos asentamientos danubianos, pertenecientes al período II, es cuando los microlitos de sílex indican una fusión de las tradiciones mesolíticas autóctonas con las tradiciones de los agricultores colonizadores.

La sociedad danubiana, tal como nosotros la conocemos, cristalizó en alguna parte en el curso medio y superior del Danubio, extendiéndose desde allí hacia el oeste, el norte y el este: los danubianos sólo llegaron al Dniester después que los

agricultores de Starcevo. La cultura danubiana fue una adaptación muy lograda al medio centroeuropeo y subsistió en tanto que pareció que había allí tierras sin límites para colonizar y cultivar.

(IV) *¿Hubo también un ciclo neolítico occidental?*

Es posible que una cuarta corriente de agricultores neolíticos, llegados directamente del norte de Africa, fuera, según ciertas autoridades entendidas en la materia, la autora de la cultura de Almería que se dio en España junto con la cultura de la cerámica cardial, y puede que también fueran los autores de la cultura de los «dólmenes» de Portugal, la cual es muy poco conocida. Una expansión de esta cultura al norte de los Pirineos habría formado, en este caso, el núcleo de un ciclo cultural occidental poco definido, representado concretamente por la cultura de Chassey, del sur y centro de Francia, la cultura Cortaillod, de Suiza, y la cultura de Windmill Hill, de las Islas Británicas. Las últimas manifestaciones de esta cultura no fueron palpables hasta el Neolítico medio, siendo difícil en todas partes separar los elementos neolíticos extraños de los restos mesolíticos autóctonos, ya que toda la Europa occidental se hallaba relativamente bien poblada por cazadores y pescadores mesolíticos, algunos de los cuales (por ej., los tarde-noisienses) puede que fueran emigrantes procedentes de Africa. Es posible que algunos de éstos, aunque no fabricaran cacharros, criaran ganado astado de pequeño tamaño y bueyes. Ya que dejamos para el próximo capítulo la cultura occidental al norte de los Pirineos, examinaremos aquí solamente aquellas aportaciones que podrían haber venido de Africa a través de un supuesto antepasado de la Península ibérica.

La situación puede resumirse muy brevemente de la siguiente manera: en los lugares de asentamiento del norte de Africa ⁴²,

así como en los poblados de Agricultores de Almería, se encuentran colecciones de microlitos de sílex y cacharros imitando cuero, existiendo una gran semejanza entre los objetos encontrados en ambas comarcas. Los almerienses habitaban en chozas circulares u ovaladas y puede que además de cereales cultivaran también el olivo. Enterraban a sus muertos en osarios en las cuevas, pero también lo hacían en sepulturas individuales o colectivas que consistían en cámaras de losas de piedra cubiertas de túmulos circulares. Parece que los «dólmenes» portugueses (nunca descritos en debida forma hasta nuestros días) eran cámaras funerarias semejantes, cubiertas de túmulos de piedras, conteniendo un solo cuerpo acompañado también de cacharros imitando el cuero y de microlitos geométricos. En el norte de Africa, tribus pastoriles construían también—en fecha indeterminada, según se reconoce—túmulos sobre cámaras de piedra (conocidos igualmente como «dólmenes») ⁴³, en las que es posible que sólo se enterrara a los jefes. Por último, las animadas pinturas del Levante español, alguna de las cuales representan ovejas domesticadas, parecen muy africanas en cuanto al estilo, tal como ya se señaló en la página 30.

Por tanto, puede que bandas de pastores, obligados a cruzar el estrecho de Gibraltar a causa de la desecación del Sahara, hubieran introducido en la Península Ibérica ganado doméstico, cereales y tradiciones neolíticas que ellos mismos hubieran adquirido en el valle del Nilo. Los cacharros norteafricanos y almerienses se parecen bastante, en realidad, a los primitivos cacharros egipcios; los sepulcros de piedra bajo túmulos circulares que se encuentran en las tres comarcas podrían ser versiones barbarizadas de los monumentos de adobe erigidos sobre las tumbas de los primeros faraones del Alto Egipto ⁴⁴. Uno de los asentamientos norteafricanos en cuestión ha sido fechado por el carbono 14 hacia el 3050 antes de Jesucristo, fecha que concuerda perfectamente con las fechas históricas de los primeros faraones. La exposición que acabamos de hacer sólo debe aceptarse como algo enormemente especu-

lativo, y en todo caso convendría simplificarla sobremanera en términos muy generales. Sin embargo, en el curso de estas líneas parece que resultaba necesario exponer algo de este tipo para explicar las tradiciones de la arquitectura doméstica y funeraria característica del norte de la Europa occidental.

Durante la fase I, cuatro grandes comarcas de Europa fueron colonizadas por agricultores neolíticos, los cuales crearon tantas culturas—o ciclos culturales—como adaptaciones hubo a diferentes medios europeos. Puesto que en las cuatro predominaban los nuevos elementos extraños sobre las supervivencias reconocibles de la herencia mesolítica autóctona, todas estas culturas pueden denominarse primeras culturas neolíticas. En la fase II, la zona de la primera colonización se extendió aún más. Pero las primeras culturas homogéneas se escindieron en un número desconcertante de pequeñas culturas regionales mediante adaptaciones divergentes a las condiciones locales. Al mismo tiempo, la penetración de nuevas ideas del Oriente y la intrusión incluso de otros grupos de emigrantes procedentes del cercano Oriente fueron factores que contribuyeron a acelerar este proceso de diversificación cultural. Por otro lado, la adopción por parte de los recolectores aborígenes de la economía neolítica y de aquellos elementos apropiados del utillaje tomados a las primeras culturas neolíticas dieron como resultado el surgimiento de las culturas del segundo Neolítico⁴⁵, en las que son reconocibles, sino ya predominantes, rasgos heredados del estadio precedente de recolectores.

5 ADAPTACIONES AL MEDIO EUROPEO

(I) *Los Balcanes y el sur de Italia*

El impulso cada vez más vivo procedente de aquellas comarcas donde tuvo su origen la producción de alimentos se hizo sentir, naturalmente, con más fuerza en la Península de los Balcanes. Pero es preciso recordar de nuevo que es posible que el Neolítico Medio de la Europa templada no hubiera empezado antes de la Revolución urbana en Egipto y en Mesopotamia. Por lo tanto, es posible que algunas de las contribuciones orientales a este estadio fueran sólo un reflejo de la penetración en Europa del comercio internacional creado por esta revolución. Semejante suposición no afecta a la cultura de Sesklo³⁷ de la Grecia peninsular y del occidente de Macedonia, la cual, como está demostrado, surgió con anterioridad a que se establecieran los primeros contactos conocidos con las nuevas civilizaciones orientales. Por sus delicados cacharros cocidos al fuego, vistosamente decorados con motivos de cerámica pintados de colores brillantes, por sus proyectiles de honda fabricados de arcilla, por sus escudillas de piedra, por sus insignias rituales de estatuillas de terracota y sus modelos de animales, casas y muebles y sus sellos de arcilla cocida o incluso de piedra, la cultura de Sesklo parece ser el resultado de un trasplante físico de las tradiciones Hassuna-halafienses del Asia anterior, a través del Egeo, trasplante que bien podría haber sido realizado por una nueva emigración de agricultores

asiáticos. Pero en Grecia no se ha identificado nada que se parezca a los templos halafienses y la concha del *Spondylus* siguió siendo muy apreciada como adorno. Es probable que la economía rural implicara el cultivo de árboles frutales, así como de cereales, y es muy posible que también se practicara la transhumancia del ganado a los pastos de montaña durante los veranos. Es seguro que se practicaba una cierta rotación de cultivos, lo cual permitía la ocupación permanente de poblados construidos de adobes. En el montículo de Otzaki⁴¹, uno de los «tells» formado por las reconstrucciones repetidas de este poblado, se encuentran modelos de la cultura de Sesklo en los niveles de ocupación situados por encima de aquellos que descubren objetos de cerámica cardial y de la cultura de Starcevo. Pero más abajo, y por tanto pertenecientes a una fecha anterior, se encuentran las ruinas de un asentamiento caracterizado por sus objetos de cerámica pintada que podrían ser los antecesores de los objetos de cerámica de la cultura de Sesklo.

En los Balcanes centrales, las tradiciones asiáticas en los objetos rituales, la fabricación de escudillas de piedra, de sellos de arcilla y el empleo de hornos ocupan el mismo lugar destacado en la cultura de Vinca³⁷. Esta cultura está representada por «tells»—lugares de poblados permanentes habitados continuamente durante dos períodos (el Vinca I y el Vinca II)—desde el occidente de Macedonia, remontando el Vardar y descendiendo el Morava hasta la margen servia del Danubio y más allá de este río a través del Banat y remontando el curso del Maros hasta Tordos, en Transilvania. Pero la cerámica de Vinca no estaba pintada, sino que era monocroma y mostraba una decoración (si bien sólo en el Vinca II) a base de motivos repetidos de espirales y meandros. Este arte decorativo de la cultura de Vinca posterior procede, según se cree, de la adopción por los agricultores de tradiciones estéticas que procedían directamente, o a través de vecinos «danubianos», de los cazadores del mamut paleolíticos que habitaban las tierras de

loes. Los arpones y los picos de asta de venado, utilizados por el pueblo de Vinca para pescar y para cortar la madera, también podrían haber sido transmitidos por pueblos mesolíticos autóctonos no identificados. Sin embargo, disponemos de buenos ejemplares análogos a los de la cerámica de Vinca a ambos lados del Egeo y en el Levante. Ahora bien, en esta última área geográfica, estos ejemplares pertenecen, lo mismo que los ejemplares análogos a los objetos de la cerámica cardial, al neolítico más primitivo, anterior a la introducción de la cerámica pintada según el estilo de Hassuna y de Halaf. Al occidente del Egeo, por el contrario, en la cultura de Larisa, los objetos monocromos sustituyen y suceden a aquellos pintados siguiendo el estilo de Sesklo, que era semejante al estilo halafiense. De esta forma, a partir de la cerámica, se han sacado deducciones que parecen contradictorias: o bien se produjo una emigración del Asia anterior a Grecia y los emigrantes remontaron el curso del Vardar o, por el contrario, se produjo una invasión de la Grecia peninsular desde la cuenca media del Danubio, descendiendo el curso de este río. Resulta imposible, y tampoco es necesario, que optemos aquí por ninguna de estas dos suposiciones.

Sin embargo, la explicación más probable de la cultura de Dimini del este de Tesalia y de Corinto parece ser una incursión desde el norte de los Balcanes. Los invasores expulsaron o sometieron a los agricultores de Sesklo, revelando su origen del norte de los Balcanes por las espirales y los meandros pintados en sus cacharros, y quizás por su arquitectura doméstica, si bien conservaron el mismo tipo de ideología. Si los recién llegados construyeron realmente fortificaciones en derredor de los poblados en lo alto de las colinas y pequeños palacios situados en su interior, podrían ser considerados como una aristocracia conquistadora que dominara a las poblaciones sometidas de Sesklo, aunque ellos mismos estuvieran a su vez gobernados por una especie de reyes. Pero puede que los palacios y las fortificaciones hubieran sido construidos mucho

después por una nueva ola de invasores que llegó hacia el 1800 antes de Jesucristo.

También en el bajo Danubio, sociedades de agricultores sedentarios, que cultivaban escanda, así como trigo de espiguilla de un solo grano, crearon la cultura de Boian, que sustituye a la de Starcevo a ambos lados del río. Debido a su predilección por las azuelas y por las hondas y a su afición por los adornos hechos con la concha del *Spondylus*, estas sociedades conservaban las antiguas tradiciones locales. Pero aquí no aparecen estatuillas de arcilla ni otros modelos que puedan ilustrar el culto asiático de la fertilidad; la cerámica era sin pintar, aunque estaba decorada con motivos repetidos de meandros, como sucedía en otras partes en las tierras de loes del sudeste europeo.

En las culturas del sur de Italia, de Sicilia y de las Islas Eólicas que llegaron a sustituir a las culturas de la cerámica cardial y de Stentinello, no es posible reconocer ningún elemento asiático. Se supone generalmente que la cerámica pintada que las distingue fue introducida por colonos de los Balcanes, pero éstos no introdujeron estatuillas femeninas ni ninguno de los objetos rituales que les eran propios. Por otra parte, las chozas circulares revelarían un origen africano, y aunque este tipo de chozas estuvieran habitadas en el Neolítico de Chipre, la economía rural anuncia ya lo que será corriente durante la Edad del Hierro en las Islas Británicas y en cualquier parte del occidente celta. Pues las chozas circulares, situadas cada una de ellas en su propia corral cercado, estaban agrupadas en poblados rodeados de fosos defensivos, o bien cada choza se hallaba situada sola. Pero tanto los poblados de chozas como las chozas aisladas estaban situadas dentro de cercados mucho mayores, asimismo defendidos. Una vivienda aislada representa claramente una casa de labor con su corral y su terreno cultivado anejo, propiedad todo ello de un solo individuo, mientras que los terrenos cercados que rodeaban al poblado debían de ser los campos comunales abiertos en los que

cada vecino poseía una parcela durante una estación del año, siendo sólo los corrales de las casas de labor los que eran propiedad de una familia. La arqueología no nos proporciona ningún indicio sobre las relaciones políticas existentes entre los agricultores que habitaban el poblado y los agricultores que habitaban chozas aisladas ni tampoco sobre las relaciones existentes entre los diversos poblados.

(II) *La provincia danubiana y su extensión*

La persistencia del cultivo nómada al norte del Maros y del Drave y a través de la vieja comarca danubiana impedía el establecimiento de poblados lo bastante permanentes para que sus ruinas formaran «tells». Sin embargo, es posible deducir la existencia de una economía rural más equilibrada por la multiplicación de los rebaños, a los que es de suponer que se permitía pacer libremente en los claros, al tiempo que los recursos naturales de estas comarcas eran explotados más a fondo por medio de la caza y de la pesca. Puesto que la agricultura seguía estando limitada a las tierras de loes, el crecimiento natural de la población y el reclutamiento de nuevos agricultores procedentes de las comunidades del Neolítico secundario dieron por resultado una escasez de tierras cultivables, la cual se vería acentuada por el ganado que pacía libremente y que impediría la regeneración de los bosques, de forma que los antiguos claros ya no podrían ser fertilizados quemando simplemente el monte bajo, que de otra manera los habría cubierto. Por último, el ganado representaba una presa para los que efectuaban correrías. Como consecuencia de estos factores no resulta sorprendente encontrar testimonios sobre la institución de la guerra en la fase II, tanto en la comarca danubiana como en otras partes. Muchos poblados del danubia-

no II estaban protegidos por sólidas empalizadas y profundos fosos para cerrar el paso a los atacantes. Sin embargo, en la comarca danubiana no existen todavía pruebas de la existencia de jefes de guerra, a menos que las hachas—martillos de piedra con orificio central—fueran emblemas de autoridad.

Las casas alargadas del danubiano I fueron sustituidas en todas partes por viviendas más pequeñas compuestas de dos habitaciones que medían de un extremo al otro de seis a nueve metros de largo por cuatro y medio a casi cinco metros de ancho y estaban provistas de hornos en cada estancia. Estas viviendas son, desde luego, más apropiadas para una familia natural formada por una pareja. Pero no es posible probar que esta familia fuera ya patriarcal. Por el contrario, las culturas del danubiano II del centro de Europa habían adoptado, con la misma buena disposición que las de Sesklo y Vinca, el ritual oriental de la fertilidad en el que se utilizaban estatuillas de la diosa-madre y representaciones de animales, pájaros, casas y muebles.

Las culturas del danubiano II propiamente dicho se extendían desde el Save y el curso superior del Tisza a través de Hungría, Eslovaquia, la baja Austria y Moravia hasta el curso superior del Vístula, en Polonia, y el curso superior del Elba, en Bohemia. Arqueológicamente, se caracterizan por su afición por los vasos de colores, pero, a diferencia de Grecia y del sur de Italia, los colores no solían ser fijos, esto es, pintados ligeramente sobre la superficie del vaso antes de la cocción, sino que los colores en blanco, rojo o amarillo se extendían sobre un fondo negro después de la cocción del vaso. Los modelos se componían de espirales y de meandros, pero también había motivos imitando la cestería. Los sellos empezaron a utilizarse entonces incluso en Moravia y en Bohemia. El antiguo comercio internacional seguía llevando a la comarca conchas del *Spondylus* del Mediterráneo y puede que también artículos fabricados que procedían de las industrias urbanas del cercano Oriente y de Creta. Junto con la obsidiana local, también se

distribuían chucherías de cobre, hechas de cobre de la localidad. Los minerales y el cobre nativo se utilizaban con toda seguridad en Hungría, y es posible que hubieran sido descubiertos por agricultores danubianos. Pero puede que los agricultores venidos de Oriente hubieran explorado ya la comarca y revelaran el valor de dichos minerales a los habitantes bárbaros de la región.

La cultura del danubiano I permaneció sin sufrir ninguna alteración más allá de los límites indicados en el último párrafo, salvo en lo relativo a la fortificación de los poblados. Pero dicha cultura se yuxtapuso a culturas danubianas del segundo Neolítico con las que se mezcló, tomando los nombres de «decoración incisa», «Rössen», «Hinkelstein», etc. En todas ellas, las tradiciones danubianas en la economía y el utillaje industrial se habían fundido con otras tradiciones representadas por los micrólitos geométricos, los enterramientos en posición extendida y los enterramientos de incineración, que pueden ser atribuidos a los diversos grupos de cazadores-pescadores culturizados por los primeros emigrantes danubianos. Todos ellos eran más guerreros y más dados a la caza que los agricultores del danubiano I, mientras que la arquitectura doméstica y la organización social del pueblo de Rössen, por lo menos, pertenecían más bien al danubiano II que al danubiano I.

En la misma época, la comarca danubiana se extendió hacia el oeste y los agricultores del danubiano I se extendieron desde Bélgica hasta el Marne e incluso hasta el valle de París; los agricultores de la cultura de Rössen avanzaron desde el Main, remontando el Rin, hasta el pie de los Alpes, estableciéndose en Lichtenstein, sobre el lago Constanza. Los agricultores del sudoeste, atravesando los Alpes Julianos en busca de tierras, llevaron a la Alta Italia y desde allí a las costas mediterráneas tradiciones del danubiano II bastante mezcladas. En las cuevas de Liguria, estatuillas de la diosa-madre, sellos de arcilla, vasos decorados con espirales y adornos de concha

del Spondylus proclaman el predominio de las tradiciones del danubiano II en una cultura local que había sucedido a la cultura de la cerámica cardial.

Al este de los Cárpatos, una prolongación de la cultura danubiana constituía el elemento principal de una adaptación particular a las rigurosas condiciones de clima continental de este país cubierto de bosques. El resultado fue la llamada cultura de Tripolye, designada así según un sitio cerca de Kiev, la cual sucedió a la cultura de Starcevo, a la cultura de Boiany a los asentamientos del danubiano I en el curso superior del Oltu, en el Prut y en el Dniester, llevando consigo tradiciones de estas culturas y tradiciones de comunidades de cazadores-pescadores desconocidos y puede que también tradiciones de sociedades pastoriles de las estepas. Esta cultura perduró por mucho tiempo, evolucionando a través de tres fases diferenciables, durante las cuales se extendió hasta el Dnieper y hasta el borde de las estepas herbosas. La economía seguía basándose en el cultivo nómada, de tal manera que los poblados no eran ocupados el tiempo suficiente para que llegaran a formar montículos de terreno «tells», aunque algunos sitios volvieron a ser ocupados después de un intervalo de tiempo, durante el cual el monte bajo podía volver a crecer de nuevo. La producción de las cosechas, almacenada en grandes tinajas en cada casa, era propiedad privada de cada familia, aunque es posible que las tierras fueran poseídas en común. La cría de ganados, la caza, la pesca y la recolección proporcionaban también un suplemento en víveres. En la primera fase, la mayor parte de la carne consumida era de animales de caza, pero en los períodos siguientes aumenta constantemente la cantidad de huesos de animales domésticos encontrados en los restos de comida. Por otra parte, los caballos, que puede que al principio tuvieran que ser cazados, es probable que fueron domados en la última fase; es seguro que éstos suministraban carne y quizá también leche y fuerza motriz⁴⁶. Por modelos que se han encontrado se sabe que existían trineos tirados por caballos; sin

embargo, no poseemos testimonios sobre la existencia de vehículos de ruedas.

Los agricultores de Tripolye vivían en sólidas viviendas con el suelo y las paredes de planchas de madera sólidamente revocadas con arcilla. Estas viviendas tenían de dos a cinco habitaciones provistas de grandes hornos y también de frontones cruciformes o altares. Los prehistoriadores rusos consideran las casas más grandes como una ampliación de las viviendas de dos habitaciones, a fin de acomodar allí a los hijos casados. Cada una de estas viviendas indicaría, en este caso, la existencia de un conjunto de familias o de una familia numerosa del tipo de las que todavía subsisten en este siglo entre los eslavos meridionales ⁴⁷. Un poblado normal estaría formado por unas treinta o cuarenta y cinco casas dispuestas en forma de radio en la circunferencia de un círculo irregular con un diámetro de 183 a 488 metros, defendido por barrancos escarpados a los que se unían un foso y una muralla.

El comercio llevó a los poblados de Moldavia y de Ucrania, a través de los Cárpatos, obsidiana desde Hungría y también cobre y un poco de oro. Ya en la primera fase se llevaron ajorcas y pequeñas chucherías de cobre sin alear; más tarde se llegaron a utilizar hachas planas, hachas-picos y puñales, semejantes a los del Danubio medio, pertenecientes al último Neolítico III. Aunque los hornos de los alfareros de Tripolye producirían una temperatura suficiente para fundir el cobre, en los poblados de Tripolye no se han descubierto, sin embargo, restos de metalurgia. Puede que los habitantes del poblado obtuvieran sus artículos de metal de los exploradores, quienes expedirían la totalidad de sus hallazgos a los mercados orientales desde puertos desconocidos situados en el Mar Negro. Los alfareros del país fabricaban a mano y cocían en hornos magníficos objetos de cerámica vistosamente decorados con motivos pintados, los cuales consistían al principio en espirales y meandros en el estilo propio de las tierras de loes, que se deterioró más tarde.

Las sociedades de Tripolye compartían con las comunidades del danubiano II y con comunidades balcánicas más primitivas toda una ideología expresada en las estatuillas femeninas y en las representaciones de animales, casas, sillas y lechos, así como en los sellos de arcilla. La colocación de las estatuillas en el interior de las casas y los frontones cruciformes o altares constituyen un testimonio positivo sobre el carácter doméstico de este culto. Por otra parte, la existencia de falos de arcilla y la importancia del toro en las artes plásticas muestran que el papel del macho en la procreación era apreciado y utilizado de manera ritual. Este hecho parece anunciar, cuando menos, la transición a un orden patriarcal sobre el que, sin embargo, no poseemos pruebas positivas.

(III) *El Occidente y el Norte de Europa*

En el Neolítico II, las «culturas occidentales» o al menos los peculiares cacharros a imitación del cuero que deberían caracterizar a aquéllas, ilustran de manera palpable las diferentes adaptaciones a los diversos medios de la Europa atlántica al norte de los Pirineos. Sus elementos neolíticos podrían proceder de una presión hacia el norte de los almerienses, si es que no procedían de pastores de la cultura de la cerámica cardial o de agricultores danubianos o de la cultura de Rössen que se hubieran infiltrado. Las supervivencias mesolíticas sobresalen por todas partes; la caza y la cría de ganados ocupan un lugar más destacado que en la economía rural danubiana; es posible que las minas de pedernal y los talleres de hachas indiquen—aunque no necesariamente—una cierta especialización intercomunal. Las hachas se preferían, en general, a las azuelas, mientras que las estatuillas femeninas sólo se modelaban en arcilla excepcionalmente. Sin embargo, no existe una sola cultura occidental, sino un ciclo de culturas locales de las que sólo es necesario especificar dos.

Los agricultores de Cortaillod habitaban en casas rectangulares de dos habitaciones del mismo tipo que las del danubiano II, las cuales se extendían a lo largo de las orillas de los lagos alpinos (la antigua creencia según la cual estaban construidas sobre pilotes encima del agua es rechazada ahora por la mayoría de los especialistas en la materia), o en los lechos pelados y cubiertos de turba de las lagunas secas. Cultivaban los cereales acostumbrados, entre los que se contaba un trigo de espiguilla de un solo grano, probablemente sin arado todavía, y criaban vacas, cabras y ovejas que se ataban y se guardaban en establos durante el invierno. No tenemos noticias de ningún enterramiento ritual ni de ninguna otra manifestación en relación con el comportamiento ritual; tampoco ha sido posible advertir diferencias de categoría social dentro de los poblados. Un cálculo del carbono 14 digno de crédito fecha un asentamiento muy primitivo de Cortaillod, en Suiza, hacia el 2750 antes de Jesucristo, aunque agricultores procedentes de asentamientos de tierra seca no identificados hubieran cultivado las tierras suizas desde hacía mucho más tiempo. Pero los agricultores de Cortaillod seguían viviendo en el Jura, por lo menos hacia el 2400 antes de Jesucristo.

Según Pigott⁴⁸, la cultura de Windmill Hill tiene sus primeras manifestaciones en las colinas de creta del sur de Inglaterra, desde donde se extendió poco a poco por todas las Islas Británicas, siendo probable que fuera reforzada por nuevas corrientes procedentes del continente. Un cálculo del carbono 14 sitúa su llegada hasta el mismo Cumberland ya en el 2900 antes de Jesucristo, pero los prehistoriadores británicos rechazan casi unánimemente esta fecha por considerarla demasiado remota. Estos pioneros de la agricultura británica cultivaban trigo—entre el cual se contaba el de espiguilla de un solo grano de tamaño reducido—con preferencia a la cebada, más dura, pero su economía dependía aún más de la cría de ganado y de cerdos junto con algunas cabras y ovejas; resulta, en cambio, curioso que no practicaran la caza. Se cono-

cen agrupaciones de una o dos casas de planta rectangular, aunque se desconoce la existencia de poblados normales. Pigott considera a los «campamentos de calzada» (cimas de colinas rodeadas de dos o más fosos interrumpidos) del sur de Inglaterra más como corrales para el ganado que como asentamientos fortificados. El sílex se obtenía en el sur de Inglaterra gracias a mineros diestros en la apertura de pozos a través de la espesa creta y en cavar galerías subterráneas. Las hachas que se fabricaban en los lugares donde había crestosnes de roca apropiada, como en Cumberland, Antrim y el noroeste de Gales, eran exportadas hasta el sur de Inglaterra y a Escocia. Pero, según Pigott, ni este comercio es importante ni puede que tampoco la explotación del sílex empezara de manera efectiva hasta la llegada del pueblo del vaso campaniforme, que en este libro señala el comienzo del último Neolítico III.

La ideología y parte de la sociología de la población de Windmill Hill se ponen de manifiesto—si bien de manera muy imperfecta—a través de algunas estatuillas humanas y representaciones de falos muy toscamente tallados en bloques de yeso, así como a través de los enterramientos rituales. De estos últimos, los que mejor se conocen son las necrópolis colectivas bajo túmulos alargados: montículos que superan a veces los noventa metros de largo y que son frecuentemente más anchos y más altos en un extremo. En el extremo más ancho, los huesos incinerados o no de uno o más cuerpos se hallaban amontonados en una plataforma baja de creta o bien en el interior de un reborde hecho de nódulos de sílex. El número de cuerpos enterrados en estos magníficos monumentos funerarios parece demasiado pequeño en proporción: cuatro grandes túmulos contienen un solo cuerpo cada uno, siendo el máximo de veinticinco cuerpos. No es fácil que los grandes túmulos puedan ser las tumbas de simples agricultores y ni siquiera los osarios colectivos de todo un poblado; parecen ser más bien los sepulcros de los jefes y de sus fami-

lias. En este caso, los pequeños cementerios de incineración dispuestos en recintos circulares y rodeados de un foso y de un banco exterior podrían contener los cuerpos de los plebeyos. Según se admite, estos recintos circulares, denominados «hengés» de la clase I, contienen vestigios de la cultura del segundo Neolítico británico, así como de la cultura de Windmill Hill. Sin embargo, si a ellos añadimos los «cursus»—estrechos pasajes de 1,50 a 9,50 kilómetros de longitud—ambos representan la elaboración específicamente británica de una ideología cuyos gérmenes podrían tener un origen occidental. Por otra parte, es más probable que los grandes túmulos sean de origen nórdico o incluso danubiano ⁴⁹.

Por último, la colonización por agricultores de las grandes llanuras del norte de Europa empezó sólo en una época en que la región danubiana, los Balcanes y las costas mediterráneas habían sido ya ocupadas, habiéndose iniciado una adaptación al medio; la edad del asentamiento más antiguo de Dinamarca fue fechada por el carbono 14 en el 2650 antes de Jesucristo. El norte de Europa, con sus arcillas de canto rodado cubiertas de bosques, sus arenas glaciares y sus depósitos marinos, su clima frío y húmedo desafiaba a los agricultores neolíticos a soportar unas condiciones excepcionalmente duras. Estos consiguieron adaptarse con éxito a este medio después de dos períodos de evolución (período nórdico I y II o TRB A, B, y C), en el primer período nórdico o cultura de TRB (es decir, Tragtbæger, «vaso de embudo»). Donde mejor se conoce esta cultura es en Dinamarca y en el sur de Suecia, que fueron las comarcas más propicias—o menos poco propicias—para la agricultura neolítica, pero al parecer también las más densamente pobladas por cazadores-pescadores mesolíticos de la raza de Maglemose y de Ertebølle. Llegados a Dinamarca en la fase A en medio de este último pueblo mencionado, los pioneros colonizadores que practicaban el cultivo nómada siguieron cultivando el trigo de espiguilla de un solo grano, escanda y cereales hexaploides, con prioridad a la cebada, manteniendo ata-

do al ganado, al que alimentaban con hojas durante los largos inviernos. Una ideología característica de todo el primer ciclo nórdico encuentra expresión en las ofrendas arrojadas a los pantanos: víctimas humanas, animales, cachorros, utensilios de sílex y cuentas de ámbar.

En la fase B, estos pioneros fueron seguidos por otros colonos de carácter más pastoril, que desmontaban grandes extensiones de bosques para obtener pastos para el ganado, así como campos para cultivar. Sin embargo, estos pastores no permanecían el tiempo suficiente en el mismo sitio para impedir que el bosque volviera a crecer, sino que en algunas generaciones se dirigieron quemando los bosques a su paso a través de Dinamarca y del sur de Suecia, hasta llegar casi hasta Estocolmo, en la costa báltica. En el continente no es posible distinguir todavía las fases A y B ni tampoco los grupos de agricultores ni de pastores, pero los agricultores de ambos grupos pueden reconocerse por algunos cacharros y utensilios de sílex característicos y por las ofrendas arrojadas a los pantanos entre el Vístula y el Elba. Puede que éstos señalen las huellas de una emigración procedente de Bielorrusia o de pueblos venidos de regiones todavía más al este. Resulta más razonable considerar a la primera cultura nórdica como una cultura del Neolítico secundario, producto de la adopción por parte de los recolectores locales de tradiciones pertenecientes a agricultores danubianos emigrantes que habían avanzado, en efecto, a través de las llanuras nórdicas hasta el Báltico en una zona situada entre el Vístula y el Oder. La composición de la producción agrícola de estos primeros colonos nórdicos es claramente danubiana y las tumbas de sus jefes parecen imitaciones rituales de las grandes casas danubianas. Pero ni su ideología ni ningún elemento de su utillaje material son danubianos en lo más mínimo; por ejemplo, utilizaban hachas de sílex en vez de azuelas de diorita y flechas armadas con puntas de micrólitos transversales, y enterraban a sus muertos extendidos boca arriba. Semejante comportamiento lleva consi-

go tradiciones locales del mesolítico, de las que tenemos un ejemplo en la cultura danesa de Ertebölle.

Antes del final del Neolítico II, es decir, en el TRB (C) o el nórdico II, toda la llanura del norte de Europa, desde el Vístula al Rin, fue ocupada por grupos guerreros de agricultores de la primera cultura nórdica, diferenciados entre sí por adaptaciones divergentes a las condiciones locales, que se expresaban en particularidades en la decoración de la cerámica y en los ritos funerarios. Parece que grupos emparentados se extendieron al sur hasta el Danubio, en la baja Austria, y en dirección oeste por lo menos hasta Suiza y Bélgica; puede que incluso la cultura británica de Windmill Hill pueda atribuirse a uno de estos grupos, así como también a colonos procedentes del sur de Francia⁴⁹. Pero en la Europa central, estos grupos de la primera cultura nórdica se mezclaron con comunidades danubianas, sacrificando la mayoría de sus tradiciones. En la misma llanura nórdica, los rasgos característicos de la primera cultura nórdica del TRB (C) destacan con mayor claridad en Dinamarca.

En esta comarca, la cultura de la fase C debe más a los agricultores de la fase A que a los pastores de la fase B. Los agricultores vivían en chozas de una sola habitación dispuestas en hilera para formar los poblados. En Barkaer, cincuenta y ocho de estas chozas estaban situadas pegadas las unas a las otras, dispuestas en dos hileras con un espacio entre ellas, como las casas de los mineros en el siglo XIX. La práctica funeraria más común era la inhumación individual en posición extendida en una simple tumba; en Barkaer, cinco de estas tumbas habían sido cavadas bajo el suelo de las casas. Pero en Polonia y en el norte de Alemania, así como en Dinamarca, se han encontrado algunos cuerpos enterrados en cámaras estrechas formadas de planchas y de losas de piedra verticales o incluso de grandes cantos rodados. La cámara estaba cubierta con un montículo, que en Dinamarca era circular o alargado y rectangular, mientras que en Alemania y en Polonia era trapezoi-

dal, lo mismo que en los grandes túmulos británicos. Y, como en estos últimos, la longitud del montículo es en todas partes desproporcionada en un extremo en relación con la cámara sepulcral. Es probable que los tres tipos de túmulo sean todos ellos imitación de las viviendas de los seres vivos. Los túmulos alargados nórdicos serían en este caso imitaciones de las casas alargadas del danubiano I, algunas de las cuales eran rectangulares y otras de planta trapezoidal, exactamente igual que los túmulos. Estas tumbas monumentales debieron de haber sido construidas para los jefes; las tumbas de los plebeyos son desgraciadamente escasas. Es de suponer que los jefes debían su autoridad más a las hazañas guerreras que a la santidad, y es posible que avanzaran en su camino hacia la realeza, sometiendo a otras comunidades de agricultores o de recolectores autóctonos. Es curioso comprobar que estos supuestos jefes de guerra desaparecieron de los testimonios arqueológicos en el nórdico III, es decir TRB (D), cuando «misioneros» venidos del oeste introdujeron una cierta versión de la religión megalítica (p. 143), momento en el que las cámaras sepulcrales cerradas fueron sustituidas por tumbas igualmente monumentales, provistas de un pasaje de entrada y que eran utilizadas como verdaderos osarios comunales.

Incluso en el Nórdico II, las sociedades TRB estaban imbuidas de tradiciones guerreras. Además de los arcos y flechas, los guerreros utilizaban hachas de combate de asta de venado, imitaciones en cobre de las mismas o imitaciones en piedra de las hachas de metal. De ellos podría decirse igualmente que poseían una mentalidad de comerciantes. Las comunidades de la primera cultura nórdica controlaban los depósitos de ámbar de Jutlandia; el ámbar es una resina fósil que se electrifica por fricción y que era apreciada por esta virtud mágica hasta por los salvajes mesolíticos. El tráfico de cuentas de ámbar iba por lo menos hasta los cursos superiores del Oder y del Vístula. A cambio del ámbar, algunos artículos de cobre llegaron en el Neolítico II a Jutlandia desde la co-

marca del Danubio. En la Polonia galiciana se extraía y exportaba hasta Dinamarca el sílex veteadado, aunque es posible que esto no sucediera antes del Neolítico III. En esta época, otro poblado⁵⁰ en Polonia, por lo menos, puede ser descrito como una comunidad de diestros fabricantes de hachas que producían para el mercado.

La mayoría de los primeros agricultores nórdicos son considerados generalmente como agricultores que practicaban el cultivo hortícola con azada. Pero es probable que en la rama polaca empezara a utilizarse un arado tirado por bueyes. También aquí se han encontrado sellos de arcilla que parecen las ruedas de un modelo de carro. Por último, en diversos asentamientos de la primera cultura nórdica se encuentran huesos de caballo; también se han encontrado lo que parecen las piezas del bocado de un freno⁵⁰, que, de ser correctamente interpretadas, indicarían que en Polonia de nuevo los caballos habían sido domados para animales de tiro, si no para cabalgaduras. El arado, el vehículo de ruedas y los caballos domesticados representaban innovaciones llenas de posibilidades revolucionarias. Pero la época relativa o absoluta de la aparición de las innovaciones antes mencionadas es algo que resulta enormemente problemático. Lo más seguro es que pertenezcan al último Neolítico, siendo muy poco probable que sean anteriores a los carros de bueyes y a los caballos de la cultura de Baden en Hungría. En el Oriente, los vehículos de ruedas y los arados pertenecen sin duda a épocas considerablemente más antiguas.

Hemos traspasado, ciertamente, los límites del Neolítico medio y alcanzado un punto en el tiempo sideral no sólo posterior en varios siglos a la culminación de la Revolución Urbana en Egipto y en Mesopotamia, sino también a que las repercusiones de este acontecimiento se hicieran sentir en la Europa templada. Los dijes de cobre procedentes de los asentamientos del danubiano II, de Tripolye y de la primera cultura nórdica no son anteriores a los vaciados fabri-

cados por los forjadores sumerios en las ciudades de los templos, de la misma manera que los túmulos monumentales de Inglaterra y de Polonia tampoco son más antiguos que las tumbas majestuosas de los primeros faraones. La economía rural atribuida a la primera cultura nórdica se aproxima más a la del período III de la Europa central que a la del danubiano II. 'No obstante, conviene desviarse todavía más del orden cronológico y mencionar dos culturas centroeuropeas. Ambas conservaban tradiciones agrícolas que eran esencialmente danubianas, pero la economía rural experimentó un viraje debido al cual el lugar central pasó a ser ocupado por la cría de ganado, factor que intensificó el comportamiento bélico, promoviendo, al mismo tiempo, transformaciones en la estructura social y en la ideología.

La cultura de Bodrogkeresztur del este de Hungría y de Transilvania podría ser el resultado del desarrollo posterior de las culturas del danubiano II de la misma comarca. Puede deducirse la existencia de importantes poblados por el hallazgo de cementerios con más de doscientas tumbas. Los habitantes de estos poblados son los primeros consumidores locales que se conocen de los productos de una industria metalúrgica que se había establecido en Transilvania y que producía entonces hachas planas, puñales y hachas-azuelas de cobre del país; estas últimas son herramientas de minero, las cuales también podían ser utilizadas como armas. La distribución de los objetos de metal era, sin embargo, tan irregular que los agricultores de Bodrogkeresztur, lo mismo que sus contemporáneos de Tripolye tenían que recurrir de tal manera a los utensilios de piedra que parecían ser más bien del Neolítico.

La cultura de Baden, que ocupaba la parte occidental de la antigua comarca danubiana desde el norte del Save hasta el curso superior del Vístula, del Oder y del Elba, podría denominarse Danubiano III. El cultivo de cereales, entre los que seguía estando el trigo de espiguilla de un solo grano, y que probablemente se servía del arado, mantenía su equilibrio gracias

a la producción lechera y a la cría de importantes rebaños de ovejas que producían lana y carne. Para el transporte se disponía de carros de cuatro ruedas, seguramente tirados por bueyes. Mientras que el utillaje de Baden sigue pareciendo neolítico, los adornos de metal de un tipo claramente anatolio constituyen una prueba de los primeros vínculos inequívocos establecidos con una escuela asiática de metalurgia.

Los agricultores de Baden vivían en grandes poblados con casas de una sola habitación; cada una de estas casas estaba ocupada por una sola familia patriarcal, pero las diversas familias formaban parte de dos o más clanes. Los jefes de clan o los jefes de poblado gozaban de tal prestigio y santidad que después de la muerte sus cuerpos eran transportados a la tumba en carros fúnebres a los que se enterraba con ellos junto con los bueyes que tiraban de los carros, ceremonia idéntica a aquella observada en las exequias de los monarcas mesopotámicos más antiguos. Pero como eran sólo jefes, y no dueños o reyes, lo que significa que jerárquicamente no se elevaban muy por encima de los otros miembros del clan, sus tumbas estaban situadas en los cementerios del poblado y no difieren en su aspecto de las tumbas pertenecientes a los otros habitantes del poblado. En las ceremonias locales de la fertilidad habían caído en desuso las estatuillas femeninas, pero las reproducciones de toros y de moruecos, así como de carros, ilustran la supervivencia de tradiciones del danubiano II. Al mismo tiempo, es posible que existiera una concepción de los espíritus ancestrales como protectores de la fertilidad de las cosechas y de los rebaños, concepción que puede que esté implícita en unos ritos funerarios más complicados. Los muertos eran a veces incinerados, y las cenizas, metidas en urnas, se inhumaban, generalmente en cementerios de tumbas individuales (en un solo cementerio se han registrado más de trescientas tumbas), y a veces en tumbas familiares colectivas.

La cultura de Baden podría ser sólo una expresión de la adaptación de las tradiciones danubianas a una economía más

pastoril. Puede que sus objetos de metal reflejen simplemente la actividad de los exploradores asiáticos que trabajaban dentro de la órbita de la cultura de Baden, aunque fuera de su organización social. Sin embargo, puede deducirse que hubo una penetración en su mismo centro por la existencia de vehículos de ruedas relacionados con las sepulturas de los jefes. No obstante, si el invento oriental y su aplicación ritual fueron introducidos por conquistadores pastoriles de las estepas pónicas, estos conquistadores no se impusieron, según parece, sobre la población danubiana como una clase dominante distinta, sino que fueron aceptados y absorbidos por las comunidades locales.

Para concluir esta digresión, debemos recordar al lector que la economía primitiva de las sociedades recolectoras subsistió hasta esta fecha y con posterioridad a través de la gran zona de la tundra y de los bosques de coníferas que se extendía desde las costas de Noruega a través del norte de Eurasia. Este vasto territorio de llanuras, en que el rigor de los inviernos no está atenuado por ninguna defensa montañosa que lo proteja de las ráfagas polares, era incompatible con la agricultura neolítica. Sin embargo, en estas llanuras, además de los animales de caza como el oso, el alce y los roedores de piel, abundaban también las aves y los peces, mientras que las costas bálticas y oceánicas ofrecían también mamíferos marinos. Este alimento silvestre había sustentado desde el 6000 antes de Jesucristo a una industriosa población mesolítica, y los maglemosienses habían inventado un eficaz utillaje para la explotación de estos recursos. Los cazadores-pescadores siguieron utilizando este utillaje provechosamente hasta el 2000 ó el 1000 antes de Jesucristo, y en ciertos sitios se siguió incluso utilizando hasta nuestros días. Naturalmente, desde hace seis mil años la conducta humana se modificó y se diferenció y el utillaje fue perfeccionado. Para sacar el mayor provecho posible de los recursos locales era necesaria una especialización. Así, algunas comunidades costeras centraron su actividad en la caza

de mamíferos marinos. Otras, en Noruega, comenzaron la pesca del bacalao ⁵¹, el cual se secaba y es probable que fuera exportado lo mismo que hoy. El comercio de sustancias útiles o mágicas—sílex escandinavo, pizarra de Olonetz, pórfido de los Urales, ámbar de Sammland—llegó a ser tan vasto y tan regular entre los cazadores-pescadores boreales como entre los agricultores neolíticos de la Europa templada; para obtener el sílex en Dinamarca y en el sur de Suecia se organizaban expediciones regulares, y las hachas fabricadas desde estas comarcas se distribuían hasta Noruega, el norte de Suecia y Finlandia.

Para el transporte terrestre, los ligeros trineos maglemosienses, arrastrados por hombres, se habían convertido en trineos más pesados tirados por perros, los cuales se utilizaban en el 2000 antes de Jesucristo desde Finlandia hasta los Urales. Hacia el 1000 antes de nuestra era, trineos ⁵² tirados por renos habían llegado hasta el Báltico; la domesticación de animales de tiro se había llevado a cabo en Siberia ⁵³ con anterioridad. Para el transporte acuático, las embarcaciones de cuero, atribuidas por deducción a los maglemosienses, se ven ahora ilustradas en pinturas en las rocas escandinavas. Para la caza se conservaba el utillaje maglemosiense, aunque perfeccionado; el arco maglemosiense reforzado fue sustituido más adelante por el arco turco-mongol compuesto, reforzado con estrías de asta de venado y capaz de disparar flechas más pesadas. En relación con la carpintería, se inventó un utillaje compuesto de gubias y de azuelas de piedra. Los cazadores-pescadores habían aprendido, casi por todas partes, a fabricar cacharros, que se hacían siempre a mano a base de argollas de forma ovalada y con una decoración de hoyos. Otros modelos se fabricaban imprimiendo sobre la superficie del cacharro cuerdas enrolladas, un sello hecho de un guijarro dentado o un peine de hueso de dientes cortos; estos modelos caracterizan una variante conocida desde el Báltico a los Urales. Las variantes que se encuentran en los motivos de decoración ayudan

a determinar las fases cronológicas y los diferentes grupos tribales.

Los muertos se enterraban extendidos, cubiertos a menudo con una capa de ocre rojo. Las necrópolis excepcionales encontradas en la isla de Gotland, que contiene cincuenta tumbas, y la de la Isla del Ciervo, en el Lago Onega, que contiene ciento cincuenta tumbas, revelan la importancia de las comunidades que podían vivir juntas basando su subsistencia en la caza y en la pesca, o que acudían, por lo menos, al mismo lugar para las ceremonias funerarias. En el cementerio de la Isla del Ciervo algunas tumbas que destacan sobre el resto pertenecen sin la menor duda a jefes, mientras que las tumbas que contienen dos o tres cuerpos pudieran indicar la existencia de una organización familiar basada en el patriarcado. La ideología encuentra también su expresión en representaciones más o menos naturalistas, pintadas o grabadas en las rocas pulidas por el hielo y en las animadas esculturas de animales y de pájaros de madera, diorita, sílex y hueso. Los temas preferidos eran animales de caza, pájaros y peces. Pero también las figuras humanas de ambos sexos se encuentran representadas en los dibujos en las rocas y modeladas en arcilla, aunque siempre de forma esquemática.

La población de la taiga europea descendía, sin duda, en su mayor parte de los maglemosienses de la fase boreal. Pero esta población se había mezclado con nuevos emigrantes, algunos de los cuales, por lo menos, procedían de la vertiente asiática de los Urales. Los antropólogos han encontrado individuos del tipo mongólico, incluso hasta en el oeste del Lago Onega. Puede que fueran éstos quienes introdujeron el nuevo arco compuesto. Es posible que algunos de ellos se hubieran extendido más al sur y al oeste hasta mezclarse con poblaciones campesinas de la Europa central, entre las que ha podido encontrarse también, en la Edad del Bronce, tipos físicos mongólicos.

Así, con anterioridad al 2000 antes de J. C., los agricultores

emigrantes y los autóctonos habían logrado penetrar con dificultad en los bosques vírgenes, apoderándose de aquellas tierras más apropiadas para la agricultura y los pastos. Tres o cuatro corrientes de emigrantes habían introducido los cereales y el ganado doméstico. Mezclados hasta un grado desconocido con recolectores autóctonos, lograron adaptar a los medios mediterráneo y templado plantas y animales exóticos elaborando sistemas practicables para el cultivo y multiplicación de los mismos. Las primeras economías rurales neolíticas, que se basaban en el desmonte de parcelas por medio del fuego, y a las que sólo se abandonaba después de un par de cosechas, eran economías terriblemente dispendiosas. Ninguna de ellas permitía el establecimiento de poblados permanentes para ser habitados continuamente a través de varias generaciones. Debido a los mismos factores, el número de familias que podían vivir juntas en un poblado, formando una sola comunidad, se hallaba rígidamente limitada a veinte familias numerosas o aún menos. Con sus utensilios rudimentarios y su costosa economía rural era sencillamente imposible que estas pequeñas comunidades pudieran producir de manera regular lo suficiente para asegurar la subsistencia de un solo especialista dedicado exclusivamente a su oficio, así como tampoco la de un sacerdote profesional o la de un jefe de poblado.

No cabe la menor duda de que todas estas sociedades habían elaborado ideologías, sistemas o creencias que les dieran valor para soportar un trabajo agotador y entereza frente a las privaciones y los desastres. No cabe duda de que también posteriormente surgieron expertos que les guiaban en sus tareas productivas y en su comportamiento ritual. Pero el culto siguió siendo fundamentalmente un asunto doméstico, que no se celebraba en ningún templo permanente y cuyos ministros no eran apenas profesionales. Ningún poblado estaba en condiciones de producir el excedente necesario para que los sacerdotes, caudillos o jefes pudieran ser eximidos de contribuir físicamente a la provisión de alimentos de la comunidad. La misma

inestabilidad del poblado era incompatible con la construcción de templos monumentales.

La fase neolítica media presenció, sin duda, la realización de una mejor adaptación al medio. Pero ni siquiera los progresos efectuados entonces permitieron una expansión substancial del asentamiento, ni, salvo en Grecia y en los Balcanes, el establecimiento de poblados realmente permanentes. Ninguno de estos pequeños grupos estaba en condiciones de recolectar por sí sólo el alimento suficiente para asegurar la subsistencia de un sacerdote, de un jefe o de un alfarero. Si el grupo quería sobrevivir o multiplicarse, todos los vecinos capaces tenían que contribuir activa y materialmente a la provisión de alimentos. Ahora bien, los pobladores pertenecían a una cantidad bastante grande de sociedades distintas, a las que ni tan siquiera hemos tenido espacio para nombrar aquí. Sus tradiciones específicas en relación con su conducta ritual y con su cultura material debieron ser la expresión de una independencia política y separación lingüística totales, y también de una mutua hostilidad. La interposición de fronteras culturales, unida a los obstáculos físicos, no impidieron los intercambios ocasionales, que hemos llamado «comercio». Sin embargo, es posible que estas fronteras reforzaran la tradición neolítica de una economía autosuficiente. Es decir, que una comunidad rural podía estar satisfecha con obtener de los extranjeros, gracias al trueque, artículos de lujo tales como conchas, pero esta comunidad seguía rechazando depender de tal tráfico por lo que se refiere a las materias primas esenciales para la fabricación de herramientas y de armas, por no hablar ya de los productos alimenticios.

La multiplicación de culturas diferenciables, de sociedades arqueológicamente reconocibles, no fue sólo debida a la escisión de los cuatro grandes ciclos primitivos. Esta multiplicación refleja una absoluta expansión de la población, como resultado de la fecundidad de los primeros agricultores emigrantes, de la conversión de los recolectores en productores de ali-

mentos, por imitación de las sociedades de agricultores o por asimilación a las mismas, y de algunas nuevas emigraciones. Esta expansión constituye, sin duda, un testimonio del éxito logrado por estos agricultores en su adaptación a las condiciones europeas. Pero este mismo éxito hizo que los agricultores quisieran poner un remedio a la contradicción inherente a cualquier economía neolítica; la única manera de poder subvenir al mantenimiento de sus familias en crecimiento constante era el apropiarse de nuevas tierras. Ahora bien, desde el punto de vista de la cantidad, no cabe duda de que había tierra en abundancia para una población que seguía siendo todavía positivamente reducida. Pero la cantidad de tierras que podían ser desmontadas por campesinos autosuficientes con ayuda de utensilios de piedra seguía siendo limitada. Abandonadas a sí mismas, las comunidades europeas podían continuar —lo que, sin duda, habrían hecho— salvando su problema demográfico por medio de continuas guerras en las que el excedente de hombres jóvenes se eliminaba mutuamente lo mismo que hacían los pieles rojas de Norteamérica en un medio semejante. Pero en el cercano Oriente, ya antes del 2000 antes de J. C., se había encontrado la única solución, aunque esto había sido a un precio terrible. Posteriormente, los europeos terminaron también por encontrar un medio de escapar a su dilema, si bien aquí fue a un precio menos penoso.

6 LA REVOLUCION URBANA EN EL ORIENTE

El primer paso que se dio para escapar a los rígidos límites de la barbarie neolítica fue el establecimiento de una industria metalúrgica, es decir, de una organización para la extracción, difusión y elaboración regulares del cobre y también del estaño para la fabricación del bronce, lo cual no sólo proveía a los agricultores de utensilios y armas de calidad superior, sino que ofrecía a sus hijos nuevas perspectivas de vida que rompían la autosuficiencia del poblado neolítico. Sin embargo, el establecimiento de esta industria constituyó una tarea formidable que no pudo ser realizada en ninguna parte de Europa, sino solamente en el Antiguo Oriente, donde derribó el orden social bárbaro, basado en el sistema de parentesco, que fue sustituido por una nueva población de especialistas dedicados exclusivamente a su oficio. En esto último es en lo que me baso para llamar a estos cambios Revolución Urbana.

En una economía neolítica todo miembro adulto de una comunidad cualquiera trataba, ante todo, de obtener los alimentos necesarios para su propia subsistencia y la de sus hijos. La utilización regular del cobre y del bronce suponían, por el contrario, la existencia de un pequeño ejército de especialistas dedicados exclusivamente a su oficio, que estuvieran liberados de la ocupación de la agricultura, la pesca o la caza, para dedicar todo su tiempo a la extracción y fundición del mineral, al transporte de sus hallazgos por desiertos y bosques y a fundir y forjar el metal para su transformación en utensi-

lios, armas, vasijas y adornos. Las operaciones de extracción y fundición del mineral son mucho más delicadas y rigurosas que ninguna de las tareas domésticas desempeñadas normalmente por los agricultores neolíticos, mucho más incluso que la extracción de los nódulos de sílex y su rompimiento en lascas, o que el acarreo a mano de bloques de piedra para su transformación en hachas o en molinos de mano. Estos especialistas absorbían ocupaciones a las que dedicaban todo su tiempo. Los artesanos solamente podían trabajar con tal de ser mantenidos con los alimentos producidos por los agricultores y los pescadores, de los que ellos mismos procedían. Tenían que tener la seguridad de obtener una generosa recompensa si se quería persuadirles de que dejaran de depender de sus propios esfuerzos para obtener lo indispensable para su subsistencia. Los distribuidores todavía podían exigir estímulos mayores, ya que tenían que transportar el metal viajando durante muchos días a través de montañas y torrentes, expuestos a los terribles peligros de las fieras, de las sociedades extranjeras y de los espíritus malignos. A menos que el país por el que viajaran estuviera deshabitado, el mercader se vería obligado a aplacar a sus ocupantes humanos y a sus espíritus guardianes con gratificaciones de valor. Podía, pues, exigir con toda razón mucho más que el equivalente al alimento consumido en el viaje. En otras palabras, para hacer funcionar una industria metalúrgica había que disponer de una reserva de alimentos considerable —es decir, de capital—, no sólo suficiente para alimentar a los trabajadores, sino también para inducirles a ocuparse en este trabajo.

Ahora bien, incluso una familia de agricultores neolíticos podía producir un excedente de alimentos superior a lo consumido por sus miembros, pero para obtener la producción regular de un tal excedente era necesario un cierto estímulo u obligación. Si un número suficiente de familias habitaban juntas en el mismo poblado, el excedente total producido por todas ellas, si se junta o concentra, podría bastar para mantener

a una o dos familias «no productoras», es decir, no productoras de alimentos. Los poblados neolíticos de los bosques de la Europa templada no eran lo bastante importantes para alcanzar este estadio. Pero la agricultura de regadío del cercano Oriente era más productiva, permitiendo y favoreciendo una mayor concentración de agricultores. Incluso aquellos poblados anteriores al uso de la cerámica, como Jericó o Jarmo, podían permitirse mantener a un forjador, aunque en su lugar es probable que prefirieran mantener a un sacerdote profesional. Pero, lo mismo que en Europa, estos poblados de los oasis no podían asegurar la subsistencia al numeroso personal que se necesitaba para mantener a un forjador provisto de materias primas; no pudieron constituir un mercado seguro que permitiera una recompensa adecuada por el trabajo riguroso y los terribles peligros que entrañaba la extracción, difusión y elaboración del metal. Para inducir a un número suficiente de personas y para permitirles arrostrar estas privaciones y superar los obstáculos, embarcándose en la profesión de minero, de fundidor o de mercader, era esencial la existencia de un excedente muy superior al que cualquiera de estos poblados podía producir por sí solo.

Ahora bien, en los valles aluviales del Nilo, del Tigris y del Eufrates, así como del Indo, los mismos ríos que regaban y fertilizaban el suelo eran también caminos en movimiento en los que, hasta las cargas pesadas como el grano, podían ser transportadas económicamente. En Egipto, en la baja Mesopotamia —Sumer y Acad— y en la cuenca del Indo, la producción agrícola de zonas bastante extensas se concentraba en graneros, pudiendo disponer de esta producción aquí almacenada para liberar a los artesanos profesionales de la tarea de cultivar o de recolectar los alimentos necesarios para su propia subsistencia. Históricamente, estos hechos implicaban una revolución social en los valles de estos ríos, como veremos en seguida. Pero tan pronto como se hubieron establecido una demanda efectiva y un mercado seguro, y una vez que se crearon

empresas de minería y de fundición con un equipo adecuado de hombres, así como un sistema regular para el transporte de sus productos a los mercados ribereños, las sociedades que vivían próximas a los filones de mineral o no muy alejadas de las rutas de caravanas, pudieron también ellas mismas ejercer una demanda. Los modestos excedentes de que se disponía, por ejemplo, en los poblados halafienses del norte de Siria, eran insuficientes para garantizar la subsistencia de los mineros o de los mercaderes de metales, no constituyendo tampoco un estímulo capaz de persuadir a nadie de ir al Taurus a extraer o a transportar cobre para los habitantes de estos poblados. Pero una vez que pudieron contar con el mercado sumerio, los mineros empezaron a explotar los filones del Taurus, y una vez que los mercaderes transportaban el metal a Sumer y a Acad, los distribuidores pudieron ya aumentar sus ganancias satisfaciendo la débil demanda de dichos poblados halafienses, a los que se abastecía con una parte de cobre a cambio de una parte de su excedente o simplemente con el fin de mantener buenas relaciones. Andando el tiempo, también Europa contribuiría a satisfacer la demanda oriental a base de materias primas y de artículos de lujo, de forma que las sociedades neolíticas europeas pudieron beneficiarse de una industria cuyo establecimiento había sido posible gracias a los mercados egipcio y mesopotámico.

La revolución urbana fue un acontecimiento decisivo para la prehistoria europea. Fue, igualmente, un acontecimiento liberador, porque se llevó a cabo primero en los valles del Nilo, del Tigris y del Eufrates, y del Indo⁵⁴. Y constituyó también la condición previa para todo futuro progreso de la ciencia y de la tecnología, creando en el terreno económico la primera acumulación de capital necesario para una explotación más completa de los recursos naturales de la tierra, y, por lo tanto, para la emancipación del hombre de su dependencia parasitaria de un medio no humano. Europa, debido a su atraso, pudo beneficiarse de los progresos orien-

tales sin pagar todo el precio que éstos exigían, pudo servirse del capital acumulado sin acumularlo ella misma. Porque la revolución urbana creó tanto pobreza como prosperidad; el capital requerido, lo mismo que el utilizado en el siglo XIX para la industrialización, fue acumulado gracias a los ahorros obligatorios de las masas, lo cual es sólo un eufemismo para expresar la explotación de las masas.

En los valles aluviales todo pequeño agricultor, pastor o pescador podía producir —a menos que se opusiera a ello una fuerza mayor venida de lo alto— lo suficiente para su propia subsistencia y la de su familia en creciente ritmo de expansión, y producir asimismo un pequeño excedente, pero nadie podía producir ni produciría por sí mismo lo suficiente para garantizar la subsistencia de un sólo artesano especialista, de un mercader o de un explorador. Nadie por sí solo podía, pues, liberar a otro de la absorbente búsqueda de alimentos de manera que pudiera dedicar sus energías, su habilidad o su aptitud a la ejecución de obras muy especializadas, a la perfección de técnicas, al descubrimiento de nuevas riquezas o al transporte de materias primas desde sus remotos lugares de origen a los valles donde eran necesitadas por las gentes que allí habitaban. El empleo del cobre —y *a fortiori* del bronce— exigía todo ello. Por otra parte, los pequeños excedentes producidos por miles de campesinos, con tal de estar acumulados o concentrados, bastarían, y de hecho bastaban, para mantener a un equipo de artesanos especializados de mineros y de trabajadores ocupados en el transporte de los materiales. Y estos excedentes sí que estaban concentrados. Los agricultores de los valles aluviales entregaban voluntariamente estos excedentes a un dios encarnado o a los representantes de una deidad imaginaria. Las mastabas y las pirámides de Egipto, los templos monumentales del primer período de Sumeria, conocedor del uso de la escritura, las inexpugnables ciudadelas de ladrillo de Harappa y de Mohenjo-Daro en la cuenca del Indo, proporcionan un irrecusable testimonio arqueológico de esta concentración.

Las escasas mastabas todavía repletas de restos de un lujo exorbitante, a pesar de haber sido violadas desde muy pronto por los ladrones de tumbas, y que aparecen rodeadas de las sencillas tumbas de sirvientes y empleados, destacan con el más agudo contraste de las innumerables fosas donde eran enterrados los campesinos egipcios en compañía de sus modestos ajuares. Este contraste revelaría de modo bastante patente la posición elevada de un rey divino y de algunos nobles situados muy por encima de las masas populares, a pesar de que no se conservan textos escritos que registren este hecho. Igualmente, la grandiosidad de un templo sumerio y su ornada arquitectura, comparados con cualquier edificio doméstico de la misma época, son el reflejo concreto de la preeminencia que poseía la casa del dios en la economía urbana, preeminencia que aparece indicada en una serie de cuentas arcaicas, escritas en tabletas de arcilla encontradas en el antiguo Lagash. Las ciudadelas del Indo que contenían o que disponían de vastos graneros documentan, de manera todavía más explícita, esta concentración, aún cuando en este lugar no hay ningún escrito descifrable que nos revele el origen preciso de la autoridad de los soberanos. Al mismo tiempo, la cantidad exorbitante de instrumentos de metal encontrados en las primeras tumbas de los faraones, en las tumbas de las primeras dinastías sumerias y en las ciudadelas del Indo, proporcionan una justificación económica de esta concentración, que fue la que en realidad sentó las bases de la nueva industria metalúrgica.

Naturalmente, esta industria no fue la finalidad consciente de esta concentración, ni tan siquiera fue el uso principal que se hizo de las riquezas concentradas. En aquella época no se era ni tan utilitario ni tan racional como lo seríamos hoy de acuerdo con las normas actuales. La mayor parte del excedente se derrochó en objetos de lujo improductivos o bien en ceremonias superfluas. En la tumba de un faraón muerto se enterraban miles de vasijas para el grano y preciosos vasos de alabastro, y para fortificar a un ídolo sumerio se fabricaban a dia-

rio litros y litros de cerveza. Sin embargo, a pesar de este derroche, quedaba todavía lo suficiente para costear la importación de las materias primas necesarias para la industria y para la realización de algunos trabajos utilitarios como los canales.

La revolución urbana no fue, desde luego, un acontecimiento único, como tampoco lo fue la revolución industrial. Fue más bien el punto crítico de un proceso realmente continuo. Pero en Egipto este punto crítico coincidió con un acontecimiento histórico conocido: la conquista militar del valle del Nilo, desde la primera catarata hasta la costa mediterránea, por el jefe del clan del Halcón, procedente del alto Egipto⁵⁵. En los tiempos prehistóricos parece que el valle del Nilo fue ocupado por una serie de clanes totémicos, ocupando cada uno de ellos una región determinada a lo largo del río. El totem o antepasado mítico de un clan se convirtió en los tiempos históricos en el emblema del territorio —llamado *nomos* por los griegos— ocupado por este clan. Algunos documentos adornados de figuras, mangos de cuchillos de marfil y paletas de pizarra, relatan gráficamente los azares en las luchas de estos clanes y, por último, el triunfo del clan del Halcón, con lo que terminó la edad predinástica anterior al uso de la escritura. En las pinturas más antiguas los personajes son exclusivamente animales, mientras que en las representaciones más recientes se introdujeron ya innovaciones significativas. En la «paleta de la cacería del león» la historia es narrada todavía de manera mitológica: el enemigo es un león, cuya derrota es su muerte a manos de los cazadores victoriosos. Pero los vencedores son hombres, aunque vayan todavía conducidos por el emblema del clan, el halcón Horus posado en un estandarte, y no por su encarnación. (Horus sólo es la forma latinizada de la palabra egipcia que significa «halcón»). En la escena culminante, la «paleta de Narmer», el Halcón divino se ha encarnado bajo forma humana: el jefe del clan se ha identificado con el totem del clan, convirtiéndose en un rey divino. Este aparece retratado en la paleta —lo cual constituye el retrato más anti-

guo que se conoce de un personaje humano— en tamaño que excede al natural, el doble de grande que el sirviente que marcha tras él. Encima de éste, su nombre aparece escrito pictográficamente como si fuera un jeroglífico, encerrado en una reproducción simplificada de la fachada de su palacio, la cual está coronada por un halcón. La inscripción, que es la más antigua que se conserva en el valle del Nilo, se interpreta de la siguiente manera: «el Horus Narmer», lo cual afirma y sostiene la identidad mágica del rey con el dios Halcón.

Estas representaciones no sólo relatan sucesos históricos, sino que también son el reflejo vivo de las transformaciones sociales y superestructurales que acompañaron a la revolución económica. Al principio, los actores habían sido animales, totems de clan que simbolizaban grupos sociales sin dividir. Es muy probable que cada clan reconociera a un jefe humano, jefe de guerra y jefe ritual, pero éste también había sido a su vez miembro de un clan, seguido por otros miembros del mismo clan, y siguiendo él mismo al totem, igual que lo hacían los otros miembros del clan. En la paleta de Narmer, el jefe, Nar-mer, ya no es un seguidor de Horus, sino que él mismo es el propio Horus. Gracias a su sola victoria, los miembros del clan se convirtieron en los súbditos del jefe del clan, de la misma manera que los súbditos derrotados de otros totems también pasaron a ser súbditos del clan del Halcón. Ha nacido una nueva institución humana. Un individuo ha surgido de la sociedad y ha sido elevado por encima de la sociedad: es un rey, es un dios.

Esta transformación se encuentra también ilustrada en los testimonios funerarios y su significación aparece todavía de manera más completa. Desde los primeros tiempos neolíticos los egipcios habían tenido la preocupación de procurarse una tumba digna. Las tumbas prehistóricas son todas del mismo tipo, aunque en las más tardías las diferencias en la cantidad del ajuar funerario pueden reflejar diferentes grados de riqueza. Pero todas las tumbas consistían fundamentalmente en sim-

ples fosas cavadas en la arena y su uniformidad sólo reflejaba la homogeneidad social del clan —o de la agrupación social que fuera— que utilizaba el cementerio. Después de la unión de las dos tierras y de la unificación final de Egipto, llevada a cabo por el sucesor de Narmer, Aha (Menes)⁵⁶, junto a las fosas anteriores aparece un nuevo tipo de tumba, reservado al principio para los jefes del clan del Halcón que se habían convertido en reyes o en faraones. En Abydos, su ciudad natal y primera capital, Aha y sus sucesores fueron todos ellos enterrados en el fondo de un foso profundo en una casa mortuoria de madera que podía ser una imitación del palacio en el que habían vivido; el foso estaba probablemente coronado de un túmulo cuadrado o de una pequeña pirámide de adobe. Todos los reyes tenían una segunda tumba en Saqqara, al borde la meseta desértica que domina a Menfis, la nueva capital situada al extremo del delta, fundada por Aha-Menes. Aquí el pozo funerario aparecía coronado de una superestructura más monumental y más adornada, que encerraba el túmulo cuadrado situado al sur y que llamamos hoy *mastaba*. Este monumento cubierto, que podía medir más de 38 metros de largo por 17 metros de ancho y 9 metros de alto⁵⁸, servía a la vez de almacén para las provisiones funerarias y de capillas para el culto del muerto divino, y se alzaba en un recinto amurallado o temenos plantado de árboles. La cantidad y el gran valor de los objetos funerarios depositados en las cámaras mortuorias reales y en las mastabas construidas encima excede en cantidad y en valor a todo lo depositado hasta entonces junto a un cuerpo de los tiempos predinásticos o junto a cualquier otro súbdito de los tiempos faraónicos, hasta el punto de que la diferencia cuantitativa se ha convertido en una diferencia verdaderamente cualitativa. Las primeras tumbas faraónicas estaban, en efecto, relacionadas con ofrendas de un nuevo tipo: con sacrificios humanos. Sus tumbas en Abydos y en Saqqara se encuentran rodeadas de hileras de pequeñas tumbas, conteniendo cada una de ellas un sólo esqueleto en posición encogida. El ajuar de

estas tumbas es tan pobre como el de las tumbas predinásticas, pero proporciona una indicación sobre la profesión del muerto: cocinero, barbero, forjador, fabricante de lápidas, carpintero y, en una ocasión, escriba. Estos miserables esqueletos de tamaño reducido pertenecen, sin duda, a los sirvientes y criados del rey muerto, a los que es de suponer que se daba muerte y sin duda alguna se enterraban con el faraón para que le sirvieran en su vida de ultratumba. (Bajo la dinastía II los egipcios descubrieron medios mágicos de animar las estatuas y de dotar a los utensilios pintados de toda la eficacia propia de los verdaderos objetos de metal, con lo cual ya no era necesario enterrar, ni siquiera junto a sus reyes, bienes tan preciosos como eran los artesanos hábiles y las sierras de cobre.)

El contraste que existía en Egipto entre las tumbas reales y todas las anteriores o pertenecientes a la misma época, revela de manera clara la posición elevada que poseían sus ocupantes sobre el resto de la sociedad egipcia; la fantástica riqueza de alimentos, las mercancías ya fabricadas y los materiales importados demuestran la concentración de la riqueza del valle del Nilo en manos del faraón. Los artículos fabricados de materias exóticas, incluyendo cantidad de cinceles de cobre, de sierras, de cuchillos y de armas, bastan para probar que parte de esta riqueza se había gastado en la extracción e importación de materiales de los que no se disponía en el estrecho valle del Nilo. Los artículos fabricados tales como vasos de piedra y de metal, joyas, muebles ricamente tallados, armas de cobre, son seguramente el producto de un pequeño ejército de artesanos expertos que dedicaban todo su tiempo a la fabricación de obras de arte y que obtenían las provisiones alimenticias y otras cosas necesarias directa o indirectamente de los almacenes reales. Los artesanos enterrados con el faraón confirman exactamente esta deducción, pero también prueban otra: la exaltación del jefe del clan del Halcón al rango de rey divino y la correspondiente concentración en sus manos del excedente producido por todo aquel fértil suelo irrigado por el Nilo ha-

bían garantizado verdaderamente a los artesanos la posibilidad de ejercer y de perfeccionar sus técnicas sin tener que preocuparse por la producción de su alimento, asegurándoles al propio tiempo suministros regulares de aquellas materias primas que necesitaban. Sin embargo, no por esto habían conseguido los artesanos liberarse de su dependencia de la sociedad. Por el contrario, exactamente lo mismo que los otros miembros del clan, se habían convertido en súbditos de un rey encumbrado sobre la sociedad, cuyos poderes coercitivos encarnaba al propio tiempo este mismo rey.

Pero no termina todo aquí. El enterramiento en una mastaba, en compañía de víctimas humanas, no estaba estrictamente reservado a los faraones. Incluso durante la primera dinastía conocemos algunas mastabas⁵⁹ cuyos ocupantes no habían alcanzado todavía este rango tan elevado. Es de suponer que éstos fueran funcionarios reales o gobernadores de alguna provincia, ya que tumbas semejantes de épocas posteriores contienen inscripciones indicando que sus dueños habían desempeñado exactamente tales funciones en la organización del Estado egipcio. Revelan, además, que el privilegio de ser enterrados en tales tumbas había sido especialmente otorgado por el propio faraón⁵⁵. Puede que estos funcionarios o sus antepasados hubieran sido, al igual que los mismos antepasados del faraón, jefes de clan que se hubieran sometido en el momento oportuno al clan vencedor del Halcón. Lo mismo que el jefe de este último clan se había encumbrado sobre los otros miembros de su propio clan, así como sobre los miembros de los otros clanes derrotados, de la misma manera el vencedor había encumbrado a los jefes sometidos sobre los miembros del clan, aunque sin elevarlos de todas formas a la altura única del propio faraón. La nobleza así reclutada constituyó una clase dominante elevada por encima de las masas populares y diferenciada de las mismas, pero esta nobleza, al deber su posición elevada exclusivamente al faraón, debía depender totalmente de éste, por lo menos en teoría. Esto trajo como resultado una

división de la sociedad en clases, en gobernantes y en súbditos, en que la nueva población de artesanos especializados se vio relegada, junto con el campesinado, a la clase inferior de vasallos del faraón. Sólo los funcionarios (escribas), junto con un grupo más antiguo de especialistas en magia y culto (los sacerdotes), lograron conservar u obtener una posición intermedia, dependiente, desde luego, del rey y de los nobles, si bien se encontraban situados por encima de las masas en tanto que ejecutaran la voluntad de aquéllos. Poseían el «derecho de mandar», pero sólo en calidad de portavoces y ejecutores de la clase dominante. La posición de los escribas y de los artesanos se halla también clarificada gracias a sus sepulturas, que consisten en pobres tumbas en derredor de las tumbas reales.

Parece que en Mesopotamia el mecanismo de la acumulación fue más espiritual, por lo que su punto crítico resulta más difícil de determinar que en Egipto. La revolución urbana se había realizado aquí incluso antes que la de Mesopotamia del sur, antes incluso de que su región más meridional, Sumeria, hubiera logrado su unificación, mediante conquistas militares, en un sólo Estado monárquico o Imperio. Todo esto tuvo lugar por primera vez, efectivamente, cuando la ciudad de Agadé o Akkad, en tiempos de su soberano Sargón, conquistó y sometió el resto de las ciudades de la baja Mesopotamia. Pero en el 2500 antes de J. C. una veintena de estas ciudades, la mayoría en Sumeria, habían ya logrado una posición como ciudades Estado políticamente independientes. Además, el excedente de la producción agrícola fue al principio concentrado en los templos dedicados a deidades imaginarias y no en los graneros de un monarca conquistador.

Las comunidades prehistóricas de Halaf y de El Obeid, incluso las de la Mesopotamia del norte, habían sido, a diferencia de los poblados neolíticos de la Europa templada y de Grecia, lo bastante populosas para hallarse en condiciones de producir un excedente de alimentos lo suficientemente importante como para permitir la construcción de casas relativamente lu-

josas para su deidades, y es probable que también para mantener a sacerdotes especializados en rendir culto a aquéllas. Los colonos de las tierras del delta sumerio, florecientes gracias al cultivo de regadío, conservaron las mismas tradiciones religiosas, construyendo para sus dioses y sus diosas viviendas todavía más suntuosas. Estos templos fueron reconstruidos repetidas veces a una escala cada vez mayor y en el mismo lugar sagrado, situado en el centro del asentamiento. De este modo, cada sitio se convirtió en un «tell», es decir, en un montículo formado por los restos superpuestos de sucesivos poblados y ciudades. La excavación capa por capa de tales montículos —Eridu, Erech (Warka), Lagash (Tello), Ur— ha revelado de manera concreta el desarrollo paso a paso del templo, que partiendo de un modesto santuario «neolítico» que medía quizás unos 3 metros por más de 2,5 de superficie, llegó a convertirse en un templo monumental que alcanzaba dimensiones tales como 67 metros por cerca de 29 metros. Solamente el aumento de las dimensiones —que iba acompañado de un enriquecimiento paralelo en la arquitectura decorativa y en el mobiliario— basta ya para simbolizar y valorar la riqueza cada vez mayor del divino dueño del templo, riqueza acumulada gracias a las «primicias» y «diezmos» del excedente económico producido por «el pueblo de Dios». El proceso aparece de manera tan imperceptible en los sucesivos niveles de construcción que parecería arbitrario fijar con precisión el punto crítico en que la cantidad superó a la calidad, en el momento en que se llevó a cabo la revolución urbana. Este punto crítico es establecido de manera convencional en lo que se llama el último período de Uruk o primer período conocedor del uso de la escritura, época en que aparecen los primeros documentos escritos, si bien todavía indescifrables.

Cuando un poco más tarde, en el primitivo dinástico II o III para utilizar una terminología arqueológica, se llega a disponer de documentos descifrables, encontramos que cada templo está organizado como una especie de casa divina ⁶⁰, en que los dio-

ses poseen las tierras de la ciudad a la que tenían fama de haber creado, cuando en realidad esta ciudad había sido creada con el propio trabajo de los ciudadanos que cavaron canales para avenar pantanos y conducir el agua al desierto arenoso. Una parte de las tierras de cada dios está dividida entre su pueblo, el cual paga al dios el arriendo de las tierras con especies y prestación de servicios. Parte de esta tierra es explotada como propiedad personal del dios por estos arrendatarios o jornaleros. El excedente así obtenido no sólo servía para ofrecer a la deidad enormes festejos, sino también para costear la importación de materias primas tales como metales, madera de construcción y piedra, de las que no se disponía en las llanuras aluviales, y para mantener a los artesanos especializados, quienes también podían poseer parcelas en las tierras del templo. De este modo tenía asegurada su subsistencia una nueva población industrial, hallándose al propio tiempo abastecida de materias primas. Además, el dios era servido por sacerdotes consagrados especialmente a su servicio, quienes llegaron entonces a formar corporaciones jerárquicas. Sólo ellos podían interpretar la voluntad del dios y disponer el cumplimiento de la misma. Se posesionaron de la administración de las propiedades del dios y del gobierno de su pueblo. Naturalmente que los sacerdotes también eran pagados por sus servicios, es decir, que eran mantenidos con el excedente acumulado en los almacenes del templo, y no cabe duda que estaban bien remunerados. Un alto funcionario del templo de Lagash poseía un lote de más de 14 hectáreas, terreno catorce veces mayor que la propiedad media de un ciudadano corriente⁶¹. Es muy cierto que a veces leemos acerca de exacciones: honorarios excesivos por los enterramientos, apropiación para uso privado de las tierras pertenecientes a los dominios del dios y desahucio indebido de arrendatarios humildes⁶².

Los ministros del dios que se habían nombrado a sí mismos habían arrebatado a las masas el gobierno de la casa divina. Monopolizaban el misterio de escribir los signos que ha-

bían inventado para llevar las cuentas del dios. Por otra parte, los nuevos artesanos lograron seguridad, suministros regulares de materias primas y la posibilidad de dedicar su vida a la práctica de sus habilidades personales al precio de su adhesión al estado divino y de su sometimiento a los administradores sacerdotales del mismo. Sin embargo, en el primer período concedor del uso de la escritura, cualquier Estado sumerio dependiente de un templo puede que se pareciera más a una gran familia patriarcal que a una sociedad de clases. La casta sacerdotal, en tanto que monopolizadora de las funciones de gobierno, podía ser calificada de clase dominante. Pero sus miembros, lo mismo que los campesinos y los artesanos, siguieron siendo los servidores del dios, cuyos bienes administraban en nombre de éste y no en provecho propio.

En el primitivo dinástico II los textos más antiguos que podemos interpretar mencionan ya a un «rey de la ciudad», al que se designaba generalmente con el nombre de *ishakku*, «agricultor arrendatario» (del dios), y rara vez *lugal*, «señor»⁶³. En nombre del dios, aquél llevaba a los ciudadanos a la guerra contra las ciudades vecinas; puede que actuara en los ritos de la fertilidad como la encarnación del dios, siendo algunas veces, por lo menos, sumo sacerdote del dios principal. Como tal, al menos en Lagash⁶⁰, el *ishakku* poseía el control exclusivo de los graneros de la ciudad. En teoría, el rey de una ciudad era el servidor del dios tanto como cualquier otro ciudadano—sacerdote, artesano o agricultor—, y, por lo tanto, no estaba cualitativamente diferenciado del resto de la comunidad. Pero si todavía no ocupaba una posición superior debido al poder económico (control de las reservas de alimentos) o debido a su identificación ritual con la deidad, como había sucedido con los faraones, el rey de la ciudad podía alcanzar el mismo tipo de distinción siguiendo el mismo camino. Hacia el final del primitivo dinástico II, hacia el 2400 antes de J. C., Entemena de Lagash, después Lugalzaggisi de Erech y, por último, Sargón de Agade, habían llevado a sus ejércitos a la conquista de

otras ciudades, convirtiéndose así en señores y ya no en los iguales de las poblaciones derrotadas. Lo mismo que en Egipto, puede que estas conquistas hubieran ocasionado también el sometimiento de los ciudadanos victoriosos. Aunque estas victorias fueran las primeras documentadas por las inscripciones contemporáneas, y las de Sargón sean las primeras que se conoce que hayan sobrevivido al reinado del conquistador, es evidente que habían sido precedidas de otras. Por el contrario, los historiadores sumerios posteriores creían que los soberanos de una u otra ciudad habían ejercido su dominio sobre las demás ciudades desde los más remotos tiempos «antediluvianos». Estos historiadores compusieron una lista de ciudades y de reyes que, de este modo, habían gobernado sobre todo el país, empezando por ocho dinastías «antediluvianas» y comenzando de nuevo «después del diluvio» con una «primera dinastía de Kish»⁶⁴.

A partir del primitivo período dinástico I (las fechas de 3175 y de 2675, que se han dado para sus comienzos, parecen conjeturas igualmente justificadas), la arqueología descubre palacios, templos y tumbas, que merecen el calificativo de «reales» y que se hallan situadas en Kish, Ur, Mari, y en Susa en Elam. En contraste con las simples fosas en que se enterraba a los ciudadanos corrientes desde la edad neolítica hasta los tiempos históricos, estas «tumbas reales», bastante excepcionales, consistían en grandes cámaras subterráneas, conteniendo cada una, además del cuerpo principal, los cuerpos de uno o más sirvientes, un vehículo de ruedas utilizado como carro fúnebre junto con bueyes o asnos (on agros) de tiro y un ajuar de una riqueza fuera de lo común. Aunque estén lejos de igualar la grandeza monumental de las mastabas de los faraones de Egipto, es probable, sin embargo, que pertenecieran a personajes que ocupaban una posición superior a la del resto de la comunidad. En Mesopotamia, lo mismo que en Egipto, la revolución urbana fue rápidamente seguida de la aparición de un rey, encumbrado sobre la socie-

dad y capaz, por lo tanto, de manera más eficaz que un jefe bárbaro o que una deidad imaginaria, de concentrar un excedente económico. Es posible también que en Mesopotamia el nacimiento de la institución real coincida con el punto crítico en el proceso de acumulación. Se ha sostenido⁶⁵ de manera plausible que el énfasis puesto en la construcción que señala en Erech el comienzo del primer período en el uso de la escritura, refleja el ascenso de esta ciudad a la categoría imperial bajo la dinastía del legendario Gilgamesh, primera dinastía de Erech en la lista de los reyes sumerios; en los sellos de este período destacan, en efecto, escenas de batallas y cautivos encadenados. En este caso el capital requerido para la consecución de la revolución urbana procedería de los despojos de guerra que irían a completar los diezmos y otras ofrendas acumuladas por medios pacíficos en los templos sumerios. También se puede argüir que este punto crítico se ha fijado equivocadamente; la abundancia de utensilios de metal, armas, vasijas y adornos, que debería señalar el establecimiento regular de una industria metalúrgica, no se encontró en realidad antes del primitivo dinástico I (aunque puede que ello sea debido a que no se ha excavado ningún cementerio perteneciente al primer período conocedor del uso de la escritura). En ambos casos, sigue siendo muy probable que tanto en Mesopotamia como en Egipto el capital necesario para llevar a cabo la revolución urbana fuera acumulado por un rey divino, encumbrado sobre la sociedad hasta una altura semejante a la de un dios.

De ser esto así, Sargón de Agade y sus sucesores, aunque nunca llegaron a alcanzar la categoría divina de un faraón ni sus riquezas, llegaron a personificar un Estado, encumbrado sobre la sociedad. Aunque no fueran exactamente iguales a los antiguos dioses y diosas, los reyes mesopotámicos fueron deificados. Los templos dependían de la corte para su embellecimiento, su ampliación y hasta para su reparación. Ningún reino mesopotámico tuvo nunca un sistema tan totalitario como

en Egipto⁶⁶. Sin embargo, el rey babilónico fue con mucho el mayor consumidor de materias importadas, de artículos fabricados y de objetos de artesanía. El comercio del metal fue a veces monopolio del rey; los mercaderes subrayan en sus cartas su dependencia del monarca, firmando: «servidor del rey de X»⁶⁷.

Fue así como los reyes divinos en Egipto y las deidades y los reyes de las ciudades en Mesopotamia acumularon reservas lo suficientemente importantes para mantener a una nueva población de especialistas, exclusivamente dedicados a su oficio, para garantizar a los artesanos profesionales unas condiciones de seguridad en las que poder ejercer y perfeccionar sus artes. Posteriormente, estas reservas mantuvieron también, directa o indirectamente, a aquellos ocupados en la extracción y el transporte de los materiales necesarios para la industria; Egipto y Mesopotamia carecían ambos de metales y de madera de construcción, careciendo también Mesopotamia de piedra, por lo que ambos países llegaron a adquirir lo que podríamos llamar artículos de lujo: lapislázuli y otras piedras semipreciosas, maderas olorosas, vino, aceite de oliva, productos que a su vez tenían que ser importados. Gracias al comercio así financiado por los nuevos Estados, los artesanos egipcios y sumerios fueron también abastecidos con regularidad de aquellos materiales necesarios para el ejercicio de sus oficios. De este modo, la revolución urbana cumplió los requisitos previos de la Edad del Bronce: liberó a los artesanos de la necesidad de cultivar o recolectar sus propios alimentos, de manera que pudieran dedicar todo su tiempo a la industria, procurándoles para ello suministros regulares de metal. Sin embargo, redujo a un estado de servidumbre a estos mismos artesanos a quienes había liberado, ya que dependían por completo del Estado tanto para su subsistencia como para la adquisición de materias primas. Estos artesanos eran proletarios que tenían que ganarse la vida vendiendo su trabajo o su arte.

Las consecuencias ideológicas de la división de la sociedad

en clases no son menos significativas que sus bases económicas. En sociedades simples, sin dividir todavía en clases, la vida práctica, incluida la aplicación de la ciencia, se halla dirigida por la costumbre, la cual encarna la experiencia colectiva de la sociedad, la sabiduría acumulada y experimentada a lo largo de generaciones pasadas, la ciencia de una época. La dicha interpretación de costumbres y la aplicación a casos específicos de normas tradicionales de conducta, se confiaban a los ancianos o a los jefes. Pero tanto unos como otros eran sólo los depositarios de la costumbre y no sus autores. Si tenían que modificar la práctica de la costumbre, se guiaban para ello por su propia experiencia y por la de los otros miembros de la tribu o del clan. Este procedimiento era de una lentitud desalentadora y podía resultar desesperadamente inoperante, pero era un procedimiento realmente democrático o popular.

La revolución urbana transformó esta situación. La costumbre, creación inconsciente de la sociedad, se vio reemplazada por leyes y normas impuestas a la sociedad por los dioses o en nombre de los mismos, los cuales se hallan situados por encima de la sociedad y fuera de la misma. La interpretación de las leyes y de las normas se confía ahora a un rey divino, quien fija él mismo las leyes a modo de decretos personales, o bien es confiada a una corporación de sacerdotes a quienes son sólo revelados los deseos del dios. La sumisión de las masas puede ser reforzada por el poder económico sin igual concentrado en manos de un rey divino o de un dios con los atributos de la realeza, cuyo exclusivo control de las reservas de alimentos de la sociedad se apoya en el monopolio virtual de las armas de metal, y, en el caso de Mesopotamia, también en el monopolio de los carros. Las masas abandonaban, pues, en manos de deidades o de devotos, el derecho y el deber de previsión y de organización, y, relevadas de las molestias propias de la decisión, aceptaban una obediencia carente de responsabilidad. No cabe duda que los nuevos jefes podían discurrir con

más sabiduría y, por tanto, con más fortuna, que un consejo de ancianos del poblado o que el jefe de un clan. Inventaron caracteres gráficos y un sistema para registrar en signos convencionales sus observaciones y transmitir así la experiencia colectiva de forma más completa y con una mayor exactitud de lo que sería posible hacer sólo con la memoria. Inventaron también sistemas convencionales de notación numeral que facilitaron y transformaron la operación de contar. Y al tener medidas unificadas, estaban en condiciones de cuantificar ciertos dominios de la experiencia. Por ejemplo, los ministros del faraón podían decirles a los campesinos egipcios cuándo debían empezar el ciclo anual de las faenas agrícolas, ya que habían medido el año trópico y establecido un calendario científico. Igualmente, los funcionarios de los templos sumerios podían predecir con precisión la cantidad de semilla necesaria para sembrar un campo determinado.

Las masas campesinas se beneficiaron realmente de haber abandonado la responsabilidad y el peso de la decisión al Estado teocrático, aunque sólo fuera porque los designios de éste se basaban, hasta cierto punto, en una ciencia exacta, por rudimentaria que fuera. Lo grave era que el nuevo saber consignado incorporaba y sistematizaba muy poco de los conocimientos prácticos del campesinado y menos aún de la experiencia de las nuevas artes. Porque la escritura era un misterio y los pocos iniciados, si no eran verdaderamente jefes, se hallaban, por lo menos, situados por encima de las masas sometidas. «Tú sostienes la pluma. Ella te pertenece para mandar. El escriba está exento de todas las tareas manuales», reza un texto egipcio bastante tardío⁶⁸. Bien puede que este texto exagere la dignidad de que gozaban los escribas, pero no cabe duda que refleja las ambiciones de la burocracia del funcionariado. La repercusión que esta división en clases tuvo sobre el progreso técnico y científico en el Oriente fue desastrosa. El progreso no sólo exige nuevos inventos, sino también nuevas necesida-

des para ser satisfechas; una invención de la que no existe una demanda efectiva no puede ella misma ser efectiva. Ahora bien, es de suponer que un trabajador del metal prehistórico no tendría dificultad en persuadir a los otros miembros del clan o a un jefe de guerra de la superioridad de las armas o utensilios de metal, ya que tanto unos como otros tendrían que servirse de ellos. Algo muy distinto sería convencer de lo mismo a un rey divino cuya participación activa en los combates se halla enormemente exagerada en sus monumentos, mientras que los escribas empuñando sus plumas no tendrían el menor interés por las sierras ni por las hoces. Al mismo tiempo, el campesinado se hallaba tan absolutamente despojado del producto excedente, es decir, de poder de adquisición, que no tendría con qué comprar los utensilios de metal; éstos se encontraban en los almacenes de los templos sumerios, pero en Egipto, incluso en las tumbas de los nobles, los trabajadores que aparecen segando las tierras del dueño lo hacen con hoces de madera armadas de sílex. De esta manera, los nuevos artesanos, relegados a las clases inferiores de la sociedad, y relevados de la responsabilidad de tomar decisiones, carecían al mismo tiempo de un mercado de inventos para ahorrar trabajo y, por consiguiente, de todo estímulo para nuevas invenciones. Así, en Egipto y en Mesopotamia los sencillos modelos de hachas, azadas, cuchillos, dagas y lanzas, perfeccionados hacia el 3000 antes de J. C., subsistieron con pequeñas alteraciones durante los dos milenios siguientes. En la famosa pintura de una tumba aparecen representados forjadores egipcios nativos pertenecientes al 400 antes de J. C. aproximadamente, utilizando el mismo ⁶⁹ utillaje ineficaz que en las pinturas semejantes de la Edad de las Pirámides, 2000 años antes.

Por último, el que los artesanos se hallaran relegados a la clase inferior de la sociedad los excluyó del conocimiento de la escritura, aislando las ciencias puras de los escribas egipcios y sumerios, de las ciencias aplicadas de los mineros, fundidores, forjadores y alfareros. La técnica de un oficio no podía

consignarse por escrito, pero continuaba siendo transmitida por el precepto y el ejemplo. Por esta misma razón, siguió siendo un conocimiento empírico y particular, en tanto que la ciencia erudita no era fecundada por la experiencia adquirida en la práctica del taller. Sin embargo, repetimos, la ciencia europea debe más al saber de los artesanos desconocedores del uso de la escritura que a las especulaciones de los sabios escribas. En resumen, la revolución urbana, llevada a cabo en Egipto y en Mesopotamia, liberó a los artesanos de la preocupación de procurarse su propia subsistencia, pero, como contrapartida, les relegó a una clase sometida y explotada. Les suministraba las materias primas necesarias para el ejercicio de sus oficios, pero sin proporcionarles los incentivos que hubieran servido para el perfeccionamiento de su arte. Les garantizaba la seguridad de su empleo, pero sin ninguna esperanza de llegar a lograr una posición social superior. Tales fueron las consecuencias de la división de la sociedad en clases y de la explotación de las masas por una pequeña clase dominante. Esta división en clases y esta explotación de las masas fueron históricamente necesarias para la acumulación de las riquezas y la creación del personal necesario para el establecimiento de una industria del bronce. Pero una vez que se hubo llegado al establecimiento de esta industria, otras comunidades pudieron beneficiarse de este mecanismo sin tener que someterse al mismo grado de explotación.

La mayoría de las sociedades del sudoeste de Asia, que se hallaban en condiciones de beneficiarse de la organización extractiva y distributiva así creada, terminaron por dividirse más pronto o más tarde —aunque generalmente más bien pronto que tarde— en clases, a pesar de que no habían tenido que acumular ellas mismas estas riquezas. Algunas de ellas fueron transformadas por la fuerza en comunidades urbanas gracias a una conquista militar, ya que Sargón de Agade había iniciado una política de un imperialismo agresivo que aspiraba a obtener, en forma de botín o de tributo, aquellas materias primas

necesarias para la industria mesopotámica. Sus ejércitos se abrieron paso hasta las costas de Levante y el Taurus a fin de apoderarse de los bosques y filones de mineral. Aunque su imperio fuera efímero, Sargón no tardó en ser imitado por otros monarcas mesopotámicos. Para resistir a la agresión imperialista, sus posibles víctimas tuvieron que crear un ejército y dotarlo de costosos armamentos de metal y de carros de guerra todavía más costosos. El jefe de la resistencia, caso de resultar victorioso, podía fácilmente convertirse en rey. Cualquier jefe bárbaro, al igual que los miembros más ricos de la tribu, podía adquirir con la mayor facilidad aquellas armas necesarias que podía igualmente utilizar contra los sublevados del interior y contra los agresores externos. En otras comunidades, gracias a los obsequios y al soborno de que eran objeto por parte de los exploradores y mercaderes, los jefes locales se iban independizando económicamente de los otros miembros de la tribu que les ofrecían tradicionalmente toda una serie de obsequios según la costumbre. De este modo, los jefes locales pudieron imitar a los faraones o a los reyes de Kish. Así, en el 2000 antes de J. C., Palestina, Siria, las costas de Levante, estaban tachonadas de pequeños reinos, reproduciendo todos ellos, más o menos, la estructura social de los Estados egipcio y sumerio. En estas regiones, claro está, incluso las comunidades neolíticas habían sido lo suficientemente populosas como para permitirse el mantener a sacerdotes profesionales, quienes podían ahora elucubrar una ideología que santificara y legitimara la autoridad de los nuevos reyes.

Las sociedades europeas se hallaban demasiado lejos para estar expuestas a estos ataques imperialistas. Eran demasiado pequeñas y demasiado pobres para disponer de sacerdotes profesionales o de jefes situados a un nivel tan superior como para que pudieran aspirar a la categoría regia. Sin embargo, las sociedades europeas no estaban tan lejanas como para no llegar a los mercados orientales, ni eran tan pobres como para no poder satisfacer la demanda de materiales de dichos mercados.

De este modo, las sociedades europeas pudieron beneficiarse del mecanismo creado por la revolución urbana, pero difirieron la división de la sociedad en clases, que había sido impuesta por aquélla, hasta el momento en que los nuevos artesanos profesionales hubieron logrado para sí una posición social que nunca habían logrado los artesanos en el antiguo Oriente.

I. *El ciclo primitivo egeo.*

Los primeros europeos que se beneficiaron, directa o indirectamente, de las riquezas acumuladas por la civilización oriental fueron las poblaciones de las costas e islas egeas. Por medio de un comercio legítimo satisfacían las demandas mesopotámicas y egipcias de las materias primas que ellos mismos producían o que, por lo menos, transportaban en sus naves. Podían también hacer incursiones al delta del Nilo y a otros centros secundarios de vida urbana situados en las costas del Levante. El comercio y la piratería siempre fueron estrechamente unidos en el mundo mediterráneo, y el relato de una incursión en el delta del Nilo, llevada a cabo después de la guerra de Troya, que nos narra Ulises en la *Odisea*, de Homero, aunque es evidente que se trata de un relato ficticio, no cabe duda que pretendía parecer algo plausible. Así, por medio del comercio pacífico o de la fuerza declarada, los pueblos egeos obtenían una participación en el excedente oriental, el cual utilizaron para crear una industria del bronce propiamente europea.

Todas las poblaciones en cuestión se hallaban estrechamente ligadas entre sí, ya que todas ellas compartían claras tradiciones comunes, sobre todo en la cerámica y en la arquitectura, por lo que todas están representadas, en los testimonios ar-

queológicos, por un solo ciclo cultural: el primitivo egeo. Esto no quiere decir que todas fueran genéticamente cosanguíneas ni racialmente homogéneas. El ciclo cultural del primitivo egeo engloba a cinco o seis culturas que, a pesar de poseer muchos rasgos en común, pueden distinguirse fácilmente entre sí, pudiendo la mayoría de ellas subdividirse aún más: lo que llamaremos la primitiva cultura troyana abarca no sólo a Troya y su interior asiático hasta Mysia, sino también a las islas contiguas de Lesbos y de Lemnos, así como a Gallipoli en la costa europea de los Dardanelos. La primitiva cultura tracia del valle de Maritza (conocida hoy sólo por un sitio, Mikhalic) y la primitiva cultura macedonia, situada en Macedonia y en el interior de Tesalia, son tanto, cultural como geográficamente, culturas intermedias entre la primitiva cultura troyana y la del heládico antiguo. Esta última cultura dominaba en las zonas costeras de Tesalia, de la Grecia central, del Atica y del Peloponeso, extendiéndose hacia el oeste a lo largo del golfo de Corinto hasta Levkas e Itaca. El cinturón de islas estaba ocupado **por la cultura del cicládico antiguo**, mientras que Creta poseía su propia cultura minoica, con afinidades egipcias, así como cicládicas y asiáticas. Por último, en Chipre, la isla del cobre, a pesar de notables peculiaridades debidas a su posición geográfica, la primitiva cultura chipriota⁷⁰ se halla más íntimamente ligada a las culturas egeas propiamente dichas que a ninguna conocida hasta ahora, situada en las costas más cercanas del Asia anterior.

Todas estas regiones, a excepción de las islas más pequeñas, ya habían sido ocupadas en los tiempos neolíticos. Muchos asentamientos del primitivo egeo ocupaban lugares de poblados neolíticos, aunque parte de ellos fueran establecimientos nuevos. No hay duda de que la Edad del Bronce recogió divergentes tradiciones neolíticas, lo cual puede que ayude a explicar algunas de las diferencias que se observan entre las diversas culturas del primitivo egeo. Sin embargo, ninguna cultura del ciclo primitivo egeo puede ser atribuida a cualquiera

de las culturas neolíticas conocidas de esta región. Por el contrario, las innovaciones peculiares a todas las culturas del primitivo egeo dan la impresión de ser el producto de una nueva colonización. Fuera del área geográfica egea no se conoce una sola cultura que ofrezca todas estas novedades en embrión. Admitamos que las culturas del primitivo egeo se desarrollaron en los mismos lugares en que las encontramos, dejando de lado la pregunta, imposible hoy de contestar y que quizá carezca de fundamento, relativa al origen de aquellas poblaciones. El ciclo primitivo egeo era fundamentalmente un ciclo cultural marítimo; la comunidad de tradiciones expresadas por éste se basaba en, y dependía de, los intercambios frecuentes y regulares de mercancías (lo cual está arqueológicamente documentado) y de personas y de ideas (lo cual se infiere de lo anterior) entre los asentamientos costeros situados por todo el mar Egeo y en las islas de que está lleno este mar. Y era a través de las rutas marítimas como los mercaderes egeos tocaban los mercados de Egipto y del Levante, obteniendo de estos mercados los recursos necesarios para el desarrollo de la artesanía y del comercio. Los asentamientos continentales del interior, en Arcadia y en Beocia, por ejemplo, eran pobres en comparación, precisamente porque sus contactos con el Oriente eran indirectos y se realizaban a través de las ciudades costeras.

Los asentamientos del primitivo egeo, excepto los del primitivo tracio y los del primitivo macedónico, aparecen como conjuntos de habitaciones con los cimientos de piedra agrupados a lo largo de estrechas avenidas tortuosas. Resulta incierto el número de casas distintas, pero las zonas ocupadas eran ridículamente pequeñas: Troya I tiene 50 áreas y pico, Troya II no llega a las 81 áreas, Filakopi, en Melos, no llega a las 162 áreas. Pero todos los sitios estuvieron ocupados continuamente a lo largo de un gran período, de manera que sus ruinas forman «tells» cuya excavación estratigráfica es la base de una cronología relativa de la prehistoria egea. En Troya, cinco «ciu-

dades» superpuestas son atribuidas al primitivo período egeo, y todas las «ciudades», aunque particularmente la I y la II, sufrieron varias fases de reconstrucciones completas. En Termi, en la isla de Lesbos, se reconocen cinco períodos arquitectónicos, pero estos períodos eran solamente contemporáneos de Troya I y del primitivo Troya II. La estratigrafía y la tipología **justifican una división del minoico antiguo en tres fases: minoico antiguo I, II y III; para el heládico antiguo, el cicládico antiguo y el chipriota antiguo se propusieron divisiones parecidas.** En Grecia y en Troya el final del primitivo período egeo se sitúa convencionalmente en el 1800 antes de Jesucristo, y en Creta más cerca del 2100. Sus comienzos siguen siendo objeto de conjeturas, aunque puede que el minoico antiguo I empezara hacia el 3000 antes de J. C., al mismo tiempo que la revolución urbana en Egipto.

La mayoría de los habitantes de las ciudades costeras debieron de haber sido agricultores, que se procuraban su propia subsistencia gracias a la agricultura, la cría de ganados y la pesca. Los asentamientos del interior en la Grecia central, en Macedonia y en Tracia eran simples poblados de campesinos. Sin embargo, los agricultores debieron de cultivar por todas partes viñas y árboles frutales, además de cereales y de legumbres. Y es casi seguro que todos los agricultores del primitivo egeo pasarían del cultivo hortense con azada al cultivo con ayuda del arado tirado por bueyes; en un modelo hallado en una antigua tumba chipriota⁷¹ se halla representada, en efecto, la labranza con arado. Por otra parte, la pequeña isla de Pseira, situada frente a Creta, fue ocupada por una comunidad que debió vivir del comercio marítimo, ya que el islote es demasiado pequeño para la agricultura, pero poseía, en cambio, un excelente manantial. Algunas de las islas cicládicas más pequeñas puede que basaran su subsistencia en la importación de alimentos.

En cualquier caso, la agricultura se combinaba con los oficios de artesanía y con el comercio en todos los asentamientos

costeros donde los artesanos profesionales y los comerciantes vivían entre los campesinos. El oficio de alfarero no estaba todavía mecanizado en ninguna parte de Europa, pero en Troya algunas familias de alfareros profesionales que llegaron a esta ciudad fabricaron tornos durante el período de Troya II. Durante el resto del primitivo período troyano sus productos fabricados en serie imitaban los productos de una industria doméstica anterior con la que también competían. También en Creta vivían familias de alfareros, lo bastante especializados como para poseer sellos personales, a pesar de lo cual no utilizaban todavía el torno y es posible que fueran ambulantes, es decir, que no residían nunca en el mismo lugar ni dependían del excedente producido por un sólo poblado, sino que recorrían la isla lo mismo que hacen todavía hoy grupos de alfareros⁷².

En todas las ciudades de alguna importancia debió de haber forjadores, quienes es seguro que eran especialistas profesionales. En la mayoría de los sitios las materias primas que utilizaban tendrían que ser importadas. En Chipre hay, desde luego, ricos yacimientos de mineral de cobre, y en Naxos, en Creta y en otras partes existen también filones más pequeños. En Rafina, en las costas del nordeste del Atica, excavaciones recientes descubrieron una refinería desde donde se despachaba el mineral de cobre, quizás desde Naxos, para ser fundido con carbón vegetal de los bosques vecinos que cubrían las laderas del Pentélico y del Himeto. Pero ya en el primitivo egeo, el cobre se aleaba a menudo con el estaño para producir el bronce. El objeto más antiguo de estaño que se conoce es un brazalete encontrado en Thermi, y bronce de ley, que contiene un diez por ciento de estaño, se halla representado por cinciles encontrados en Troya II. El plomo, la plata y el oro también eran utilizados y no cabe duda de que en Troya y en Creta estos metales eran trabajados por orfebres profesionales.

Las cuentas de piedra dura, sobre todo de Creta, los vasos de alabastro de las Cícladas y los de piedra jaspeada de Creta,

deben ser clasificados igualmente como obra de especialistas. Otro tanto puede decirse por lo que se refiere a los sellos de Creta, primorosamente grabados. Los motivos representados son con frecuencia los instrumentos o los trabajos de los artesanos, lo mismo que en la Mesopotamia del primer período conocedor del uso de la escritura, revelándonos también la existencia de otros artesanos profesionales: alfareros, carpinteros, mercaderes y constructores de navíos. Los barcos de altura, representados en los sellos del minoico antiguo y en los vasos cicládicos y heládicos, debieron de haber sido pintados, cuando menos, por constructores de navío profesionales. Los barcos podían alcanzar una longitud de más de 15 metros y eran movidos por muchos remeros. Las representaciones de velas no aparecen hasta el período minoico medio.

No cabe duda que los artesanos profesionales, que fueron los primeros en fabricar la mayoría de los artículos mencionados anteriormente, eran emigrantes procedentes del Oriente o bien gentes que habían aprendido su oficio de aquéllos. El torno del alfarero, por ejemplo, inventado en Sumeria en el primer período conocedor del uso de la escritura, es de suponer que fuera difundido por los hijos más jóvenes o por los aprendices de los alfareros sumerios, quienes habían emigrado a medida que los mercados locales se saturaron cada vez más, hasta que después de muchas generaciones algunos de ellos pudieron hallar empleo en Troya. También aquí los orfebres reproducían modelos muy especializados, que los otros artesanos fabricaban siguiendo la misma forma tradicional en la meseta anatolia, en las orillas del Nilo, del Eufrates y hasta del Indo. Pero, aunque los artesanos del Egeo traicionaran a veces el origen de su estilo artístico, no se limitaron, sin embargo, a repetir los modelos egipcios o asiáticos, sino que adaptaron su producción artística a los gustos locales. Además, los primeros emigrantes no pertenecían todos a una sola y misma escuela. En los trabajos de metal se pueden distinguir tradiciones egipcias y mesopotámicas. Fue así como surgieron originales es-

cuelas de metalurgia y de otras artes que combinaban diversas tradiciones extranjeras; los descendientes de los nativos o los aprendices de los emigrantes fabricaron modelos claramente egeos a fin de satisfacer los gustos locales y los hábitos locales de trabajo o de combate.

Fueran o no profesionales los mercaderes, el comercio se encuentra abundantemente documentado dentro del área geográfica egea por la distribución de materias primas y de artículos fabricados. La obsidiana, por ejemplo, se transportaba desde las islas volcánicas de Melos y de Yali a través de todo el Egeo e incluso hasta el interior. Gran parte de esta obsidiana se exportaba desde Melos en forma de hojas que habían sido talladas en la isla misma en bloques diestramente preparados. Ya hemos mencionado la procedencia del cobre. La plata podía proceder de las famosas minas de Laurion en el Atica, así como del Asia Menor. Entre los artículos de procedencia conocida podemos mencionar los vasos y estatuillas cicládicos de mármol que llegaron a Troya, al Peloponeso y a Creta. Incluso los cacharros eran transportados a largas distancias y, naturalmente, no vacíos, sino llenos de manjares exquisitos, de ungüentos y de especias. Así, en todas las «ciudades» de Troya, excepto en la «primitiva Troya I», aparecen fragmentos de vasos del heládico antiguo, fabricados en la Grecia continental. A la inversa, en Tracia, en Eubea y en el centro de Grecia, se han encontrado vasijas de forma o factura troyana. Asimismo, en la costa este del Peloponeso, en el asentamiento de Asina perteneciente al heládico antiguo, se han descubierto selladuras de cántaros o de fardos de mercancías, sellados en Creta con sellos del minoico antiguo.

Las pruebas arqueológicas relativas al tráfico egeo con estos mercados orientales, cuya dependencia de los mismos suponemos aquí que fue la que creó toda la actividad comercial que acabamos de mencionar, son francamente escasas. Los artículos existentes, importados desde el Oriente al mundo egeo,

se limitan de hecho a algunos sellos cilíndricos asiáticos y a vasos de piedra egipcios encontrados en Creta. En el cercano Oriente tampoco se conservaron muchos artículos del primitivo egeo. El mejor testimonio que poseemos es un vaso de mármol del período cicládico, encontrado en una tumba del predinástico egipcio. La mayoría de los objetos exportados, a cambio de los cuales los pueblos egeos obtenían una participación en el excedente oriental, debieron de haber sido materias primas o artículos de lujo perecederos, tales como aceite, vinos, ungüentos y tejidos. Las comunidades egeas se hallaban en condiciones de suministrar madera de construcción, cobre, plomo, plata, obsidiana, mármol y esmeril. Este último, que según parece procedía de Naxos, es seguro que llegó hasta el Nilo en los tiempos predinásticos, mientras que los tejidos cretenses aparecen mencionados en los documentos mesopotámicos, si bien no con anterioridad al 2000 antes de J. C.

Sin embargo, las exportaciones egeas no se limitaban necesariamente a los productos locales. Entre el 3000 y el 2000 antes de J. C., el estaño parece que era relativamente más común en el Egeo que en ninguna otra parte del sudoeste de Asia o de Egipto. Ahora bien, el estaño es un metal relativamente escaso; ni en el Asia anterior ni en el norte de Africa se han identificado depósitos importantes de este metal. La misma Grecia es, desde el punto de vista geológico, una zona de lo menos prometedora⁷³. Pero la Europa central y occidental es, en cambio, rica en minerales. Si antes del 2000 antes de J. C. los pueblos egeos se aprovechaban de estas riquezas, como está demostrado que lo hicieron después del 1500, debían de tener una mercancía de vital importancia para ofrecer a los mercados orientales. En el apartado siguiente discutiremos los vagos testimonios que poseemos en relación con los viajes de los primitivos egeos al Occidente. De todos modos, los pueblos egeos obtenían los artículos de lujo por medio del «comercio» a larga distancia. En Creta⁷⁴ fue encontrado un vaso de liparita, que era una piedra jaspeada importada de las islas eólicas; entre los

tesoros de Troya II se encontraron cuentas de ámbar, que es posible procedieran del Báltico, y cuentas de lapislázuli, procedentes de Afganistán. Por lo tanto, las comunidades del primitivo egeo eran ya lo bastante ricas como para ser centros secundarios de demanda, así como mercados para los productos de la Europa bárbara.

Para los arqueólogos la mayor parte de las comunidades egeas presentan caracteres guerreros. En las tumbas del cicládico antiguo destacan las armas, las cuales son relativamente comunes en otros lugares de asentamiento. Troya, Poliochni en Lemnos, y los asentamientos costeros de la Grecia continental se hallaban sólidamente fortificados, aunque Termi en Lesbos, Filakopi en Melos y todos los asentamientos minoicos conocidos pudieron prescindir de defensas artificiales en los primitivos tiempos egeos. Los frecuentes conflictos, de los que son un indicio estos muros y estas armas, no dieron por resultado el establecimiento de ningún imperio permanente semejante a los fundados por Entemena o Sargón en el valle del Tigris y del Eufrates. Puede que Troya hubiera conquistado, durante un breve período de tiempo, un pequeño dominio situado en el extremo nordeste del Egeo; Thermi y Poliochni sufrieron una especie de eclipse precisamente en el momento en que Troya II estaba en la cumbre de su prosperidad. Pero si esta prosperidad y el declive de aquellas ciudades fueron el resultado de un imperialismo triunfante, esta situación no duró mucho tiempo. Troya II fue saqueada y quemada, aunque no antes de que los ciudadanos más ricos hubieran enterrado una cantidad verdaderamente prodigiosa de oro y de plata. Estos tesoros escondidos permanecieron ocultos hasta que las excavaciones llevadas a cabo por Heinrich Schliemann en 1873 los pusieron al descubierto. Por lo tanto, puede inferirse que los ricos propietarios de estos tesoros perecerían, mientras que los artesanos y otra gente más humilde sobrevivieron. En las ciudades siguientes de Troya III a Troya V las tradiciones características de la arquitectura y la cerámica del país fueron

conservadas por los descendientes de la población vencida, logrando un desarrollo superior al alcanzado antes del saqueo.

Así, ningún jefe de guerra del primitivo egeo pudo haber llegado a la realeza como dueño de una población conquistada. Es seguro que Troya reconocía a ciertos jefes, ya que aquí un palacio suntuoso dominaba las ciudadelas de las «ciudades» I y II; también en Lerna, en el Peloponeso, había un reconocimiento de aquéllos. Pero es difícil que los dignatarios que habitaban estos palacios llegaran a encumbrarse sobre el resto de la comunidad como un faraón o el rey de una ciudad sumeria, y es seguro que no gobernaban sobre las ciudades conquistadas. En otras ciudades ni siquiera encontramos testimonios que indiquen la existencia de una soberanía de jefe bárbaro. Sin embargo, no hay duda que está indicada una cierta desigualdad en la distribución de la riqueza por el contraste entre casas grandes y pequeñas, tal como ha podido observarse particularmente en Poliochni⁷⁵. Esta situación no llega a significar una división de la sociedad en clases. Aquí no había un «barrio de artesanos» como en las ciudades del Indo. En el plano de la ciudad de Poliochni las casas grandes y pequeñas se hallaban distribuidas por igual y a menudo estrechamente yuxtapuestas, de manera que ricos y pobres se mezclaban con facilidad. En las comunidades del primitivo egeo ni los jefes ni la clase rica acaparaban el excedente económico.

Las prácticas funerarias indican igualmente una estructura social simple. En las costas asiáticas parece que la norma era el enterramiento individual en necrópolis situadas fuera del asentamiento. Las necrópolis de Troya I a Troya V, de Termi y de Poliochni no han sido descubiertas, desde luego, pero en las necrópolis conocidas los cuerpos aparecían metidos en grandes tinajas, acompañados de un ajuar uniforme y bastante pobre. En Creta, en la Grecia peninsular, en Chipre y en la mayoría de las islas, lo normal eran las inhumaciones colectivas en osarios. Los osarios podían ser cuevas naturales o bien cámaras excavadas en la roca a las que se entraba por un pozo esca-

lonado («tumbas de pozo») o por un corredor horizontal o en cuesta (Chipre, las Cícladas, Eubea); cámaras funerarias construidas en una excavación al descubierto revestidas interiormente y cubiertas de piedras en sillería inclinadas hacia dentro para formar un tejado (Atica, Cícladas), o con losas de canto (Atica, Cícladas) y recintos a hueso de planta rectangular o circular (Creta); en este último caso la tumba estaba a veces rematada por una cúpula. Las cámaras funerarias construidas estaban siempre provistas de una entrada, aunque algunos cuerpos fueran introducidos por el tejado. Es de suponer que todos estos tipos de tumba construida pretendían imitar las viviendas tradicionales de los vivos. Los recintos rectangulares a hueso de Creta reproducen exactamente las casas de las ciudades del primitivo minoico. De la misma manera, los osarios circulares, llamados «tholoi» por los arqueólogos, deberían documentar la existencia de chozas circulares, sin probar todavía por las excavaciones, y que eran de origen africano. Las chozas circulares son, desde luego, tradicionales en Africa, pero en Chipre se construían en los tiempos neolíticos.

Ninguna de estas tumbas puede compararse con las mastabas ni con las pirámides de Egipto. Las más monumentales son los osarios circulares de Creta; algunos de ellos tienen un diámetro interior de más de 12 metros con muros de un espesor que iba de 1,52 a 2,44 metros, que todavía se yerguen a una altura de 0,91 a 1,22 metros. Pero todavía hoy grupos de pastores cretenses siguen construyendo almacenes de quesos en forma de colmena, no muy inferiores en tamaño a los osarios del minoico antiguo y contruidos de sillería utilizando un método idéntico. Se dice que estos osarios del minoico antiguo, lo mismo que la mayoría de los otros del primitivo egeo, contenían una gran cantidad de esqueletos, y que su mobiliario muestra que sirvieron para enterramientos durante un largo período. Todos ellos eran, en realidad, «sepulcros familiares», donde se enterraba a través de varias generaciones a los miembros difuntos de un mismo linaje. ¿Era este grupo un clan, un

linaje o una «familia natural»? En Krazi, en las montañas del centro de Creta, un pequeño tholos de cúpula servía de depósito para los huesos de toda la comunidad. Pero en la llanura de Mesara, en el sur de Creta, los grandes osarios circulares están apiñados en grupos de tres o cuatro. La pequeña ciudad de Hagios Kosmas, en la costa sur del Atica, cerca del Pireo, está rodeada de un cementerio bastante grande con cámaras funerarias revestidas de losas y cubiertas de cúpulas. En la isla de Syros se ha señalado la existencia de un cementerio de 500 tumbas. En Hagios Kosmas y en las Cícladas, las tumbas más tardías no contienen más que un esqueleto cada una de ellas, mientras que en Chipre son las tumbas más antiguas las que contienen a menudo un sólo cuerpo. También en el este de Creta algunos cementerios del minoico antiguo consisten solamente en tumbas individuales, conteniendo cada una de ellas un esqueleto metido en una tinaja (pithos), en un ataúd de arcilla (larnax) o en una pequeña caja de losas de piedra (cista), según la moda del primitivo troyano.

En ninguno de los cementerios del primitivo egeo es posible advertir diferencias cualitativas en relación con la arquitectura sepulcral ni con los ritos funerarios, mientras que las diferencias en la riqueza del ajuar no significan una desigualdad de categoría social. Los testimonios funerarios del Egeo no revelan ningún indicio sobre la división social que hallamos reflejada de manera tan patente en los testimonios funerarios del Nilo. El culto de los espíritus de los antepasados era, sin duda, un factor primordial en el mantenimiento de la solidaridad social, pudiendo difícilmente contribuir a la concentración de las riquezas.

Esta concentración tampoco fue realizada por deidades imaginarias, adoradas en templos y servidas por sacerdotes profesionales. En el Egeo prehistórico no se ha encontrado nada que merezca en absoluto el nombre de templo. Especialmente en Creta parece que las grutas naturales y las cumbres de las colinas eran frecuentadas como lugares de culto, pero las ofren-

das votivas allí depositadas consistían, sobre todo, en figurillas vulgares o en vasos de arcilla. Un modelo de arcilla, encontrado en una tumba primitiva chipriota, representa un recinto sagrado al aire libre donde se celebraban ritos rústicos —danzas o ceremonias agrícolas— con acompañamiento musical. Estos lugares sagrados no eran, claro está, lugares apropiados para la acumulación de ofrendas de valor ni tampoco de provisiones de alimentos. Las estatuillas de arcilla o de piedra seguían siendo fabricadas en los asentamientos del primitivo egeo lo mismo que en los poblados neolíticos. Aunque más estilizadas que sus precursoras neolíticas, representaban probablemente a la antigua diosa-madre. Fuera de las murallas de Troya I se encontró una estela esculpida con el rostro de un personaje femenino con cara de buho, y algunos de los «ídolos cicládicos» de mármol son lo bastante grandes de tamaño como para haber servido de estatuas de culto. Pero en los templos no se encontró ninguna de ellas y entre los ídolos cicládicos, además de representaciones femeninas, hay también hombres y músicos. Si las estatuillas representan las primeras encarnaciones de las diversas señoras que fueron las patronas de las diversas ciudades-estado de los tiempos históricos, ninguna de ellas podía todavía jactarse de poseer una morada local ni tampoco de haber logrado una fama tal como para atraer a su lado adoradores y adeptos extraños al grupo local que la había creado con la imaginación; ninguna de estas señoras locales es todavía Atenea, Hera, Artemis o Afrodita, y no podemos decir a cuál de ellas iba la historia a conferir esta dignidad universal.

Por otra parte, la diosa-madre ya no seguía siendo el único objeto de veneración. Algunas estatuillas del primitivo egeo representan a varones y el símbolo masculino, el falo, también se modeló en arcilla o en piedra. Estos símbolos implican el reconocimiento del papel del padre en la procreación, si no la aparición de deidades masculinas, y un socavamiento de las bases ideológicas de un «matriarcado», como el que puede atribuirse a las comunidades neolíticas, nueva situación que se

produjo precisamente en el momento en que la substitución de la azada manejada por mujeres por el arado guiado por hombres destruyó las bases económicas de la organización matriarcal.

Así, entre el 3000 y el 2000 antes de J. C., las sociedades egeas habían logrado crear una industria del bronce y un mecanismo para la extracción, la distribución y elaboración de otras materias primas, además de los metales. Su economía bastaba para garantizar la subsistencia al personal necesario. Pero todo ello fue realizado sin acumular grandes excedentes y, por lo tanto, sin crear un abismo infranqueable que dividiera irrevocablemente a la sociedad en clases antagónicas. Aún si admitimos que hubiera un contraste entre pobres y ricos, lo sartesanos y los comerciantes no estaban por ello relegados a una clase inferior sometida. No cabe duda de que los pueblos egeos sólo pudieron lograr todo esto debido a la acumulación de las reservas esenciales y al descubrimiento y perfeccionamiento de nuevas técnicas y métodos en respuesta a una demanda de los mercados orientales, hecha posible gracias a la división en clases de las sociedades egipcia y sumeria. El establecimiento en el Egeo de una economía de la Edad del Bronce se produjo, de hecho, gracias al capital oriental, lo mismo que la industrialización de la India o del Japón en el siglo XIX fue realizada por el capital británico o americano. Pero no por eso los egeos llegaron a convertirse en una provincia colonial del imperio económico egipcio o mesopotámico.

No hay duda que los secretos de la metalurgia y de otras técnicas se descubrieron en el Oriente y que el utillaje para la aplicación económica de los mismos también se inventó allí, casi más o menos lo mismo que el uso industrial del carbón y de las máquinas de vapor fue descubierto en el noroeste de Europa. Tampoco cabe duda que estos descubrimientos e inventos fueron introducidos por artesanos y exploradores emigrantes. Admitamos que los exploradores pertenecientes a los centros más antiguos de civilización hubieran descubierto los

yacimientos de mineral y otras materias primas cuyo valor hubiera sido apreciado por primera vez en el cercano Oriente. Admitamos la emigración a las costas egeas de forjadores del cobre, joyeros, grabadores de sellos y otros artesanos. En ninguno de ambos casos llegaron como agentes de un estado extranjero o como emisarios de intereses lucrativos de un país extranjero. Estos extranjeros hipotéticos vendrían (o podrían haber venido) solamente porque tenían asegurado un mercado fijo en Egipto o en Mesopotamia. Sin embargo, no querían ni podrían expedir todas sus mercancías a estos mercados exclusivamente. En la medida en que las comunidades egeas nativas podían contribuir a su subsistencia, tenían que satisfacer, lo primero de todo, la demanda local; el ajuar de metal encontrado en las tumbas y en los asentamientos demostraría que así lo hicieron. Es seguro que debieron de pedir ayuda a los trabajadores autóctonos, iniciándolos así en su técnica. Después de todo, no dirigían aplicaciones de una ciencia abstracta, expresada en signos matemáticos muy convencionales que sólo los «instruidos» podían comprender; eran ellos mismos quienes ejecutaban tareas manuales, que si no pueden ser comprendidas, sí pueden ser imitadas fácilmente. Los exploradores orientales no pudieron impedir iniciar a los campesinos egeos en las aplicaciones prácticas de su ciencia. Puede que guardaran en secreto los ritos mágicos prescritos también por esta ciencia, lo cual era todo menos una desventaja para los iniciados.

Cualquiera que fuera su procedencia, los artesanos eran emigrantes en busca de nuevos patronos y del modo de ganarse la vida satisfaciendo la demanda de las comunidades egeas. Y no sólo trajeron consigo un saber abstracto, sino también métodos tipificados para la aplicación práctica de sus conocimientos, que encontramos bien ejemplificados en algunas complicadas cuentas de oro, comunes a Troya, a Anatolia central, a Ur y a Harappa. Sin embargo, estos artesanos orientales estaban dispuestos a adaptar sus modelos tradicionales a

los gustos locales; aceptaban también aprendices locales a quienes iniciaban en sus misterios. Muy pocos adornos, armas, vasos o sellos del primitivo egeo son reproducciones reconocibles de modelos típicos egipcios o mesopotámicos; la mayoría de ellos son nuevos modelos egeos. La variedad de diferentes tipos de objetos de metal, orfebrería, sellos y objetos de piedra es mucho mayor en el mundo egeo, incluso durante el tercer milenio, que en Egipto o en Mesopotamia durante el mismo período. Esta originalidad y esta buena disposición para cambiar los modelos tradicionales tuvieron que ser debidas al hecho del trasplante de las tradicionales artesanales a un nuevo medio social, y también a las peculiaridades de este mismo medio y a la posición que un artesano o mercader podía ocupar dentro del mismo.

Tanto uno como otro tenían, desde luego, que encontrar un mercado para sus productos o para sus mercancías, así como patronos que los protegieran. Pero sus clientes eran relativamente mucho menos escasos que en el Antiguo Oriente, ya que no se limitaban nunca a una sola corte totalitaria o a una casa divina. No hay duda de que en Troya y en Lerna los mejores patronos de los artesanos o de los comerciantes eran los jefes cuyos palacios han descubierto los arqueólogos. Pero estos jefes no eran emperadores que dominaran a ciudades conquistadas, ni reyes divinos, encumbrados muy por encima de sus súbditos. No estarían más exentos del trabajo manual o del servicio activo en la guerra de lo que podría estar un jefe maorí o el jefe de un poblado kaya en Borneo⁷⁶. En otros sitios puede que el mercado de objetos de artesanía y de mercancías importadas tendiera a estar reducido a las gentes más prósperas, pero éstas eran asimismo agricultores o navegantes en condiciones de apreciar las herramientas para ahorrar trabajo y las armas más eficaces.

Por otra parte, el artesano y el mercader podían escoger su mercado. Alrededor del Egeo había centenares de ciudades y de poblados: Homero nos habla mil años más tarde de «las

cien ciudades» de Creta, que, según parece, eran política y económicamente independientes. Las distancias que las separaban eran pequeñas y es evidente que el intercambio era frecuente. Desde luego, el viajar a través de montañas y de bosques, donde todavía se escondían fieras, era algo arduo y peligroso, y el viajar incluso por el Egeo era mucho más arriesgado de lo que puede imaginar el moderno pasajero de un barco de vapor. Evidentemente, «extranjero» es sinónimo de «enemigo» dentro de una sociedad bárbara. Sin embargo, estos obstáculos en las comunicaciones se superaron de hecho, por lo que los artesanos y los mercaderes estaban en condiciones de mantener un criterio selectivo en la elección de sus mercados.

De este modo, los artesanos del primitivo egeo producían para un mercado internacional y no sólo para satisfacer la demanda constituida por los gustos y hábitos tradicionales de una sola sociedad. Cada sociedad desarrollaba modas y prácticas de trabajo divergentes. Un artesano debía adaptar su técnica y su producción a las consiguientes variaciones de la demanda local. Así, no sólo se le estimulaba a mantener un cierto nivel de competencia técnica, sino también a superar el mismo, no para producir una clase determinada de modelos tipo, sino para introducir innovaciones que por su eficacia o belleza tendrían que atraer a compradores exigentes. Este aliciente de originalidad se debía precisamente a la multiplicidad de sociedades distintas, pero relacionadas las unas con las otras, y a la supuesta movilidad de los artesanos entre las mismas. Esta última suposición no puede ser probada arqueológicamente, pero resulta una deducción correcta que procede de la situación de la Grecia homérica y clásica⁷⁷. Homero declara que «un artesano es bien acogido en todas partes» y relata cómo Ty-chios fue llamado desde Beocia a Locris para hacer un escudo para Ajax. Una gran cantidad de mercaderes y de artesanos que trabajaban en Atenas en el siglo V eran extranjeros residentes (metecos), mientras que artistas como Fidias adornaban muchas ciudades con sus esculturas. La movilidad de los

artesanos y su originalidad y capacidad de invención consiguientes debieron de ser una herencia de nuestra primitiva Edad del Bronce, al tiempo que eran también la consecuencia lógica de la estructura propia de las primitivas sociedades egeas y de las condiciones en las que había surgido la nueva población profesional. Las tradiciones características de Europa —ya que, en efecto, no eran otra cosa— que surgieron entonces se conservaron también cuando cambiaron las estructuras sociales que las habían creado. Y estos cambios ya habían tenido lugar incluso antes de los tiempos homéricos. La organización social de la Grecia clásica era notoriamente diferente de la de la última Edad del Bronce, descrita por Homero. Puede que esta última, a su vez, se diferenciara en la misma medida de la organización social de la primitiva Edad del Bronce bosquejada aquí.

Los arqueólogos pueden distinguir hacia el final de la Edad del Bronce reciente, indicios de un cambio que apuntaba en la misma dirección que el que se había producido en la Edad del Bronce reciente. Las hachas de combate de Tracia y de Macedonia y los vasos de cerámica de cuerdas procedentes de la Grecia central han sido interpretados por muchos prehistoriadores como representativos de una invasión de bandas de guerreros procedentes del norte de los Balcanes. Estos guerreros hipotéticos podrían haber constituido una clase dominante que hubiera convertido a las comunidades conquistadas en sociedades estratificadas formadas por los jefes y los vasallos. De haber sido así, parte de dicha estratificación afectó sin duda al noroeste de Anatolia, a las tierras costeras macedónicas y a la totalidad de la Grecia peninsular en los tiempos del heládico medio, poco después del 2000 antes de J. C. En Grecia las ciudades del heládico antiguo fueron violentamente destruidas y la cultura del heládico antiguo fue substituida por otra, llamada cultura «minoica», cuyas tradiciones en la cerámica, las prácticas funerarias y la arquitectura doméstica contrastan fuertemente con las del he-

ládico antiguo. Esta misma cultura minoica fue la que suplantó a la primitiva cultura troyana en Troya VI. En estas condiciones, los cambios culturales que sirven para distinguir el heládico antiguo del heládico medio deben ser el reflejo de una verdadera invasión en masa y de una conquista. A menos que los conquistadores hubieran exterminado a la población vencida —lo cual es improbable, como lo prueban las tradiciones del heládico antiguo que se conservan en cantidad suficiente—, es de suponer que formarían una aristocracia que dominaba y que explotaba con tributos a los habitantes de las ciudades y a los campesinos «aborígenes».

Las islas se libraron de la conquista. Pero en Creta, por lo menos, ya incluso con anterioridad al 2000 antes de J. C., se había iniciado una concentración de poder y de riqueza tales, que condujo a una división *de facto* de la sociedad en clases dominantes y clases sometidas. En Knossos y en Mallia, en el centro norte de Creta, y en Phaestos y en Hagia Triada, en el sur, los jefes locales poseían una concentración de riquezas y de poder suficiente como para hacerse construir residencias más perfectas y suntuosas que todas las demás, de modo que bien podían merecer la denominación de «palacios». Son, en efecto, propias de reyes, es decir, de jefes situados tan por encima de los otros miembros de la tribu, que estos últimos se convertirían en sus vasallos.

Las consecuencias que esta situación trajo consigo se examinarán en el capítulo 9. Aquí sólo es necesario mencionar una. De acuerdo con las pruebas de que disponemos, aquellos profesionales que no eran agricultores conservaron intactas sus libertades tradicionales. Ahora bien, debemos repetir que estas libertades sólo fueron posibles y reales gracias a que la revolución urbana había tenido lugar previamente en Egipto y en Mesopotamia.

Las industrias extractivas de mineral, y los sistemas de distribución que abastecían a los artesanos egeos se habían creado contando con el capital oriental. Los mercados importantes y

seguros de Egipto y de Mesopotamia fueron los que permitieron la construcción y dotación de embarcaciones para los viajes a ultramar y los que permitieron también la prospección y explotación de filones de cobre, de plata, de plomo y de estaño, e incluso el cultivo de productos agrícolas para el mercado y no ya sólo para la simple subsistencia.

II. *La exploración comercial del Mediterráneo occidental.*

El estaño era una mercancía que los pueblos egeos siempre podían vender con provecho en estos mercados orientales. Es muy cierto que los egeos no producían el estaño ellos mismos, pero sí podían obtenerlo en Toscana, en Galicia o incluso en Cornualles. Muy poco después del 2000 antes de J. C. existen indicios explícitos relativos a una actividad marítima de los egeos en el Mediterráneo central y occidental. Puede que esta actividad hubiera empezado antes de esta fecha, pero las pruebas que poseemos en este sentido son de lo más ambiguas y discutibles. Los primeros artículos de fabricación indudablemente egea exportados en esta dirección e identificados hasta ahora, sólo pueden fecharse entre el 1800 y el 1500 antes de Jesucristo; estos artículos consistían en un vaso del heládico medio procedente de una tumba siciliana y en dos vasos del cicládico medio que se cree fueron hallados en el puerto de Marsella y en Menorca, respectivamente. La teoría más precisa se obtiene suponiendo que los fenómenos que se describirán más adelante no tuvieron lugar hasta después del 2000 antes de J. C. La opinión de los expertos en la materia se ha manifestado recientemente de acuerdo en este punto, en contra de una cronología más remota que había estado de moda con anterioridad. Sin embargo, los argumentos aducidos en favor de esta opinión son esencialmente negativos y hasta bastante subjetivos. Por lo tanto, aquí sólo resumiremos algunas pruebas

arqueológicas, no dejando de señalar que su lugar cronológico debería ir en uno de los capítulos siguientes.

Los supuestos precursores de las colonias griegas de los tiempos históricos están representados, sobre todo, por necrópolis de tumbas colectivas que aparecen de manera bastante repentina en el sudeste de Sicilia, en Paestum, un poco al sur de Nápoles, en Cerdeña, cerca de Arles en el delta del Ródano, en Almería (sudeste de España) y en el sur de Portugal. Los asentamientos fortificados a los que pertenecían estos cementerios sólo se conocen en Los Millares, a ocho kilómetros de Almería, remontando el curso del Andarax, y en un par de sitios cerca del estuario del Tajo. Las inhumaciones colectivas que parecen una innovación en el Occidente se practicaban desde los tiempos neolíticos en las costas del Mediterráneo oriental. Los asentamientos costeros, representados por estas necrópolis, fueron establecidos más o menos en los lugares en que se fundaron, en los tiempos históricos, las colonias griegas de Occidente. Por lo tanto, el cementerio de Paestum hubiera podido pertenecer a una ciudad que sería la precursora prehistórica de Cumas, la colonia griega más antigua de Occidente, y el de cerca de Arles podría pertenecer a un precursor de Marsella, la primera fundación griega en el mediodía de Francia.

Pero debo insistir en que estos cementerios no representan una sola cultura, ni siquiera un sólo ciclo cultural, en el mismo sentido que tenían los cementerios anejos a las colonias griegas de los tiempos históricos. Ninguna de las diferentes culturas representadas tiene una réplica exacta en el Egeo ni en ninguna parte del Mediterráneo oriental. Los tipos de tumba varían de un lugar a otro y ninguno de ellos tiene más que analogías generales con las tumbas egeas o con las del Levante. Los objetos funerarios varían igualmente, y ni en Grecia ni en el Asia anterior ha sido posible encontrar dos objetos que sean absolutamente iguales en todo. En particular, en ninguna tumba itálica o del Mediterráneo occidental se ha encontrado un sólo artículo fabricado que proceda con toda seguridad de

Mediterráneo oriental (salvo un vaso del heládico medio no anterior al 1800 antes de J. C.), mientras que en los cementerios de Siracusa, de Cumas y de Emporion, de los tiempos clásicos, se han encontrado cientos de vasos griegos importados de Atenas, de Corinto o de otros talleres de la antigua Grecia. En una palabra, si los exploradores y mercaderes del Egeo ayudaron a fundar las colonias griegas de la Edad del Bronce en las costas de Sicilia, en la Italia peninsular, en el sur de Francia, en el sudeste de España y en el sur de Portugal, no llevaron consigo un utillaje material y un sistema ideológico acabados, ni mantuvieron contacto con su tierra natal, que hubiera podido suministrarles artículos fabricados, como sucedió con los colonos griegos de los tiempos históricos.

Sin embargo, las poblaciones de toda esta área geográfica contaban, si bien en proporciones variables, con representantes de un claro tipo racial (cráneos braquicéfalos), conocido también en Chipre y en la zona del Mediterráneo oriental; este tipo físico es también conocido en la Europa templada como un elemento intruso (pág. 167). Las tumbas eran, en todas partes, colectivas y agrupadas en pequeñas necrópolis, lo mismo que en el Mediterráneo oriental. Los osarios, a excepción de las grutas, tienen todos ellos un vago parecido con los del Mediterráneo oriental. Las cámaras funerarias son de planta circular en Sicilia, en el sudeste de España y en Portugal, casi circulares en Italia, construidas sobre el suelo de mampostería en saliente o enterradas bajo un túmulo en Almería y en el Algarve, pero, en los demás sitios, excavadas en la roca, y se tiene acceso a ellas por un pozo escalonado en Italia y en el noroeste de Sicilia («tumbas de pozo»), mientras en Portugal y en el sudeste de Sicilia la entrada se hace a través de una galería. En Cerdeña cada tumba consiste en varias cámaras intercomunicadas, excavadas en la roca y de planta rectangular, mientras que las tumbas de Arles son largas galerías estrechas a las que se llega por una rampa descendente.

Algunos elementos accesorios del culto funerario recuer-

dan no menos vagamente el estilo propio del Mediterráneo oriental. Las losas de piedra que tapaban una tumba del sudeste de Sicilia habían sido talladas evocando un busto femenino. Una serie de estelas del sur de Francia —a las que sólo se halló una vez relacionadas con inhumaciones colectivas, aunque no fue en Arles— presentan a una diosa igual de estilizada que las diosas de las estelas de Troya I. Estatuillas de piedra caliza encontradas en tumbas de Cerdeña parecen imitaciones locales de ídolos cicládicos. En las tumbas almerienses y portuguesas son corrientes las estatuillas femeninas muy estilizadas, pintadas en los huesos de las falanges de caballos, o grabadas en cilindros de piedra caliza o en placas de pizarra. Parece como si en el Occidente la antigua diosa de la fertilidad se transformara en una diosa de la muerte. Después de todo, dado que todas las cosas vivientes brotan del vientre de la madre tierra, es a su mismo vientre a donde tienen que retornar al morir. Es este aspecto de la diosa madre el que encontramos especialmente realzado en el Occidente. Ahora bien, los muertos, los espíritus de los antepasados que retornaron así a la tierra, pudieron ser considerados como intermediarios poderosos entre aquélla y los que sobreviven, pudiendo ser invocados para lograr las mercedes vivificantes de la diosa. De este modo, las tumbas se convertirían en santuarios. Las tumbas excavadas en la roca en el sudeste de Sicilia y algunas tumbas de Cerdeña y las de Almería, van, en efecto, precedidas de fachadas adornadas o de un patio delantero que constituían un ambiente adecuado para las ceremonias de un tal culto.

Si el muerto había sido un jefe espiritual, con fama de poseer una influencia particular o exclusiva sobre los poderes sobrenaturales, después de muerto podía ejercer mejor incluso su función de intercesor, como se creía que sucedía con los faraones egipcios. El mausoleo de los antepasados se convertiría, pues, en un templo; las tumbas megalíticas, que examinaremos en el capítulo 8, podrían interpretarse en este sentido. Sin embargo, no poseemos ningún testimonio relativo a las

prácticas del primitivo egeo que apunte en esta dirección y la construcción de templos que no fueran tumbas era algo que entraba todavía menos dentro de las tradiciones egeas. Malta y Gozo son los dos únicos sitios donde esto se hacía. Los famosos templos malteses deben de ser en parte contemporáneos de los cementerios del Mediterráneo occidental, que hemos examinado aquí, y reproducen a escala gigantesca los planos de las tumbas locales. Estos templos fueron ampliados y reconstruidos varias veces, antes de ser abandonados o dedicados a un uso diferente, no con posterioridad al 1500 antes de J. C. Sin embargo, permanecieron como un fenómeno aislado en la Europa prehistórica, fenómeno con el que sólo hasta ahora las islas de Shetland ofrecen un paralelo distante.

Es seguro que la mayoría de los colonos cuyas tumbas conocemos eran agricultores en su vida secular, lo mismo que la mayor parte de los habitantes de los centros urbanos del primitivo egeo. Pero igual que entre estos últimos, también había entre ellos algunos artesanos profesionales ocupados en las industrias de extracción, de distribución y otras industrias secundarias. Es de suponer que el cobre se explotaba en la Península Ibérica, en Cerdeña y en el sur de Francia. Las pruebas directas que poseemos, relativas a la fundición del mineral de cobre, proceden de la región del Tajo y de Los Millares en Almería. En este último lugar también se separaba la plata del cobre y del plomo. Como prueba de que los pequeños filones de Toscana se hallaban ya en vías de explotación, se cita el hallazgo, en una cueva funeraria de esta región, de dos botones de estaño que, al estar relacionados con un puñal de cobre correspondiente a un modelo del minoico antiguo, proporcionan una cierta justificación en apoyo de la tesis según la cual las comunidades del primitivo egeo obtenían este importante metal del Occidente. El cobre utilizado en Sicilia y en el sur de Italia debía de ser importado, aunque su distribución era tan irregular y tan costosa, que no competía realmente con la piedra y con el hueso. Fue precisamente en este período cuando

el sílex se extraía y se trabajaba regularmente en talleres de los alrededores de los montes Yablonoi y cuando los productos del mismo se exportaban por casi toda Sicilia. Al mismo tiempo, se intensificó la extracción y la exportación de la obsidiana procedente de las islas eólicas.

El cobre se distribuía de una manera tan poco eficaz, incluso en las regiones metalíferas, o se expendía a ultramar en tal abundancia, que son más corrientes magníficos puñales de lascas de sílex y hachas y azuelas de piedra pulimentada que las armas y utensilios de metal. Así, a pesar de que en Almería se extraía plata, en las tumbas de la misma época no se ha encontrado nada de ella. No cabe duda de que para trabajar el cobre se disponía de forjadores profesionales, cuya técnica era, por lo demás, bastante mala. No se fabricaban vasos de metal en ninguna parte. En Sicilia y en Italia los puñales se hacían de dos piezas fundidas en moldes compuestos de dos valvas, yendo unidos a la empuñadura con remaches a imitación de los modelos del minoico antiguo. Pero en la Península Ibérica y en el sur de Francia los moldes compuestos de dos valvas eran desconocidos, y las hojas de puñal llevaban muescas, en vez de agujeros remachados, para fijar la empuñadura. Lo más probable es que los forjadores profesionales fueran ambulantes, y sirvieran a muchas comunidades, más que artesanos con residencia permanente en un solo poblado. No debió de haber ningún otro especialista profesional. Los cacharros se fabricaban todos a mano sin empleo del torno, no suponiendo su fabricación un trabajo tan difícil como el de la producción de las enormes tinajas y los ataúdes de arcilla fabricados en Creta por alfareros profesionales. Muchos vasos procedentes del cementerio de Paestum, algunos de Sicilia y de Cerdeña y algunos de Almería, parecen realmente egeos. Pero ni siquiera la colección de cerámica encontrada en el cementerio de Paestum puede igualarse en conjunto a ninguna otra colección de cerámica del Egeo o del Mediterráneo oriental.

Los vasos de piedra sólo se hacían en la Península Ibérica

y en Malta. Los primeros son de forma muy sencilla, moldeados en piedra blanda, de manera que su fabricación no exigía ninguna pericia profesional; estos vasos no ofrecen analogías de importancia con los del Mediterráneo oriental. Algunos de los vasos malteses, de un tamaño gigantesco, son verdaderas obras de arte. Pero no se puede deducir la existencia de artesanos especializados, dedicados exclusivamente a su oficio, a partir de estos vasos, como tampoco de las vasijas de fina piedra del poblado neolítico de Jarmo, anterior al uso de la cerámica. Por otra parte, en lo que se refiere a los vasos malteses, su forma es característica de la isla. Así también, aunque a veces se perforaran piedras duras para hacer cuentas, éstas son de forma sencilla y no revelan necesariamente la existencia de un trabajo de profesional. Los sellos y el fino trabajo de orfebrería eran ambos desconocidos.

No hay duda de que algunos asentamientos se convirtieron en centros secundarios de demanda que obtenían materiales importados de ultramar, aunque parece evidente que ninguno de estos materiales procedía del Mediterráneo oriental. Por otra parte, a Los Millares, en Almería, y a Alcalá, en Portugal, llegaron cuentas de calaíta, de azabache y de ámbar, que debían proceder de Bretaña, de Inglaterra y del Báltico, respectivamente. Si sus supuestos orígenes han sido fijados correctamente, serían el resultado de un comercio marítimo a lo largo de las costas atlánticas, semejante al practicado por los tartesios poco después del 600 antes de J. C.⁷⁸ Es seguro que este comercio les procuraría también el estaño de Cornualles, metal que era todavía más valioso. Desgraciadamente, la procedencia de la calaíta y del azabache no está determinada con tanta precisión, y los indicios, bastante vagos, sobre la existencia de relaciones comerciales entre Portugal y las islas británicas, señalan más al período comprendido entre el 1800 y el 1300 antes de J. C. que al tercer milenio. Incluso los mismos constructores de templos de Malta se las agenciaron para obtener obsidiana y piedras para fabri-

car molinos de mano y hachas, pero al parecer no consiguieron obtener cobre. Puede que los artículos importados hubieran sido llevados como ofrendas por peregrinos piadosos o por visitantes involuntarios como San Pablo y sus seguidores. Pero las islas no se convirtieron en factorías ni en centros económicos de la Edad del Bronce, sino que siguieron siendo neolíticas hasta el momento de ser ocupadas, entre el 1600 y el 1500 antes de J. C., por grupos de colonos más guerreros que incineraban a sus muertos, cuyas cenizas enterraban entre las ruinas de los templos. Malta y Gozo se convirtieron quizá entonces en guaridas de piratas más que en lugares de retiro para los peregrinos o en mercados para los mercaderes.

Así, los cementerios que acabamos de describir, situados en Italia, en Sicilia y en el Mediterráneo occidental, no pueden atribuirse a réplicas exactas de las colonias griegas o fenicias de la Edad del Hierro instaladas en estas mismas regiones. Si los asentamientos correspondientes hubieran sido fundados, como lo indican los emplazamientos de los cementerios y parte de lo que éstos contienen, por viajeros del Mediterráneo oriental, éstos debieron de absorber a, o ser absorbidos por, los contingentes de agricultores neolíticos, ya establecidos en las proximidades de sus primeras recaladas. Si los viajeros contaban con exploradores y mercaderes en busca de materias primas para exportar a los mercados egeos u orientales, las mercancías que destinaban a satisfacer las demandas locales eran en cantidad muy inferior a las de sus colegas del Egeo. Toda la plata que seguramente extraían de España, todo el estaño, excepto dos botones de este metal que debieron de haber obtenido en Toscana, y todo el que se traía de Cornualles a través del comercio atlántico, debieron de haber sido expedidos a su tierra natal. Si había entre ellos forjadores profesionales, estos últimos apenas comunicaban nada de su saber a los aprendices nativos de Cerdeña, del sur de Francia, de España y de Portugal; aunque, por supuesto, los exploradores, los mineros y los fundidores no son necesariamente maestros en las artes

del fundido y del forjado. En todo caso, estas hipotéticas empresas mineras y comerciales, mantenidas por el mercado egeo en el Mediterráneo occidental, no sentaron aquí las bases de una verdadera industria del bronce. En la Italia peninsular el primer mecanismo eficaz para la distribución del metal se basaría en un sistema que tendría por modelo el de la Europa central, establecido entre el 1800 y el 1600 antes de J. C. Más al oeste, con la excepción de Almería, la distribución no se organizó eficazmente hasta varios siglos más tarde, en el último período de la Edad del Bronce, aunque incluso en esta época se siguieron también los métodos de la Europa central más que los del Egeo.

Sin embargo, la mejor explicación que tenemos para los fenómenos examinados brevemente en esta parte parece ser la existencia de una verdadera colonización realizada por gentes del Mediterráneo oriental. Basándose en la analogía existente con la expansión griega hacia Occidente, expansión que se halla probada con documentos, esta colonización debió de haber tenido lugar por etapas. De acuerdo con los documentos históricos, Cumas, Siracusa y otras primitivas colonias establecidas en Italia y en Sicilia fueron fundadas desde la antigua Grecia entre el 750 y el 700 antes de J. C.; Massalia fue fundada desde Italia hacia el 600, y las primeras colonias filiales en la costa española lo fueron un siglo más tarde. Por consiguiente, si, como cree el que esto escribe, los primeros asentamientos del Mediterráneo oriental o, por lo menos, las visitas de los comerciantes y de los exploradores egeos a la costa sudoeste de Italia no pueden ser posteriores al 2000 antes de J. C., tampoco Los Millares tiene por qué remontarse a una fecha anterior al 1500. En este caso, será insostenible la exposición que haremos en el capítulo 8 sobre una religión megalítica como deformación ideológica de la búsqueda de estaño, de ámbar y de ñoro, llevada a cabo en el primitivo egeo.

8 MISIONEROS, COMERCIANTES Y GUERREROS DE LA EUROPA TEMPLADA

Mientras en el Egeo se establecía una industria del bronce específicamente europea, al norte de los Balcanes, de los Alpes y de los Pirineos seguía subsistiendo una economía neolítica. La primitiva edad egea se corresponde, al menos cronológicamente, con partes del neolítico medio y del neolítico reciente de la Europa templada. Pero durante este último período, por lo menos, las convulsiones producidas por la revolución urbana empezaban ya a perturbar la autosuficiencia de las comunidades agrícolas. Al mismo tiempo, los acontecimientos «políticos» —emigraciones y conquistas— preparaban las bases sociológicas de la economía de la Edad del Bronce. Aquí sólo podemos ofrecer una descripción muy superficial y sumamente simplificada de estos cambios importantes.

I. *Los misioneros de la religión megalítica.*

Cuando pedimos pruebas relativas a esos viajes atlánticos en los que resulta difícil creer, llevados a cabo por exploradores y mercaderes aventureros que se supone llevaron el ámbar del Báltico y el estaño de Cornualles al Egeo a través de España y de Portugal o del sur de Francia, nos referimos, lo mismo que cuando se trata del Mediterráneo occidental, a las tumbas colectivas³⁷. Pero tan pronto como dejamos las costas del

sur de Francia, España y el sur de Portugal para examinar el interior y las costas atlánticas más remotas, ya no es posible considerar a las tumbas como indicios de colonización, sino que deben ser clasificadas como monumentos de un culto: «la religión megalítica». Para nosotros este culto aparece representado por la construcción de sepulturas colectivas que desempeñan la función y reproducen a menudo las plantas de las cámaras funerarias cavadas en la roca y de los sepulcros de cúpula del Mediterráneo. Pero la mayor parte de estas tumbas fueron construidas sobre el suelo con enormes piedras cubiertas de montículos o túmulos, no encontrándose nunca agrupadas las unas junto a las otras para formar cementerios. El tamaño de las piedras utilizadas en la mayoría de estos monumentos justifica que se les aplique a todas ellas el calificativo de «megalítico». El carácter monumental de estos sepulcros aislados y el trabajo extraordinario gastado en su construcción plantean en seguida un problema que no había sido suscitado por los cementerios de tumbas colectivas del Mediterráneo: ¿es que todos los miembros de la comunidad local tenían derecho a ser enterrados en estos osarios, o es que éstos estaban sólo reservados a los miembros de un linaje noble? Aquí defenderemos a continuación esta segunda alternativa.

Tumbas megalíticas de esta clase, aunque con grandes diferencias locales en la planta, los detalles de construcción y los adornos y ritos funerarios, abundan mucho en Portugal, en el sur y el oeste de Francia, en Irlanda, en la parte occidental de Gran Bretaña y en el norte de Escocia, en el norte de Holanda, en el norte de Alemania, en Dinamarca y en Suecia, en una palabra, casi todo a lo largo de las costas atlánticas y del mar del Norte. Su difusión ha sido atribuida a invasiones procedentes del norte de Europa, llevadas a cabo por los precursores de los normandos, o más a menudo, a una raza emigrante de colonos comerciantes o de héroes culturales venidos del Mediterráneo oriental. Sin embargo, las tumbas megalíticas no contienen, de hecho, esqueletos que pertenezcan exclusivamen-

te a un sólo tipo racial ni restos que puedan caracterizar a una sola cultura. En cada comarca principal los restos que se encuentran pertenecen a una o más culturas locales, y no siempre están sólo relacionados con sepulturas colectivas. Incluso cuando los mismos objetos de cerámica característicos se encuentran en tumbas de dos comarcas distintas, como por ejemplo en Bretaña y cerca del Firth of Clyde en Escocia, las plantas de las tumbas y otros elementos del ajuar funerario divergen unos de otros.

Al mismo tiempo, en la mayoría de las regiones no hay pruebas que indiquen que la construcción de las primeras tumbas megalíticas coincida con los comienzos de la agricultura y menos aún con los de la metalurgia. Así, en Bretaña y en el sur de Inglaterra, y todavía más en el norte de Alemania y en Dinamarca, los asentamientos agrícolas más antiguos son anteriores a cualquier tumba colectiva. En Bretaña, en las islas británicas y en todo el norte de Europa, las tumbas megalíticas son neolíticas, en el sentido de que los primeros cuerpos enterrados en las mismas no van nunca acompañados de un ajuar de metal ni de objetos fabricados sirviéndose de utensilios de metal. En estas regiones los primeros objetos de metal están relacionados con el pueblo del vaso campaniforme, que llegó después de la construcción de las tumbas, aunque a las gentes de este pueblo se les permitiera a veces enterrarse en estas tumbas. Parece, pues, como si la idea de construir estas tumbas megalíticas estuviera realmente difundida y fuera adoptada por diferentes sociedades locales, sin que ello influenciara en nada otros aspectos cognoscibles de su conducta. Pero, naturalmente, las ideas sólo pueden ser difundidas a través de agentes humanos, siendo necesario que éstos se establezcan en un lugar determinado; el capitán de una nave mercante, por ejemplo, que tocara simplemente en cualquier puerto, no podría enseñar a los nativos a construir tumbas megalíticas ni inspirarles tampoco el deseo de hacerlo. Un examen más detenido de la difusión en Gran Bretaña de las encarnaciones de

esta idea nos ayudará a lanzar una hipótesis razonable sobre el carácter de sus agentes humanos.

Las tumbas megalíticas de Gran Bretaña⁷⁹ pueden llamarse extrañas en el sentido de que todas ellas son variantes de un tipo que se encuentra distribuido de manera desigual por todo el oeste y el norte de Europa, pero que conserva, sin embargo, restos de una cultura nativa insular. Tomando como base las plantas de las tumbas, pueden distinguirse tres grupos principales: el grupo Costwold-Severn, situado a ambos lados del estuario del Severn, extendiéndose hacia el este hasta las colinas de Wiltshire y Berkshire; el grupo Clyde-Carlingford que se extiende por el sudoeste de Escocia, el norte de Irlanda y la isla de Man; y el grupo Pentland, situado en las Orcadas y en las partes adyacentes de Escocia. Todas las tumbas de los dos primeros grupos y una importante minoría del tercero estaban cubiertas de túmulos extrañamente alargados, sin ninguna proporción con la pequeña cámara funeraria que se encuentra en uno de los extremos, recordando los montículos construidos encima de la sepultura por algunos miembros de las antiguas sociedades neolíticas de Inglaterra y de los países del este del mar del Norte. Las tumbas de Costwold-Severn fueron las primeras en ser construidas después que las colinas y es probable que también el sur de Gales ya hubiera sido colonizado por los agricultores de Windmill Hill, descritos en el capítulo 5; estas tumbas contienen, en efecto, un ajuar típico de la cultura de Windmill Hill. Las tumbas de los grupos restantes constituyen los primeros indicios referentes a los asentamientos neolíticos de sus comarcas respectivas, aunque contienen un ajuar funerario que es también británico.

El único testimonio procedente de la isla de Rousay⁸⁰, en las Orcadas, nos permite formular de manera concreta el problema planteado en la página 144 sobre quién tenía derecho a ser enterrado en una tumba megalítica. Los quince túmulos que cubren las cámaras megalíticas y que se conservan en esta pequeña isla montañosa están dispuestos por grupos, corres-

pondiendo cada uno de ellos a una unidad natural de asentamiento, todavía delimitada por una agrupación de pequeñas casas de labor y una iglesia o solar de iglesia. Tres túmulos dominan el valle de Frotoft, donde existen ahora veintiún casas de labor; otros dos túmulos dominan ocho casas de labor, conocidas de manera colectiva como Brinyon; otras cinco se alzan en el valle y en los alrededores del Sourin, que todavía labran cincuenta familias de pequeños agricultores. Por lo tanto, nuestra pregunta puede volver a plantearse de esta manera: ¿Es que solamente tres familias neolíticas labraban la tierra trabajada hoy en Frotoft por veintiún familias, y es que sólo cinco explotaciones agrícolas representaban a los precursores neolíticos de las cincuenta casas de labor existentes hoy día en Sourin? O ¿es que cada una de las unidades de asentamiento que acabamos de describir estaba ya ocupada por un grupo de familias, como sucede hoy, entre las que una sola de cada división comarcal se hallaba situada tan por encima del resto como para pretender tener acceso a un sepulcro megalítico familiar? No hay razón para que una economía neolítica no haya podido subvenir al mantenimiento de una población parecida en densidad a la mantenida en el siglo XVIII por una agricultura y una pesca cuyo nivel era el de simple subsistencia, en una época en la que había 400 habitantes adultos en la isla; en la Nueva Edad de Piedra la isla poseía importantes rebaños de ciervos, además de la caza, que todavía existe. El número de cuerpos enterrados en las cámaras megalíticas de Rousay —veinticinco en Midhowe y sólo tres en Rousay, que es mayor— es relativamente pequeño, lo mismo que sucede en todas las Islas Británicas. ¿Es que los miembros de tal familia habrían estado en condiciones de construir un sepulcro familiar tan monumental? La segunda solución es, con toda seguridad, la más plausible. Cada tumba debía de haber pertenecido a un noble o a un jefe (hombre o mujer) y a su familia.

Pero si consideramos la distribución de las tumbas megalíticas, no sólo en Rousay, sino por todo el conjunto de las Islas

Británicas, una tumba megalítica debería compararse con una iglesia más que con un castillo y sus nobles ocupantes con santos celtas más que con barones normandos. Estos santos viajaban de un lado para otro, estableciéndose en aquellas regiones donde todavía hoy se alzan las tumbas megalíticas. Congregaron en torno suyo a discípulos laicos que procedían de un campesinado devoto. Sus fines, como dice Adamnan⁸¹ refiriéndose a aquellos que se fueron desde Irlanda a las islas Orcadas, eran sin duda «encontrar la soledad». No tenían, sin embargo, la intención de ayunar hasta morir de hambre en los lugares a donde se dirigieron, ni tampoco llevaban la intención de comer sin recibir ayuda de nadie.

En todos los lugares en que un hombre santo se retiraba a hacer vida de eremita en una cueva o en una choza, se congregaba en torno suyo una gran cantidad de campesinos de la localidad deseosos de renunciar a su tierra y a sus oficios para entrar en una comunidad de agricultores piadosos⁸². Las tumbas colectivas serían también santuarios (como vimos en la página 137) con tal de que sus ocupantes tuvieran fama de haber poseído unos poderes espirituales especiales. ¿Acaso las tumbas megalíticas de Gran Bretaña no son la réplica de las pequeñas capillas fundadas por los santos galeses e irlandeses en muchas de las mismas regiones de las islas Británicas? De ser así, los fundadores de estas tumbas podrían ser llamados santos megalíticos, debiendo su autoridad y su posición social a su prestigio espiritual más que a su poder temporal.

La hipótesis sobre la llegada de misioneros procedentes del sudoeste, que se hubieran ganado la fidelidad de un campesinado neolítico británico, debido a su fama de santidad o de poder mágico, explicaría con claridad el trasplante a las islas Orcadas o a las costas del Clyde de una cultura material particularmente británica, combinada con una arquitectura funeraria extranjera. Lo mismo que los misioneros celtas, los santos megalíticos habrían llegado a las costas de Escocia, de Irlanda y hasta las islas más remotas, inspirados por motivos

igualmente espirituales, pero acompañados por campesinos ingleses o armoricanos del Neolítico, deseosos, sin duda alguna, de ingresar en una comunidad piadosa de agricultores, aunque deseosos igualmente de seguir cultivando la tierra y de crear una familia. Esta fue la razón por la que sus jefes santos escogieron aquellos lugares que mejor se adaptaban a la primitiva economía rural y al tosco utillaje de sus discípulos piadosos; las tumbas megalíticas se hallan, en efecto, situadas de manera visible precisamente en el tipo de terreno más apropiado para la agricultura neolítica.

Puede que sea instructivo llevar todavía más lejos las analogías. Los santos celtas se inspiraban en una fe que tenía su origen en el Mediterráneo oriental, lo mismo que se supone sucedía con la religión megalítica. Pero la versión especial de esta fe, a la que dieron expresión los santos celtas, aunque deba mucho a los eremitas egipcios, adquirió, según se cree, su forma específica en el Mediterráneo occidental o más exactamente en el sur de Francia. La arquitectura funeraria megalítica de Gran Bretaña tiene más en común con el sur de Francia que con Portugal. Por otra parte, nuestros santos celtas eran miembros de una iglesia que era una sociedad organizada, compuesta no sólo de un formidable conjunto de dogmas establecidos y perpetuados por una tradición escrita, sino también de un ritual establecido y prescrito igualmente por textos escritos. Pero es de todo punto imposible imaginar que una organización semejante hubiera podido existir hacia el 2000 antes de J. C. aproximadamente. Estos misioneros no poseían libros sagrados para definir y preservar su fe, ya que eran tan desconocedores del uso de la escritura como todo el mundo en aquella época, fuera de los habitantes de los valles del Nilo, del Tigris y del Eufrates y del Indo. En un continente cubierto de espesos bosques, dos mil años antes de que los romanos hubieran construido la primitiva red de carreteras, o por vía marítima en navíos fabricados con utensilios de piedra, las comunicaciones eran incomparablemente más precarias y me-

nos frecuentes de lo que eran incluso en la edad inculta. Si hasta la Iglesia cristiana fue desgarrada por las herejías y los cismas, cuánto más numerosas y fanáticas no serían las sectas que se desarrollarían en el seno de la religión megalítica. Un reflejo superficial de tales divergencias sectarias puede reconocerse en las diferencias locales de la arquitectura funeraria, diferencias que no pueden ser enumeradas en un libro como éste y que no han sido totalmente clasificadas ni siquiera en los manuales técnicos.

Puede que las divergencias entre las diferentes sectas hubieran llegado a ser más profundas de lo que se refiere a los simples ritos funerarios o incluso a las creencias escatológicas. Existen bases arqueológicas para sospechar que estas divergencias afectaban también a las estructuras sociales y a los medios materiales de propagar la fe. Se ha presentado a las sociedades megalíticas de Gran Bretaña como formadas por grupos de agricultores pacíficos, ligados solamente por su devoción religiosa a hombres santos llenos de espiritualidad. Pero más adelante, incluso los servidores de un Dios del Amor, pudieron llegar a convertirse en príncipes-obispos enriquecidos gracias a la explotación de un campesinado semiservil o bien llegando a ser prelados guerreros. La diosa-madre, a quien puede que los misioneros megalíticos hubieran adorado como a una diosa de la muerte, podía convertirse fácilmente en una diosa de la guerra. En efecto, esta diosa asume a veces atributos marciales; en algunas tumbas españolas y portuguesas su imagen reducida se halla relacionada con un puñal; las estelas esculpidas del sur de Francia representan a una estatuilla femenina que lleva un hacha, que es seguramente un hacha de combate. La misma figura, representada más sucintamente excepto en lo que se refiere al carácter marcial de su hacha que está indicado explícitamente, se ha encontrado esculpida o pintada en los muros de algunas cámaras funerarias, excavadas en la greda de la región de Champagne (departamento del Marne).

Ahora bien, de todas las tumbas excavadas en la greda son estas cámaras funerarias las que tienen un aspecto más mediterráneo en toda la Europa templada, por lo que pueden considerarse como las sepulturas de los primeros misioneros de la religión megalítica que hubieran llegado al nordeste de Francia. Pero aquí los misioneros aparecen también como jefes seculares, jefes de guerra de una población combatiente. En Champagne las tumbas esculpidas que acabamos de describir se yuxtaponen a tumbas más sencillas que debían de ser las de los adeptos religiosos. Las primeras son espaciosas y están divididas en cámara y antecámara; no contienen más de ocho esqueletos y en los objetos funerarios hay algunos artículos de lujo importados: cuentas de ámbar, de piedras de colores y de oro, y otros objetos pequeños hechos de cobre. Las demás tumbas son de un tamaño mucho menor, aunque contienen normalmente cuarenta esqueletos por lo menos, mientras que el ajuar es más pobre y no contiene objetos de valor de importación. El ajuar de las tumbas de ambas clases representa la cultura material y el utillaje de una sociedad de cazadores guerreros, de ganaderos y de agricultores. Ningún elemento de su utillaje revela un origen específicamente mediterráneo. Puede que el ganado doméstico y los cereales hubieran sido introducidos por los agricultores danubianos que llegaron con toda seguridad hasta el Marne. Los instrumentos de producción y las armas —hachas de sílex con empuñadura de asta de venado, puntas de flecha transversales— pueden proceder de tipos mesolíticos utilizados por los cazadores-pescadores que es posible que ocuparan esta comarca desde los tiempos atlánticos.

De esta forma, tendríamos en Champagne una sociedad estratificada en que unos jefes mesolíticos se habrían impuesto sobre un campesinado indígena y guerrero y muy dado a la superstición. Estos jefes serían los que introducirían las tumbas de cámara, así como la diosa esculpida en sus muros. También podían haber introducido una extraña perversión ritual

que consistía en una operación quirúrgica procedente del Neolítico y que se practicaba también en el sur de Francia, donde la misma diosa-madre aparece representada en las estelas; así, muchos cráneos de las tumbas del Marne habían sido sometidos a una trepanación, encontrándose tal cantidad de cráneos trepanados que su número excedía con mucho el de aquellas personas que habrían aceptado someterse a esta dolorosa y peligrosa operación sólo con fines curativos. Pero los adeptos de esta religión, al adoptar esta fe, se habrían asegurado también el privilegio de ser enterrados en tumbas colectivas, aunque de todas maneras eran de una calidad inferior a las de sus jefes. Posteriormente, pareció que los descendientes de estos jefes acaudillaron bandas de seguidores, no para fundar comunidades piadosas en soledad, sino para apoderarse de las tierras ya ocupadas por los agricultores neolíticos.

En el curso de esta expansión victoriosa, tanto la arquitectura funeraria como la estructura social sufrieron una modificación. Así, cerca del valle de París, donde el Marne se une al Sena y al Oise, las cámaras funerarias excavadas con tanta facilidad en la greda de Champagne fueron substituidas por verdaderas tumbas megalíticas de un tipo particular, que reciben el nombre de cistas de París y que consisten en una galería larga y estrecha a la que se entraba desde una antecámara baja a través de una losa a modo de tronera. Su ajuar es idéntico al de las cámaras funerarias del Marne y una cantidad increíblemente elevada de cuerpos lleva señales de haber sufrido la trepanación. Así, la cultura común a ambos grupos ha sido designada con el nombre de Seine-Oise-Marne, y en forma abreviada como la cultura de SOM⁸³. Sin embargo, no existen diferencias entre las tumbas de los jefes y las de las gentes corrientes, ya que tanto unos como otros reposan por igual en las cistas de París. En el tiempo transcurrido en la emigración, los jefes fueron asimilados a sus seguidores, por lo menos por lo que se refiere a su rango funerario.

Las cistas típicas de París, que contienen en grado suficien-

te modelos de la cultura de SOM, ilustran la expansión de esta cultura en diferentes direcciones: al oeste, en Normandía hasta Jersey y hasta Bretaña, al nordeste, a través de Bélgica, en Westfalia, en Hesse, y finalmente hacia el sur de Suecia y en Dinamarca, y hacia el sur, por lo menos, hasta las Cevennes, si no ya hasta las costas mediterráneas. Por último, se halla documentada una expansión a través del Belfort Gap hasta el curso superior del Rhin y del Aar por algunas ruinas de tumbas y por la cultura de Horgen que sucedió a las de Cortaloid y de Michelsberg en los asentamientos de los lagos de Zurich y de Neuchatel; ya que la cultura de Horgen pertenece fundamentalmente a la cultura SOM de Francia.

Estos fenómenos se explican por una verdadera emigración de bandas de pastores piadosos, pero ávidos de tierra, que procedían de las tribus SOM, las cuales se establecieron y construyeron sus tumbas en las nuevas tierras de pasto. Pero los territorios así anexionados habían sido colonizados todos previamente por una o varias generaciones de agricultores neolíticos. El sur de Suecia y Dinamarca habían sido incluso invadidos por tribus de pastores y de guerreros, los cuales impusieron su cultura del hacha de combate a los agricultores que se habían establecido allí con anterioridad. En Bretaña y en Jersey los santos megalíticos se habían ya establecido entre los campesinos occidentales, mientras en el sur de Francia grupos de agricultores y de pastores habían ya adoptado una u otra versión de la fe megalítica. Los testimonios arqueológicos nos dejan en la incertidumbre sobre si los cruzados de la cultura SOM habían exterminado a las poblaciones precedentes, si las habían dominado como una aristocracia espiritual y militar, o si se habían fundido con ellas simplemente. Puede que esta última posibilidad sea la más verosímil; en todo caso, reaparece tal cantidad de elementos del utillaje nativo perteneciente a una cultura más antigua en las cistas de París, que su ajuar ilustra la existencia de una verdadera cultura mixta, aunque, en este caso, la economía pastoril, relacionada con la

cultura SOM, se había generalizado ya o bien había sido introducida por los pastores que habían llevado consigo la cultura de las hachas de combate.

Ya fuera en su aspecto pacífico o en su aspecto guerrero, la religión megalítica no hizo nada por favorecer los tipos de tradición que aquí consideramos como más característicamente europeos. En Portugal y en Francia, lugares donde la religión megalítica fue aceptada de manera más general y donde se mantuvo con más obstinación, no surgió ninguna industria local del bronce con anterioridad al 1000 antes de J. C. En Gran Bretaña sólo después que la aristocracia espiritual de los santos megalíticos hubiera sido substituida por la aristocracia militar del pueblo del vaso campaniforme, fue cuando los trabajadores del metal y los comerciantes empezaron a encontrar mercados locales para sus artículos, creando hacia el 1800 antes de J. C. una original y vigorosa industria del bronce insular. En el norte de Alemania, en Dinamarca y en Suecia fue entre los pastores de la cultura del hacha de combate más que entre los grupos de constructores de megalitos donde los artesanos encontrarían por fin patronos, después del año 1500. Esto no significa que la cultura megalítica no hubiera contribuido con aportaciones duraderas a la tradición europea. Por el contrario, sospecho que detrás de muchas de las supersticiones populares de Portugal, de Bretaña y de Irlanda, e incluso en las peculiaridades locales del cristianismo, perduran vestigios de las tradiciones megalíticas. Pero no es aquí el lugar, ni yo soy tampoco la persona indicada para ello, de intentar una valoración de la importancia que tuvieron estas tradiciones en la formación de la Europa moderna. Las tradiciones científicas y técnicas están menos sometidas a la controversia, siendo su valoración menos subjetiva.

II. *Los pastores guerreros en la Europa templada.*

Las tribus SOM son sólo uno de los diversos grupos de pastores guerreros que surgieron en la última fase del Neolítico por toda la Europa templada desde el Caspio hasta el mar del Norte. Ahora bien, como señalaba KRICHEVSKII³⁴, brillante prehistoriador ruso muerto prematuramente en el sitio de Leningrado, el método más productivo de explotar el suelo europeo con un utillaje neolítico habría sido realmente una economía que hubiera puesto todo su acento en la cría de ganado y en la caza. Al mismo tiempo, la cría de ganado, que concentran el poder económico en manos de los varones, se halla relacionada normalmente con un orden social patriarcal. El ganado, como forma de riqueza fácilmente movible, ofrece una presa importante para los que realizan correrías, constituyendo, por tanto, un estímulo material para luchas más serias y más frecuentes. Esta forma de riqueza, a diferencia de lo que sucede con la tierra, suele ser propiedad particular, constituyendo, además, un bien que se puede incrementar. Por último, las posibilidades de acumular riquezas gracias a la posesión de rebaños que se multiplican, junto con la necesidad que surge de poseer jefes para las guerras importantes, son factores que favorecen la desigualdad económica dentro de la sociedad y la supremacía de jefes investidos del poder económico. KRICHEVSKII señalaba que la aparición de tribus de pastores guerreros en la Europa del último Neolítico fue precisamente el resultado del desarrollo económico interno de sociedades neolíticas más antiguas y de la separación acaecida entre estas últimas y los grupos que habían sido los primeros en situar en el centro de la economía rural la cría de ganado como explotación más productiva.

En efecto, los vestigios arqueológicos de estas tribus de pastores y guerreros pudieron ser identificados por primera

vez en los bordes de las fértiles regiones arcillosas y cubiertas de loes, ocupadas originariamente por agricultores neolíticos, o en los terrenos arenosos y cubiertos de bosques que se encuentran situados entre estas fértiles regiones. Por ejemplo, en Jutlandia, los pastores de la cultura del hacha de combate aparecieron por primera vez en los brezales del interior, en tanto que los agricultores megalíticos cultivaban las tierras más ricas a lo largo de la costa. Entre el Elba y el Weser, y de nuevo en el Hondsrug en Holanda, los primeros túmulos del pueblo del hacha de combate parecen haber querido evitar la región poblada de tumbas megalíticas construidas por campesinos cuya economía rural estaba más basada en la agricultura. Una distribución parecida puede observarse en Turingia y más allá del Vístula, descendiendo hasta los bordes de las zonas de pastos, que estaban densamente pobladas por los agricultores de Tripolye. Por otra parte, se ha discutido el que todos o una parte de estos pastores hubieran sido nuevos emigrantes que hubieran invadido el centro y el noroeste de Europa viniendo desde las estepas pónticas o incluso desde el Asia central. Dejemos para más tarde una toma de posición entre la tesis de KRICHEVSKII y la de una nueva emigración, y examinemos las sociedades pastoriles tal como aparecen representadas en los testimonios arqueológicos. Además de la cultura SOM, ya descrita, y de la cultura, más localizada, de constructores de megalitos del sur de Francia; los pastores se hallan representados por dos o tres de los principales ciclos culturales: las culturas de las tumbas de ocre del sur de Rusia, las culturas de las hachas de combate del centro y norte de Europa, y los fabricantes de ánforas globulares de la Europa central y de Podolia⁸⁵. Todas estas culturas son sólo conocidas por sus tumbas; no se ha identificado ningún asentamiento regular, lo cual puede indicar un cierto grado de nomadismo por su parte. Pero el pastoreo de los rebaños en los bosques no implica la misma clase de nomadismo propio de las tribus de pastores de las estepas áridas del Asia Anterior, que encontramos tan vivamente

descrito en el Antiguo Testamento. Podemos establecer comparaciones más acertadas con las tribus nilóticas o del Africa oriental, como los Azandi del Sudán o los Banyakole de Tanganyika. En efecto, las únicas sociedades pastoriles neolíticas cuyas viviendas son conocidas debido a las circunstancias excepcionales del medio en que vivían, habitaban en agrupaciones de casas de piedra muy cómodas, habitadas de manera continua y reconstruidas tres veces o más en el mismo lugar en Rinyo y en Skara Brae en las Orcadas⁸⁶.

a) *La cultura pónica de las tumbas de ocre.*

En las estepas herbosas que se extienden desde el pie de la cordillera del Cáucaso y del bajo Volga, en los alrededores del Mar Negro, hasta el Dobrudja y hasta los pastos vecinos que se extienden al norte, las primeras sociedades productoras de alimentos que se conocen hasta ahora se hallan representadas por las agrupaciones de túmulos que cubren tumbas de pozo (yami en ruso), conteniendo esqueletos embadurnados de ocre rojo. Esta cultura que hallamos así ilustrada se denomina cultura de las tumbas de ocre⁸⁷; su proceso evolutivo fue rastreado por los arqueólogos rusos a través de tres fases principales: pónica antigua, media y reciente o Kuban (la expresión Kuban se refiere, en realidad, a una versión particular de la cultura de las tumbas de ocre, situada en las laderas norte del Cáucaso, donde la fase primitiva puede subdividirse en I y II).

Las agrupaciones de túmulos⁸⁷ debían corresponder a grupos de familias que apacentaban sus ganados y cultivaban el mijo en la misma extensión de estepa. El utillaje de las sociedades pastoriles del pónico antiguo seguía siendo totalmente neolítico, excepto en la cuenca del Kubán. Pero incluso aquí los únicos utensilios, armas y adornos habían sido todos ellos importados desde el otro lado de las montañas, y su posesión

estaba reservada a algunos grandes jefes. En las estepas situadas más al Norte se ha reconocido la existencia de jefes. Uno de ellos había sido enterrado cerca de Dniepropetrovsk en compañía de un carro de dos ruedas o carruaje cubierto conforme al ritual establecido para los primeros reyes sumerios. Las tumbas de otros dos jefes estaban cubiertas con estelas antropomórficas bastante toscas. El túmulo que cubría el sepulcro de un tercer jefe se apoyaba en un círculo de losas de piedra, esculpidas con motivos geométricos. Pero en la cuenca del Kubán, veinticuatro enormes túmulos parecen ser las tumbas de verdaderos reyes. El de Maikop (del primitivo Kubán I), por ejemplo, cubría una cámara de madera, la cual contenía los restos de dos servidores además del cuerpo del jefe. Este último se hallaba situado bajo un dosel adornado con figuras de toros y de leones en oro y en plata, junto con adornos de metal precioso y de piedras preciosas, con vasijas de piedra, de oro y de plata, y con armas de cobre puro. Estas últimas son de un tipo que se sabe que fueron fabricadas en la región Transcaspiana y en el nordeste del Irán⁸⁸, mientras que todos los demás objetos son artículos importados desde algún centro de Transcaucasia más civilizado.

De un modo u otro, las tribus que apacentaban sus hatos y sus rebaños a lo largo de los ríos que discurren hacia el Norte desde el Cáucaso metalífero habían conseguido obtener una participación en la riqueza de sociedades más prósperas, y en parte urbanas, que vivían al sur de la cordillera del Cáucaso. Puede que estas sociedades llevaran ya entonces sus rebaños a los pastos de verano de las altas montañas y que desde la transhumancia pasaran a realizar incursiones en otros territorios. Puede que los exploradores y los mineros, ya adiestrados en las aplicaciones de la ciencia en Mesopotamia y que dependían del mercado mesopotámico para su subsistencia, estuvieran ya explotando los minerales de Ciscaucasia y que tuvieran que atraerse a la población local por medio de regalos de valor. En ambos casos, los jefes tribales obtenían pro-

bablemente la mayor parte del botín o de los regalos, y gracias a éstos se independizaban económicamente de los otros miembros del clan, pudiendo así encumbrarse por encima de la sociedad, a imitación de los reyes divinos de la civilización oriental. Toda esta riqueza así adquirida no fue utilizada, en los tiempos del primitivo Kuban, para el desarrollo de la industria local del bronce, pero algunas técnicas y algunos inventos de los artesanos mesopotámicos —particularmente la rueda, relacionada de manera significativa con los funerales regios— fueron adoptados y aplicados localmente, siendo transmitidos a tribus emparentadas que habitaban en las estepas situadas más lejos en dirección Noroeste.

En el período siguiente del Kuban-pónico medio cesó la construcción de tumbas reales y también la importación de artículos orientales. Pero aunque la riqueza estaba menos concentrada, el excedente total era ahora lo bastante importante para el mantenimiento de una industria metalúrgica local. Los descendientes o los aprendices de los hipotéticos trabajadores del metal, que, confiando en la demanda mesopotámica, habían descubierto los minerales caucásicos, que explotaban para surtir el mercado mesopotámico, empezaron entonces a producir para el consumo local. La demanda local era, en efecto, lo bastante considerable como para estimular el descubrimiento y la explotación de aquellos minerales todavía más ricos de la comarca de los Urales, donde pronto se estableció una avanzada de la metalurgia caucásica. Los forjadores fabricaban utensilios y armas a imitación de modelos mesopotámicos, si bien adaptados a los gustos locales, y también fabricaban adornos muy originales, algunos de los cuales eran fundidos por el procedimiento de la cera perdida. No se ha identificado ninguna fragua ni ninguna tumba de forjador (tanto unas como otras son conocidas en la fase del Kuban reciente), de todo lo cual se infiere que el metal era probablemente distribuido y trabajado por mercaderes-artífices ambulantes, lo mismo que sucedía en la Edad del Bronce del centro de Europa. Al igual

que aquí, estos mercaderes o estos artesanos tenían a veces que enterrar sus artículos de comercio como tesoros escondidos, de los cuales han podido encontrarse dos. Sin embargo, incluso en las estepas del Norte, la distribución del metal fue lo bastante eficaz como para permitir el empleo de utensilios de cobre, incluso para trabajos rudos como la construcción de cámaras funerarias.

Hacia este período puede que el comercio con los egeos hubiera servido de compensación a la pérdida de los mercados transcaspianos y transcaucasionos. En una zona limitada de la antigua región de las tumbas de ocre, zona que se extendía a lo largo de las costas del Mar Negro desde Odessa hacia el Este, remontando el curso del Dnieper, el Donetz, el Don y el Manych y atravesando desde aquí el istmo hasta Daghestan, las antiguas tumbas de pozo (yamy) fueron sustituidas por un nuevo tipo de tumba, llamada por los rusos *catacumba*. Pero esta *catacumba* es sólo una cámara sepulcral a la que se entra a través de un pozo escalonado, es decir, eran tumbas subterráneas, semejantes a las que se estilaban en las Cícladas y en Eubea en los tiempos del primitivo egeo, pero que también se utilizaban en el Asia Anterior hasta la misma Asiria⁸⁹. Fue en esta misma época cuando aparecieron entre los pueblos dolicocefalos de las estepas los primeros craneos braquicefalos, lo mismo que había sucedido por todo el Mediterráneo en los albores de la Edad del Bronce. Pero en derredor del Mar Negro, algunos de estos pueblos alargaban artificialmente sus craneos por medio de un anillo, llegando a una deformación craneana que ya se había practicado en Chipre y en el norte de Siria, incluso con anterioridad al 3000 antes de J. C.⁹⁰. Verdaderamente parece como si las ideas y los habitantes del Egeo o del Mediterráneo oriental se hubieran infiltrado remontando los cursos de los ríos desde las costas del Mar Negro. ¿No habría quizá en estos lugares, en espera de ser descubiertas, factorías comerciales egeas, situadas en los mismos lugares en que los griegos fundarían sus colonias mil años más tarde?

Pero el único resto concreto de un comercio tal consiste en el descubrimiento, hecho por los arqueólogos, de un par de cuentas de pasta vítrea.

Al mismo tiempo, el empleo de cuerdas para la decoración de la cerámica del pónico medio y los hallazgos de hachas de combate en los sepulcros del Kuban medio revelan la existencia de relaciones ambiguas con los pastores guerreros de las regiones de los bosques situadas al Norte y al Noroeste. Un testimonio más preciso nos es proporcionado por la difusión de alfileres en forma de martillo, adorno característico de la cultura pónica y caucasiana, que estaba muy de moda al comienzo del período del Kuban medio. Versiones de esos alfileres, que se fabricaban en cada localidad, se encuentran, por un lado, en las tumbas reales de Alaca, en la Anatolia central, en el troyano II, en Lerna (Grecia), en el período del heládico medio, y por otra parte, cerca de Moscú, en tumbas de la cultura de las hachas de combate, y también en Sammland, al este del Báltico, así como en el centro de Alemania y en una tumba megalítica en Dinamarca. Una difusión tal muestra que los pastores pónicos podían servir al menos de intermediarios en la transmisión de ideas desde el Oriente civilizado hasta un Occidente que todavía permanecía dentro de la barbarie. Estos pueblos debieron de ser, por ejemplo, los que transmitieron desde las ciudades-estado de Mesopotamia a las sociedades tribales del último Neolítico de la Europa templada la invención de la rueda, las normas para su fabricación, e incluso la superstición según la cual los vehículos de ruedas debían ser enterrados en las tumbas reales.

Los pueblos de las estepas pónicas eran tan sólo la rama oriental de una serie ininterrumpida de sociedades pastoriles nómadas entre las que es posible probar la existencia de unas relaciones fructíferas, si bien se puede discutir sobre la dirección que tomaron estas corrientes. Se podría discutir⁹¹, por ejemplo, si los reyes enterrados en Alaca Höyük y en las tumbas de pozo de Micenas procedían de los pueblos de las

estepas y si fueron ellos quienes introdujeron las lenguas indoeuropeas, el hitita y el griego, en Anatolia y en Grecia, respectivamente. También se podría argumentar si los diversos pueblos del hacha de combate del norte y del noroeste de Europa, los cuales podrían ser los antepasados de los celtas, de los teutones y de los eslavos, descendían de las sociedades de las tumbas de ocre. Pero teniendo en cuenta el estado actual de las investigaciones arqueológicas realizadas en el sur de Rusia y en Ucrania, estos intercambios podrían muy bien haberse producido en sentido inverso.

b) *Los pueblos del hacha de combate.*

La expresión «hachas de combate» se aplica a cierto número de diferentes culturas y pueblos: «la cultura de las tumbas individuales» de Jutlandia, del norte de Alemania y de Holanda; la cultura de las hachas-barco o naviformes, en Suecia y al este del Báltico; la cultura de «Rzuczewo», en Sammland; la de «Fatyanovo», en la Rusia central; la del Dnieper medio; la de Galizia; la del Oder; la de «Sajonia-Turingia», en Bohemia; la del centro y sudoeste de Alemania, así como muchas otras. Para los arqueólogos, todas ellas muestran ciertas normas dentro de un comportamiento común, particularmente la práctica de depositar hachas de combate de hoja abierta en las tumbas de los varones, así como la práctica de adornar los objetos de cerámica con incisiones hechas con cuerdas; en las tumbas de niños de la cultura de Fatyanovo y de la cultura de las hachas naviformes se han encontrado juguetes que representaban hachas de combate hechas de arcilla. Pero las formas de las hachas de combate y de los objetos de cerámica varían de un grupo a otro. Lo mismo que el pueblo de las tumbas de ocre, estos diversos pueblos son conocidos casi exclusivamente por sus pequeñas necrópolis de túmulos: pueblo de las tumbas individuales, pueblo de Sajonia-Turingia, del medio

Dnieper —tumbas planas—, de las hachas naviformes, de Fatyanovo, del Oder. Una vez más se utilizaban los cementerios y, en el interior de los mismos, los túmulos para enterrar a individuos a través de varias generaciones. Como en el curso de todo este tiempo las costumbres cambiaron, es posible reconocer las fases cronológicas de la evolución de cada una de estas culturas. El carbono 14 da las fechas de 2500 y 2250 antes de J. C., respectivamente, para dos tumbas holandesas, cuya antigüedad relativa no ha sido posible determinar desgraciadamente.

Todos estos pueblos combinaban el cultivo de cereales con la caza y la cría de ganado. Todos ellos pueden ser considerados como gente que vivía bajo una organización patriarcal, tal como parece inferirse de los enterramientos, que se encuentran a veces acompañados de la práctica de sati. No se ha podido reconocer la existencia de jefes más que en la Rusia central, en Alemania occidental y en Suiza. Salvo en Ucrania, quizá, ninguno de estos grupos utilizaba el metal de manera regular; sus armas epónimas son imitaciones de hachas de cobre, a las que sustituyen. El pueblo de Fatyanovo, en el Volga, es el único del que se sabe con certeza que ha poseído vehículos de ruedas; las ruedas de arcilla con un carro de juguete estaban enterradas junto con el cuerpo de un niño del pueblo de Fatyanovo. En algunas tumbas de Fatyanovo, de Galizia y de Ucrania se encuentran huesos de caballo, aunque podrían haber pertenecido a animales no domesticados.

Parece que en las fases más primitivas de cada cultura, sus autores evitaban deliberadamente los territorios ocupados por los agricultores de Tripolye, la cultura danubiana o la de TRB y otras sociedades agrícolas; así, los túmulos de la fase primitiva de la cultura de las hachas de combate y varias hachas de combate de un tipo primitivo se hallan visiblemente ausentes de las regiones de Jutlandia, así como de la comarca que se extiende entre el Elba y el Weser, y también del Hondsrug, en Holanda, donde se encuentran concentradas las tumbas me-

galíticas. Posteriormente, estos pueblos se adentraron en territorios anteriormente ocupados por agricultores. En el norte de Europa se encuentran, en efecto, hachas de combate más tardías y objetos de cerámica de la cultura de las hachas de combate en tumbas colectivas, si bien acompañando sólo a los últimos cuerpos enterrados. Puede que los guerreros de las hachas de combate hubieran contraído matrimonio dentro de las antiguas familias megalíticas, obteniendo así el derecho a ser enterrados en el sepulcro familiar. Pero ya no construyeron nuevas tumbas megalíticas, ya que no adoptaron la ideología megalítica y reemplazaron a los jefes espirituales anteriores por otros jefes guerreros. De la misma manera, en Suiza, la sustitución de los asentamientos de SOM-Horgen por otros donde se ha encontrado cerámica de cuerdas y otros modelos propios de la cultura sajónica-turingia de las hachas de combate, simbolizaría la formación de una sociedad mixta, dominada por las tradiciones del pueblo del hacha de combate. En culturas más o menos mezcladas, cabe suponer que los componentes de la cultura de las hachas de combate constituirían una especie de aristocracia. En las comarcas en que la cultura intrusa reemplazó a la antigua, como sucedió al parecer en Dinamarca, no es posible descartar la exterminación de las poblaciones locales o su reducción a un estado de esclavitud.

Sólo la cultura de Usatova, en la costa occidental del Mar Negro, revela la existencia de una estructura social más estratificada, si bien, en este caso, las «clases superiores» podrían ser clasificadas exactamente igual como gentes pertenecientes a la cultura de las «tumbas de ocre» que a la cultura de las «hachas de combate». En Usatova, cerca de Odessa, tenemos la suerte de conocer las viviendas de los vivos, así como las tumbas de los muertos, y de estos últimos conocemos dos tipos de cementerio que ofrecen contrastes. En la economía rural, la agricultura conserva la vieja tradición de Tripolye, pero la cría de ganado adquiere una enorme importancia. Dentro de

la cría de ganado, el número de cerdos disminuye hasta una cantidad insignificante (2 por 100), mientras que el número de cabras o de ovejas y el de caballos aumenta proporcionalmente hasta un 48 y un 13 por 100 respectivamente; la cría de vacas contribuye también a mantener el equilibrio de la economía rural. En el terreno industrial, la cerámica cocida y pintada siguiendo la técnica de Tripolye compite con una cerámica de cuerdas de color oscuro. Las estatuillas de arcilla señalan la supervivencia del culto agrícola de la fertilidad a una diosa-madre, aunque ésta llegó a ser estilizada hasta tal punto que ni siquiera se puede reconocer su sexo. Los agricultores eran enterrados en simples fosas, acompañados, sin embargo, a veces, de armas y de adornos de metal. Sus señores procedentes de sociedades pastoriles eran enterrados bajo grandes túmulos sostenidos por una hilera de losas colocadas verticalmente, una de las cuales, por lo menos, había sido esculpida como una estela. Bajo cada túmulo, además del sepulcro central que contenía el cuerpo principal, unas extrañas fosas en el subsuelo contenían los restos de esclavos o de sirvientes, u ofrendas rituales: huesos de animales, una estatuilla, o una cabeza de toro estilizada. Algunas cuentas de ámbar o anillos de plata acompañaban a los cuerpos de los nobles, pero tanto los nobles como los plebeyos podían disponer de puñales y de hachas de cobre.

Usatova y algunas comunidades emparentadas, si bien menos conocidas, pudieron así producir y concentrar lo suficiente como para formar un mercado de metales y mantener a forjadores profesionales con residencia permanente, o ambulantes. Estas comunidades podrían haber obtenido metales, así como ámbar, de una manera casual en un tráfico a larga distancia, bastante hipotético, con Troya o con el Egeo, a través de rutas que no están señaladas por ningún testimonio arqueológico, las cuales iban desde los filones de mineral de Transilvania y de Eslovaquia, y de la costa de ámbar de Sammland, hasta factorías no identificadas situadas en el Mar Negro. Si

sus forjadores habían sido enseñados por los exploradores, que, como hemos supuesto, trabajaban estos filones, o si habían aprendido su oficio en el Egeo, el hecho es que no llegaron a dominar una técnica refinada. Lo mismo que sus colegas de Almería y del sur de Francia, no sabían nada sobre el fundido en moldes compuestos de dos valvas, sino que imitaban toscamente los modelos egeos utilizando el primitivo método del horno de reverbero. La escuela local de metalurgia del occidente pónico nunca superó este bajo nivel, siendo reemplazada después del 1500 antes de J. C. por representantes de la tradición centroeuropea y por productos húngaros. ¿Acaso los forjadores locales habían sido relegados a las clases inferiores en el momento en que comenzaba a producirse una división en clases de la sociedad de Usatova, viéndose así privados de toda iniciativa? O bien, ¿era que todo el comercio con el Egeo había sido desviado hacia la nueva ruta del Brenner?

En la medida en que los guerreros del pueblo del hacha de combate constituían una aristocracia debieron de haber ayudado a la concentración de un excedente, permitiendo así que surgiera una demanda efectiva de metal. Veremos en efecto que los jefes de la edad primitiva del Bronce, en Dinamarca y en grandes zonas de la Europa central, que eran los mejores patronos de los forjadores locales, pueden ser considerados como los descendientes de grupos locales del pueblo de las hachas de combate, aunque la filiación sea en cada caso bastante problemática e indirecta. No cabe duda que los pastores de la cultura de las hachas de combate fueron los protagonistas de una organización social basada en el patriarcado. Pero, una vez más, las comunidades de Baden, de TRB, y es probable que incluso las SOM, se basaran también en un orden social patriarcal. Los contactos, ya fueran pacíficos u hostiles, se multiplicaron sin duda a causa de la relativa movilidad de las tribus de pastores, acelerando así la difusión de las ideas. La distribución de alfileres pónicos en forma de martillo en

Dinamarca, en Alemania central y en Sammland ilustra concretamente esta deducción. Pero hasta que los pastores guerreros del pueblo del hacha de combate no se hubieron unido a los comerciantes guerreros del pueblo del vaso campaniforme, no llegaron a ser agentes eficaces de la difusión de ideas que contribuyeran al progreso.

(III) *Los comerciantes guerreros de la cultura del vaso campaniforme*

El último de los grupos guerreros que aparece en los testimonios arqueológicos de la Europa occidental y central desempeñó un papel mucho más constructivo que los grupos mencionados hasta ahora. En efecto, aunque viajaban de prisa y lejos en pequeñas bandas bien armadas, no sólo tenían por objetivo los pastos y las tierras cultivables, sino también las materias primas necesarias para el comercio y la industria, yendo acompañados de forjadores. Son conocidos también casi exclusivamente por sus tumbas, y se les identifica más fácilmente por un vaso de arcilla de una técnica, de una forma y de una decoración características, llamado tradicionalmente «vaso campaniforme», por lo que son conocidos familiarmente como pueblo del vaso campaniforme. Pero su personalidad arqueológica no sólo se expresa en las particularidades de su cerámica funeraria y doméstica. Por todas partes donde se encuentran incluían a individuos de un tipo físico también característico que era braquicéfalo (cráneos plano-occipitales según la expresión técnica), de manera que resulta lícito hablar de una raza del vaso campaniforme. Sus tumbas están provistas por todas partes de armas que también son características: utillaje de arquero y cuchillos-puñales de lengüeta.

Sus cuerpos, y su cerámica y sus armas características, se encuentran en fosas, agrupadas a veces en pequeñas necrópolis, en la Alta Italia, a lo largo del Danubio, desde

Budapest, a través de Aüstria, hasta Baviera, y después, a través de Moravia y de Bohemia hasta el curso superior del Vístula y del Oder, y desde aquí, atravesando toda la Alemania central y occidental, hasta Bélgica y Holanda. El pueblo del vaso campaniforme se extendía también en gran número por Europa occidental, aunque aquí sus gentes eran enterradas normalmente en tumbas colectivas, si bien en ningún caso habían sido ellos los constructores de estas tumbas. Los vasos campaniformes son muy corrientes en las cámaras funerarias en derredor del estuario del Tajo y en las tumbas megalíticas más tardías de Portugal y del occidente de España. En el resto de España se encuentran también bastante diseminados; así, se descubrieron vasos campaniformes en tres o cuatro tumbas tholoi en los Millares y en varias necrópolis de Almería. Se han encontrado en cantidad en las tumbas excavadas en la roca de Cerdeña, y hay incluso algunos procedentes de Sicilia y hasta de una cueva en la costa africana del estrecho de Gibraltar. Los vasos campaniformes son muy comunes en toda clase de tumbas colectivas y de cuevas sepulcrales en la zona de los Pirineos y en el sur de Francia. En Bretaña y en las islas del canal de la Mancha existe también otro grupo importante, así como también en las primeras tumbas megalíticas de corredor y en las cistas París, si bien en las tumbas de este último tipo sólo se han encontrado dos.

Algunos de estos vasos campaniformes conservan por todos estos lugares tan alejados unos de otros el mismo modelo tipo —el del vaso campaniforme paneuropeo—, con una fidelidad tal, que no es posible que un largo intervalo de tiempo haya separado la llegada del pueblo del vaso campaniforme a cada centro. Pero algunas veces, no obstante, se asentaron mezclándose en cierto modo con las poblaciones locales y adoptando algunas de sus normas de conducta. La consecuencia arqueológica más evidente es, en primer lugar, la formación de estilos locales en la fabricación del vaso campaniforme, y después, la asimilación del vaso campaniforme a las modas locales de la

cerámica, lo cual simboliza la formación de culturas mixtas. Un grupo de gentes pertenecientes al pueblo del vaso campaniforme, que llevaba consigo un estilo local renano, invadió las islas británicas, fundando allí una Edad del Bronce. Pero este grupo designado como B 1 fue seguido por otros grupos (designados B 2, C y A) de culturas mixtas, como se verá más adelante.

En todos los lugares adonde se dirigió, el pueblo del vaso campaniforme utilizaba el cobre, si bien de manera restringida, lo cual parece indicar que el mecanismo que empleaba para la distribución del cobre debía de ser bastante ineficaz. En sus tumbas también se encuentran adornos de oro, de ámbar y de calaíta, mientras que las mayores concentraciones de gentes de este pueblo están significativamente situadas cerca de las rutas comerciales naturales. El pueblo del vaso campaniforme estaba formado, pues, por comerciantes, y las correrías que hacían eran, hasta cierto punto, expediciones comerciales. Existen bases sólidas para pensar que el pueblo del vaso campaniforme cruzó los Alpes por el paso del Brenner, abriendo así lo que llegaría a ser la ruta comercial más importante entre la Europa central y el mundo mediterráneo. Los forjadores, maestros en la técnica del fundido, aunque es probable que no utilizaran el molde compuesto de dos valvas, no cabe duda que viajaban en compañía de estos grupos; la relación de un molde de piedra con un vaso campaniforme en una tumba de Moravia califica a ésta como la sepultura de artesano más antigua que se conoce en Europa. No es fácil que algunas de estas gentes del vaso campaniforme poseyeran los conocimientos geológicos y químicos necesarios para iniciar las operaciones de extracción y de fundido. Es bastante seguro que ellos mismos no podían producir el excedente necesario para el establecimiento de una industria metalúrgica, y que ni en el Mediterráneo occidental ni entre las tribus bárbaras de la Europa templada pudieron encontrar un mercado seguro y eficaz que pudiera justificar la creación de un meca-

nismo para la extracción y distribución regulares del metal.

La mayor parte de las autoridades en la materia creen que el pueblo del vaso campaniforme, tal como lo conocemos, tuvo su origen en la Península Ibérica, lo más probable en la zona del estuario del Tajo en Portugal. Por otra parte, existen algunos argumentos plausibles según los cuales el pueblo del vaso campaniforme tendría su origen en la Europa central, en Checoslovaquia o en la Europa occidental, si bien también se ha apuntado la posibilidad de un origen africano. Las técnicas metalúrgicas difundidas por el pueblo del vaso campaniforme procedían, desde luego, del Mediterráneo oriental: sus puñales estaban montados siguiendo un método que era característico de Egipto desde los tiempos predinásticos⁹², aunque sus productos eran inferiores, en todos los aspectos, a los modelos del primitivo Egeo y del Oriente. Se cree que el tipo físico más notable representado por el pueblo del vaso campaniforme procede también del Mediterráneo oriental; se encuentra también representado en el primitivo cementerio cerca de Paestum, en Italia. (Ver cap. 8, apartado 2). Podríamos, en este caso, pensar que esta raza habría participado en la colonización marítima que hemos postulado en el último capítulo, y que en Portugal este elemento comercial se disgregó del resto de los agricultores colonos para formar una especie de sociedad nómada.

En todo caso hay que suponer que el pueblo del vaso campaniforme sustituyó a la aristocracia espiritual de los constructores de megalitos, ya que llegaron a conseguir el privilegio de ser enterrados en las tumbas megalíticas. En el sur de Francia y en la zona de los Pirineos, la nueva clase dominante fue absorbida totalmente; la vieja ideología siguió encontrando expresión en la construcción de tumbas megalíticas y no hubo una nueva expansión de la metalurgia ni del comercio. En el resto de la Península, el pueblo del vaso campaniforme —o por lo menos sus vasos campaniformes— se extinguieron, así como la práctica del enterramiento colectivo, surgiendo nuevos grupos. También en Bretaña el pueblo del vaso

campaniforme sustituyó a la antigua aristocracia, si bien adoptó su ideología y no logró transformar su economía en una economía del mismo tipo que las de la Edad del Bronce⁹³. Los escasos elementos del pueblo del vaso campaniforme que llegaron al valle de París fueron enteramente absorbidos por las sociedades SOM, sin dejar huellas de su presencia, con excepción de dos vasos campaniformes. En la Europa central surgieron sociedades mixtas en las que no es posible precisar con certeza la posición que ocupaban en ellas las gentes del vaso campaniforme. A lo largo del Danubio y en el curso superior del Elba, las tradiciones del vaso campaniforme estaban mezcladas con las de Baden, las de Bodrogkeresztur y con las de comunidades TRB, y algunas veces también con las de los pueblos del hacha de combate. En Alemania central y occidental, el pueblo del vaso campaniforme estaba fundido con diferentes grupos del pueblo de las hachas de combate; tomaron de estos últimos sus hachas de combate y la práctica del enterramiento bajo túmulos, conservando, en realidad, poco más que los motivos decorativos de sus vasos campaniformes. Incluso estos últimos semejan más en la técnica a la cerámica de la cultura de las hachas de combate, si bien están decorados conforme al estilo de la cerámica del vaso campaniforme; puede que estos vasos campaniformes hubieran sido hechos por mujeres del pueblo de las hachas de combate casadas con hombres del pueblo del vaso campaniforme.

Grupos procedentes de estas sociedades mixtas cruzaron el Mar del Norte (lo mismo que el pueblo del vaso campaniforme B2 y C), extendiéndose desde las costas orientales de Gran Bretaña a través de toda la isla, y por último, desde los estuarios del Severn y del Clyde hasta Irlanda. Estos recién llegados, junto con los invasores anteriores (B 1), sustituyeron a la aristocracia de los santos megalíticos, suprimiendo su religión. A veces, sin duda, un jefe del pueblo del vaso campaniforme consagraba su victoria desposando a una hija de la antigua casa reinante, con lo cual terminaba por ser enterrado

en el sepulcro familiar. Pero ya no se construyeron nuevas tumbas megalíticas, y el enterramiento individual, generalmente bajo túmulos circulares, reemplazó al enterramiento colectivo. Como lugares de culto, en vez de los monumentos funerarios, construyeron recintos sagrados, rodeados de una hilera de grandes piedras colocadas verticalmente o de un foso y un banco. Pero estos pueblos asimilaron antiguas concepciones indígenas, que eran sólo versiones de los «monumentos henge», descritos en el capítulo 5. En efecto, los diversos grupos intrusos pertenecientes al pueblo del vaso campaniforme no pudieron formar sino una clase dominante muy débil, siendo por último absorbidos por la antigua población neolítica. Antes de que esto se produjera, revolucionaron la economía de las islas. No sólo habían estimulado la cría de ganado frente a la agricultura, sino que también fomentaron el cultivo de un cereal más duro, como la cebada, de preferencia al trigo. Alentaron, por lo menos, la explotación del estaño de Cornualles, del mineral de cobre de Irlanda y de las tierras altas británicas, así como del oro irlandés. Conservaron también cierto tipo de relaciones comerciales con sus puntos de partida continentales. Fue así como la Edad del Bronce empezó realmente en Gran Bretaña bajo los auspicios del pueblo del vaso campaniforme, aunque siempre dependiera del excedente del Mediterráneo oriental. Efectivamente, en la época en que el pueblo del vaso campaniforme C se dirigió a Gran Bretaña, el mercado del Oriente mediterráneo se puso al alcance de los productores centroeuropeos gracias al descubrimiento de la ruta del Brenner. Pero puede que los exploradores, los mineros, los fundidores y los forjadores hubieran ya llegado a Gran Bretaña e Irlanda a través de vías marítimas atlánticas, en las naves de los santos de la religión megalítica.

9 LA FUNDACION DE UNA CIVILIZACION EUROPEA

Es muy probable que los exploradores orientales o del primitivo egeo hubieran descubierto las riquezas metalíferas de la Europa central y occidental con anterioridad al 2000 antes de J. C. Aquí, desde el final del Neolítico medio, la competencia surgida a causa de la búsqueda de tierras fácilmente cultivables y los desplazamientos, en el último Neolítico, de las tribus pastoriles, debido a los combates cada vez más graves, fueron factores que pusieron de manifiesto la deficiencia de las armas de piedra, estimulando el deseo de sustituirlas por otras armas más eficaces de metal. Cierta concentración de las riquezas en manos de los jefes de guerra locales y en las de los ganaderos más prósperos, crearía, tan pronto como se llegó a disponer de suministros, un mercado potencialmente eficaz para los utensilios de metal, si bien todavía insuficiente para estimular la fuerza de trabajo necesaria para correr los riesgos que llevaba consigo la extracción y la distribución. Este estímulo suficiente fue proporcionado por el mercado egeo, que se hallaba muy próximo, en el momento en que los minoicos de Creta y posteriormente los micénicos de la Grecia continental, hubieron acumulado y concentrado riquezas suficientes para crear su propia civilización urbana. Todo ello lo realizaron sólo mediante nuevas absorciones del excedente oriental, del que se disponía debido a una creciente concentración de las riquezas de Egipto y de Mesopotamia.

Hacia el 2000 antes de J. C., Egipto se elevó a nuevas cimas

de poder y riqueza en el Imperio Medio, después de una era oscura de anarquía que duró un par de siglos. Una segunda edad oscura, originada por la dominación extranjera, redujo temporalmente su poder adquisitivo desde, digamos, el 1700 al 1580 antes de J. C. Pero después de esta fecha, el valle del Nilo fue reunificado bajo el cetro de los faraones egipcios, que emprendieron afortunadas campañas de conquista en el Asia Anterior, anexionando a Palestina y a Siria a su nuevo imperio. Como resultado, el botín en el que participaban los oficiales subalternos y los simples soldados rasos, así como el tributo pagado por los Estados vencidos, engrosaron los recursos nacionales, creando en el Nilo una demanda sin precedentes de artículos importados. Hacia la misma época, los reyes de Ur, entre el 2000 y el 1900 aproximadamente, y después Hammurabi, en el 1700 antes de J. C., unificaron Mesopotamia, haciendo de Ur y de Babilonia, respectivamente, capitales imperiales, enriquecidas, una vez más, por el pillaje y los tributos. Y entre los imperios de Ur y de Babilonia fue lograda una posición casi imperial por Mari, situada en el Eufrates medio, desde donde conduce a las costas del Levante una ruta accesible a las caravanas. Desde luego, el botín y la conquista no constituyen ningún incremento absoluto de la riqueza real, pero sí aportan un aumento absoluto del poder adquisitivo, ya que para los conquistadores y saqueadores este producto representa un excedente neto.

Puede muy bien que fuera a través del acceso exclusivo a los mercados egipcio y mesopotámico, así constituidos, como los jefes de la Creta central, que ya hemos mencionado, pudieron elevarse a la categoría regia. No cabe duda que los rasgos arquitectónicos de sus palacios de Knossos y de Mallia, de Faestos y de Hagia Triada⁹⁴ parecen más propios de un templo que de un palacio, como si los reyes fueran allí adorados lo mismo que dioses o, por lo menos, venerados como los únicos intermediarios entre sus vasallos, y los poderes divinos. Sin embargo, bajo sus suelos rituales, los almacenes surtidos de

enormes tinajas, llenas en otro tiempo de vino o de aceite, y los talleres, recuerdan más las fábricas de príncipes mercaderes. Es evidente que en el 1800 antes de J. C. los productos elaborados en los talleres de los palacios cretenses eran exportados a Egipto y el Levante. La base económica sobre la que se apoyaba la autoridad de un rey minoico sería, en este caso, el control monopolista del comercio ultramarino con Egipto y el Asia Anterior. Los beneficios de este comercio consistían, naturalmente, en una participación en el excedente oriental. Estos beneficios, como tales, no sólo servían como capital para la expansión de una agricultura especializada y para el mantenimiento de oficios profesionales, sino que también contribuirían a independizar a aquellos que obtenían estos beneficios de los regalos y ofrendas que los jefes bárbaros reciben tradicionalmente de sus súbditos.

En todo caso, los reyes minoicos disponían de unos excedentes lo bastante grandes como para que los artesanos especializados —alfareros, pintores de frescos, orfebres— procedentes de Egipto o del Asia Anterior se establecieran en sus cortes para enseñar a aprendices cretenses y para fundar escuelas minoicas de artesanos. Los maestros, venidos de otros lugares, y sus discípulos podían elegir en la isla a sus patronos; efectivamente, por muy uniforme que pueda aparecer la civilización del minoico medio, esta uniformidad no correspondía, al parecer, a una unidad política. Puede que Knossos hubiera poseído una cierta hegemonía, pero, salvo el período que va del 1450 al 1400 antes de J. C., es difícil que fuera la única capital de la isla. Los «sacerdotes-reyes» minoicos demostraron ser patronos excepcionalmente inteligentes y comprensivos. En Creta, la nueva clase de artesanos especializados desplegó una iniciativa y una sensibilidad artísticas de las que carecían sus contemporáneos orientales. Esto se halla ilustrado de manera más notable en la industria de la cerámica. En general, los cacharros fabricados a torno son estéticamente inferiores a las vasijas hechas a mano, a las que reemplazaron; los objetos

fabricados a torno suelen carecer de gracia en la forma, así como de una variedad de buen gusto en la decoración, que son los que dan tanto encanto a los productos más antiguos, dotados de una mayor personalidad. En el Oriente, los alfareros profesionales, aunque creados por la revolución urbana, habían sido relegados a las clases inferiores de la sociedad. En realidad, la mayor parte de su clientela procedía de su misma clase, ya que la clase dominante utilizaba vasijas de metal o de piedra. Pero en Creta, los artesanos profesionales llegaron como exponentes acreditados de un nuevo arte y en una época en que los nuevos sacerdotes-reyes no eran todavía lo bastante ricos para utilizar objetos de barro en sus mesas. Por tanto, fabricaron vasos delicados y hermosos, propios para aparecer en una mesa real. La cerámica del minoico medio era tan refinada y tan sumamente apreciada, incluso en el lujoso Egipto, que un vaso cretense se consideraba digno de figurar entre los tesoros funerarios enterrados en la tumba de un alto noble egipcio.

Lo que resulta tan evidente en relación con el oficio de alfarero, podría demostrarse exactamente igual con respecto al trabajo del metal y a los armamentos. Los artesanos del minoico medio perfeccionaron de una manera original las tradiciones de los armeros orientales y del primitivo Egeo. Podría mencionar aquí los largos estoques, representados por un arma real encontrada en el palacio de Mallia, que excede en longitud y supera a los estoques más largos que se conocen procedentes de tumbas asiáticas o egipcias. Incluso es posible que los forjadores minoicos hubieran inventado la técnica de la fundición del núcleo; las puntas de lanza, provistas de casquillos plegados, fueron sin duda sustituidas por otras puntas provistas de un casquillo fundido, aunque puede que esta técnica hubiera sido inventada y aplicada, por primera vez, en Siria, desde donde habría sido transmitida a Creta. Para tratar de los numerosos asuntos seculares, en los palacios se mantenía a escribas profesionales, quienes inventaron sistemas convencionales para

llevar registros y cuentas. Al principio eran caracteres jero-glíficos, y más adelante, una escritura cursiva, la «lineal A»⁹⁵, trazada en barro.

Los palacios minoicos fueron destruidos más de una vez para ser reconstruidos generalmente en una escala mayor. Algunas de estas catástrofes pueden atribuirse a los terremotos, a los que Creta se halla particularmente expuesta. Pero la destrucción de Knossos hacia el 1450 antes de J. C. —a finales del minoico reciente I— parece haber entrañado un cambio de dinastía. Los nuevos soberanos, entre los que puede que se contara el Minos de la leyenda griega más tardía, introdujeron una nueva versión de la escritura cursiva minoica —la llamada lineal B— yue se utilizó también en el continente griego, en Micenas, en Pilos y en Tebas. Puede que estos soberanos introdujeran también una nueva lengua —el griego indoeuropeo—, ya que los textos del lineal B han sido interpretados como una especie de griego arcaico⁹⁶, aunque su desciframiento no sea admitido universalmente. Minos, de ser éste el nombre del nuevo dinasta, habría sido, en este caso, un invasor procedente de la Grecia continental. En cualquier caso, parece que estableció una especie de mando imperial sobre el resto de la isla, ayudado quizá por mercenarios africanos⁹⁷. Este «imperio» tuvo corta vida. Hacia el 1400 antes de J. C., el palacio de Knossos fue saqueado por última vez para no volver a ser reconstruido nunca más. La hegemonía económica y política del Egeo pasó a la Grecia micénica.

Se recordará (p. 132) que en Grecia, invasores guerreros, es decir, los «minoicos», al comienzo de la edad heládica media, hacia el 1800 antes de J. C., habían assolado y habían vuelto a ocupar las ciudades del heládico antiguo. Posteriormente, algunos jefes de guerra locales se encumbraron al rango real; las «tumbas reales» y los frescos de los palacios revelan los contrastes inequívocos que existían entre los reyes y sus subalternos y vasallos. Esta realeza surgió primero en Micenas⁹⁸, que era un centro estratégicamente situado para controlar una ruta

de vital importancia que iba desde el sur del Egeo al golfo de Corinto, y lo mismo del Oeste al Norte. Dos círculos de tumbas de pozo representan quizá los cementerios reales de dos casas paralelas y contemporáneas. Ambos cementerios se hallaban rodeados de círculos de losas verticales. Algunas de las tumbas de pozo estaban coronadas de estelas esculpidas o de lápidas sepulcrales representando al rey en un carro tirado por un caballo marchando sobre un enemigo caído, o bien cazando un león. Las tumbas se hallaban repletas de armas de bronce, entre las que figuraban enormes estoques, adornos y vasijas de metales preciosos, piedras preciosas talladas, cuentas de piedras semi-preciosas y de ámbar y cacharros fabricados con torno. No cabe duda que muchos de estos objetos habrían sido fabricados por artesanos y artistas minoicos, si bien éstos debieron de trabajar algunas veces en el mismo Micenas y no en Creta. Parece más bien como si las riquezas y el poder económico de los reyes de las tumbas de pozo procedieran de incursiones victoriosas llevadas a cabo en los palacios cretenses⁹⁹; parte de sus tesoros sería producto del botín, otra sería obras de artesanos minoicos que habrían sido hechos cautivos o que se habrían sentido atraídos por el botín de los conquistadores. Los reyes de las tumbas de pozo habrían anexionado así por la fuerza y la violencia una parte del excedente oriental, del que se habrían apropiado los sacerdotes-reyes minoicos.

Se cree que los cementerios de tumbas de pozo de Micenas fueron utilizados desde el 1600 antes de J. C. o un poco antes, hasta por lo menos el 1450 antes de J. C. Pero después de 1500 empezó la construcción de tumbas también reales de un tipo bastante diferente —los tholoi— en varios lugares del Peloponeso, del centro de Grecia y de Tesalia, y, por último, también en la misma Micenas. Aquí, los tholoi, nueve en total, habrían podido indicar el ascenso a la realeza de una nueva dinastía que hubiera destronado a los reyes de las tumbas de pozo, exactamente lo mismo que los Pelópidas sustituyeron

a los Perseidas, según la tradición heroica griega. Los tholoi micénicos son grandes tumbas de cúpula, de planta circular, muy bien construidas, que se alzan bajo un túmulo de piedras o en un entrante en la ladera de una colina, desde donde sólo sobresalía el vértice cubierto de un bajo montículo artificial; en ambos casos, un pasadizo amurallado, aunque sin techo, daba acceso a la cámara funeraria³⁷. Así, estos tholoi parecen versiones ampliadas de las tumbas colectivas del Mediterráneo occidental y de la Europa atlántica, si bien, a diferencia de estas últimas, no parece que hayan servido nunca de sepulcros familiares sino para el entierro de un solo rey¹⁰⁰, acompañado a veces del cuerpo de la reina y de uno o dos hijos jóvenes. Los plebeyos eran enterrados en cámaras funerarias excavadas en la roca, que constituían auténticos sepulcros familiares, utilizados en sucesivos enterramientos a lo largo de varias generaciones. Los tholoi que excepcionalmente fueron encontrados intactos contenían un ajuar tan suntuoso como el de las tumbas de pozo más antiguas. El ajuar de las tumbas corrientes excavadas en la roca, aunque menos suntuoso, era también de una riqueza notable; abunda el ajuar de metal, a pesar de que se conserva poco oro o plata. (Puede que los oficiantes de los enterramientos posteriores hubieran robado las joyas que acompañaban los primeros enterramientos.)

Los tholoi se encuentran aislados o agrupados en pequeños cementerios —los nueve de Micenas forman el grupo mayor que se conoce— y la mayoría se encuentran en los mismos lugares donde estaban las localidades de los héroes legendarios. Muchos de ellos están situados de manera significativa en las cabeceras de golfos situados frente al mar —como, por ejemplo, el golfo de Volo, en Tesalia— o cerca de puertos situados en las rutas marítimas, como sucede a lo largo de la costa occidental del Peloponeso, de manera que sus emplazamientos se hallaban particularmente expuestos a la penetración minoica, al tiempo que estaban bien situados para servir de base a

las incursiones marítimas contra Creta. Las tumbas constituyen nuestra mejor guía para valorar la extensión de la civilización micénica. Los lugares domésticos se conocen de manera menos exhaustiva.

La misma Micenas⁹⁸ era apenas una ciudad. Se trataba más bien de una ciudadela sólidamente fortificada que ocupaba casi cuatro hectáreas y media y que contenía el palacio real y las moradas de los funcionarios y servidores. Alrededor de la ciudadela se agrupaban varios poblados, cada uno de ellos con su cementerio de cámaras funerarias. No hay duda que existían verdaderas ciudades, pero sus emplazamientos, como los de Argos y de Tebas, se hallan sobrecargados de edificios clásicos y modernos, por lo que su importancia debe inferirse por el tamaño de los cementerios anejos y por algunos fragmentos que se han encontrado en edificios tales como el palacio de Tebas. Aunque se han excavado o examinado bastantes ciudadelas y algunos poblados abiertos, no ha salido a la luz nada que se parezca a un templo, a pesar de que los templos son los monumentos más grandiosos y mejor conocidos del período histórico griego.

El utillaje, el armamento y las modas en el vestir micénicos corresponden tan bien a las que describe Homero, que los testimonios proporcionados por la épica pueden servir para completar los datos arqueológicos relativos a las condiciones políticas y sociales. En la *Iliada*, Grecia está gobernada por numerosos «reyes nacidos de los dioses» (*diogenoi basileus*), los cuales es de suponer que son los personajes enterrados en los *tholoi*. Todos ellos reconocen la supremacía de Agamenón de Micenas —ciudad ésta que es arqueológicamente el centro más rico de Grecia en la Edad del Bronce— sin estar realmente sometidos a él. Agamenón es nombrado significativamente «rey de hombres» y nunca «rey de reyes», como habría sucedido si se tratara de un monarca oriental. A pesar de sus pretensiones de un origen divino, estos «reyes» no se elevaron nunca sobre la sociedad a las mismas cimas de poder que un

déspota oriental. Odiseo de Itaca era sin duda el capitán y el timonel de su nave, y los miembros de la tripulación eran sus «compañeros» y no sus siervos ni mercenarios. De acuerdo con aquellos que los han descifrado¹⁰¹, los textos del lineal B mencionan dos categorías de personas por debajo de la del rey: los que poseen individualmente tierras concedidas por el rey a cambio de la prestación del servicio militar («nobles»), y aldeanos que poseen el usufructo de parcelas en las tierras comunales sujetas a redistribución. Los «nobles» eran enterrados en tumbas de cámara funeraria que contienen abundancia de armas. ¿Eran enterrados los aldeanos en este mismo tipo de tumba?¹⁰² No ha sido posible identificar ningún otro tipo de tumba corriente. Palmer¹⁰³ ha sostenido que los artesanos pertenecían a una categoría inferior, y en algunos textos se pretende que los artesanos son mencionados en calidad de agricultores, como si no fueran artesanos especializados dedicados exclusivamente a su oficio. Pero en la página 131 hemos citado pasajes homéricos que indicaban la libre movilidad de los artesanos, lo cual es incompatible con cualquier suposición de que estuvieran ligados a la tierra, como podrían estarlo los campesinos. En realidad, la situación de los artesanos debería ser, por lo menos, tan afortunada como en los primeros tiempos egeos.

En Grecia y en Creta, la revolución urbana no creó un solo estado capaz de coartar la libertad de movimiento de las personas. Esta revolución había creado un cierto número de reyezuelos virtualmente independientes, lo bastante ricos cada uno de ellos para ser patronos generosos. Y, aunque «nacidos de dioses», eran hombres prácticos, no sólo aptos para combatir en la guerra, sino también capaces en tiempos de paz de colaborar en trabajos manuales como la construcción de los barcos. Los reyes no eran tampoco los únicos posibles clientes de los artesanos. Los ajuares de las tumbas excavadas en la roca revelan la existencia de una importante y próspera clase media, cuyos miembros adquirirían sin duda los productos de los arte-

sanos. Por último, el gran número de cortes y de ciudades independientes, muchas de las cuales estaban tan próximas las unas a las otras que la distancia entre ellas podía ser recorrida con un simple paseo a pie, habrían podido engendrar fácilmente una competencia en relación con los servicios de un artesano hábil. Los artesanos micénicos, estimulados por el acceso a tantos mercados de un valor tal, desplegaron la misma clase de originalidad y de capacidad de invención que sus antepasados minoicos. Aunque las industrias micénicas posteriores al 1400 antes de J. C. son estéticamente inferiores a los productos minoicos de fecha anterior, no por ello se detuvo el progreso técnico.

No cabe duda que los micénicos, y es probable que también los minoicos, se habían asegurado una participación en el excedente oriental, en parte mediante la simple rapiña. «Saqueador de ciudades» era un título honorífico aplicado a los héroes homéricos. La *Ilíada* menciona de paso el pillaje de las ciudades costeras del Asia Menor. La *Odissea*¹⁰⁴ hace un relato circunstancial de una incursión pirata en el delta egipcio, relato que aunque se sabe que es ficticio, pretendía resultar algo plausible; adviértase que el botín codiciado consistía en productos alimenticios y en esclavos, pero no en tesoros. Es posible que los mercenarios que servían en los ejércitos egipcios o hititas hubieran llevado también a Grecia cierta riqueza oriental. Pero la mayor parte de esta riqueza se obtenía por medio de un comercio legal de acuerdo con las normas del primitivo egeo o del minoico. Chipre, la isla del cobre, se convirtió en una colonia micénica, junto con Rodas y otras islas egeas. En las costas del Levante, en Ugarit (Ras Shamra)¹⁰⁵, el mejor puerto para las comunicaciones con Mesopotamia, se estableció una factoría, primero minoica (1500-1400 antes de J. C.), y después, micénica. En Colofón, parece que también se instaló cierto tipo de colonia. A Egipto, Palestina y Siria se importaban enormes cantidades de vasos, sobre todo entre el 1400 y el 1300 antes de J. C. Estos vasos llegaban llenos de vinos, de aceite y

de ungüentos, y constituyen los únicos documentos arqueológicos que se conservan relativos a un comercio muy importante de materias orgánicas perecederas y de objetos fabricados. Pero ya en el 1800 antes de J. C., los tejidos cretenses son mencionados en los textos procedentes de Mari, en el Eufrates. Los barcos que transportaban estas mercancías miceno-minoicas y los mercaderes que disponían de ellas en los mercados orientales eran también micénicos. Así, todos los beneficios de este comercio fueron a enriquecer la economía micénica y a aumentar incluso las reservas de alimentos, ya que una parte de los productos del comercio y de los obtenidos por las incursiones, debieron de consistir en productos alimenticios.

No obstante, no todas las mercancías transportadas en las naves minoicas y vendidas por mercaderes micénicos en los mercados orientales fueron solamente productos de Grecia y de Chipre. Es seguro que los micénicos importaban de la Europa bárbara materias primas, particularmente estaño, que volvían a exportar con beneficio al Oriente y de las que se servían también para abastecer sus propias industrias domésticas y de armamento. Respecto al ámbar³⁷, era ya muy apreciado por los reyes de las tumbas de pozo, que lo alababan por sus virtudes mágicas. La codicia supersticiosa que en ellos despertaba fue heredada por los reyes de los tholoi, por los vasallos más prósperos del rey que vivían en el continente griego y en Creta. El ámbar, naturalmente, procedía del Báltico, aunque parte de él parece que llegó indirectamente a través de Gran Bretaña y ya en estado de elaboración. En dos tumbas de pozo de Micenas y en un tholos de la costa occidental se encontraron collares de cuentas de ámbar en forma de creciente con espacios curiosamente perforados. Ahora bien, los collares de este tipo en forma creciente se estilaban mucho en las islas británicas. Asimismo, un disco de ámbar recubierto de oro encontrado en una tumba de Knossos es igual que seis discos semejantes procedentes de los túmulos de Wiltshire. Por consiguiente, tanto los collares como el disco pueden acep-

tarse como objetos importados, fabricados en Gran Bretaña. Por otra parte, en más de treinta y cinco enterramientos de la Edad del Bronce en el sur de Inglaterra¹⁰⁶ han aparecido cuentas de pasta vítrea segmentadas, fabricadas en el Mediterráneo oriental con toda seguridad, mientras que una tumba, situada significativamente entre la costa sur de Cornualles y las famosas minas de estaño de Bodmin Moor, contenían un puñal hecho en Grecia, entre el 1300 y el 1200 antes de J. C.¹⁰⁷ No es posible determinar la procedencia del estaño; pero teniendo en cuenta que las pruebas relativas a la existencia de cierto tipo de comercio entre el Egeo y la Gran Bretaña se hallan documentadas tanto por los objetos importados como por los exportados, podemos, pues, inferir con certeza que los micénicos extraían estaño de Cornualles con el fin de satisfacer su propia demanda y para satisfacer la demanda del mercado oriental de este producto raro y de vital importancia. Por otra parte, puede que también obtuvieran suministros de estaño de Bohemia.

El estaño de Cornualles pudo haber llegado al Egeo a través de las rutas marítimas occidentales, lo mismo que llegaría mil años después. El comercio micénico en el Mediterráneo se halla abundantemente documentado, llegando al occidente hasta Sicilia³⁷. Vasos micénicos y otros artículos fabricados llegaron en grandes cantidades hasta el sudeste de Sicilia, entre el 1400 y el 1300 antes de J. C. A Lipari, en las islas eólicas, llegaron objetos de cerámica en cantidades aún mayores; parte de estos objetos llegaron ya en el 1500 antes de J. C., junto con cuentas de pasta vítrea. Parece que Lipari sirvió de escala de transbordo para un comercio que era con toda seguridad indirecto. La expansión de este comercio hacia occidente es algo que resulta difícil de seguir. Hasta que llegamos a Inglaterra, los únicos testimonios que prueban de manera positiva las relaciones con los egeos son un lingote de cobre chiprio-micénico procedente de Cerdeña, y cuentas de pasta vítrea procedentes del sur de Francia, de Almería y de Bretaña, respectivamente. Sin embar-

go, algunos prehistoriadores se inclinan a considerar los cementerios de Arles, de Los Millares y de Alcalá como productos accesorios de este comercio prehistórico del estaño. Por otra parte, el estaño de Cornualles pudo haberse incorporado a esta ruta del ámbar, la cual está bien atestiguada, a través del paso del Brenner, para ser expedido en el Adriático o ser transportado a través de los Apeninos a lo largo de la conocida ruta vía Bolonia, Florencia, Roma y Nápoles, desde donde se expedía a Lipari. En todo caso, la Creta minoica y la Grecia micénica proporcionaban un mercado seguro a algunos productos de la Europa bárbara, y la participación de ambas en el excedente oriental aumentaba en la medida en que estos productos eran exportados de nuevo.

Gracias a su participación en este comercio, los pueblos egeos estuvieron en condiciones de crear una civilización urbana sin someterse a la extrema concentración de poder económico que había sido la condición indispensable de la revolución urbana de Egipto y de Mesopotamia, y sin llegar tampoco a tener que someterse a la dominación económica de compradores totalitarios. Puede que incluso en el Egeo la revolución urbana redujera al campesinado a una clase social inferior formada virtualmente por siervos. No hay duda de que una parte importante del capital oriental transferido a Creta y a Grecia había sido acumulado en manos de los reyes. Pero, a juzgar por el contenido de las tumbas corrientes, una parte bastante grande de este capital debió de repartirse entre una extensa clase media compuesta de ciudadanos y de «compañeros», que no estaban separados de los reyes por ninguna barrera económica infranqueable. En particular, la revolución había dejado a los artesanos casi las mismas posibilidades que habían tenido en los tiempos del primitivo egeo. En este sentido, la sociedad micénica puede ser ya considerada como europea.

Sin embargo, esta civilización del último egeo se derrumbó. La industria del armamento absorbió una cantidad despropor-

cionada de un excedente que era relativamente escaso. Una parte importante del verdadero capital se disipó en destructoras luchas dinásticas, de las que la legendaria guerra de Troya es sólo el punto culminante. Hordas bárbaras, algunas de las cuales fueron utilizadas y adiestradas por gentes micénicas, después de haber aniquilado la civilización hitita y de haber arrasado las ciudades del Levante, terminaron por último con la civilización micénica, podrida ya con contradicciones internas. La semi-legendaria invasión doria sumió al mundo egeo en una edad inculta, pero no antes de que el excedente egeo hubiera servido como base para el establecimiento en la Europa templada de una industria del bronce, en la que todavía podían ejercer libremente su influjo las tradiciones egeas de artesanía.

Los libros de arqueología dan inevitablemente la impresión de que fue la codicia micénica por el ámbar lo que hizo posible organizar un tráfico arriesgado desde la Europa templada al Egeo, remontando ríos de curso irregular a través de montañas cubiertas de espeso arbolado, donde moraban fieras y tribus belicosas. Todo esto, por supuesto, no es más que una verdad a medias. El ámbar es una sustancia fácil de identificar y de origen conocido, de manera que su distribución, realizada por intermediarios humanos, puede ser trazada con exactitud en un mapa. En el caso del estaño, el cobre y el oro no es posible una precisión semejante, siendo todavía menos posible por lo que respecta a la sal y a otras materias orgánicas que han perecido. Los arqueólogos han aprendido muchas cosas acerca de las rutas y los mecanismos del comercio prehistórico del ámbar, pero no debe olvidarse nunca que relacionadas con el ámbar existían otras mercancías que eran de una importancia más vital.

Las tumbas y tesoros que contienen ámbar señalan claramente la ruta por la que viajaba esta resina fósil desde las costas de Jutlandia hasta Grecia³⁷. El ámbar se transportaba remontando el curso del Elba hasta su unión con el Saale. Aquí había una bifurcación. Una ruta seguía el Elba hasta Bohemia, cruzaba después el bosque herciniano hasta el Danubio y remontaba este río hasta la desembocadura del Inn. Aquí volvía a unirse a la otra ruta que iba aguas arriba del Saale, descen-

diendo el curso del Main y cruzando hasta el Danubio. Las dos rutas unidas remontaban el curso del Inn, hasta llegar al paso del Brenner, donde, después de una travesía fácil, descendían el Adigio para desaparecer en el Adriático, o bien atravesaban los Apeninos hasta llegar al mar, desde donde se expedía el ámbar a las islas eólicas y también a Grecia. No hay que olvidar que a través de la misma ruta también se transportaban otras mercancías. Puede que el estaño de Cornualles se uniera a la ruta del ámbar en el Saale, ya que está bien documentada la existencia de una ruta comercial de la misma época, que partiendo de las costas del canal de la Mancha, atraviesa Holanda y el noroeste de Alemania. Los yacimientos de estaño de Bohemia y de Vogtland estaban ya próximos a la misma ruta del ámbar. El ámbar de Sammland se unía probablemente en el Saale al ámbar que procedía de Jutlandia. Se puede suponer con seguridad la existencia de un tráfico de oro procedente de Transilvania, el cual era transportado por tierra desde Szeged a Budapest, y desde aquí remontaba el curso del Danubio, en barcas movidas por canaletes, hasta la confluencia de este río con el Inn.

El sistema comercial así expuesto había sido creado para abastecer el mercado egeo; las riquezas acumuladas de la civilización minoica-micénica fueron las que garantizaron la subsistencia de los distribuidores, lo cual constituía ciertamente una buena recompensa por los riesgos y penalidades de sus viajes. Pero una vez establecido, este mecanismo podía servir provechosamente para satisfacer la demanda de utensilios de metal de las sociedades bárbaras que vivían en las rutas o cerca de las mismas. No hay duda que estas sociedades penetraron en la Edad del Bronce utilizando regularmente el metal para sus armas y sus adornos, mientras que el resto de la Europa templada permanecía en la nueva Edad de Piedra. Los tesoros que señalan la ruta del ámbar contienen, además del ámbar, armas y adornos de bronce, destinados sin duda a los mercados bárbaros locales. De hecho, estos tesoros son consi-

derados en general como los artículos de comercio de los mercaderes-artesanos ambulantes, que se habían visto obligados a enterrar sus mercancías debido a cualquier peligro inesperado. Los mercaderes ambulantes llevaban, por supuesto, ámbar, y sin duda otras mercancías destinadas al mercado urbano, pero también llevaban objetos de bronce semielaborados —hojas de puñal, puntas de hacha, etc.— para ser armadas y acabadas por encargo de los compradores bárbaros de la localidad.

Un objeto que se encuentra formando parte de muchos tesoros escondidos todo a lo largo de la ruta del ámbar, desde el Mar del Norte hasta el Adriático y también en Italia y en el Oriente hasta Transilvania, es un collar o torques con los bordes vueltos. Se cree que estos torques servían de unidades o lingotes para la distribución del cobre, por lo que fueron motejados de «torques lingotes». Ahora bien, tales torques eran corrientes en el Levante alrededor del 2000 antes de J. C.; en esta región también se ofrecían en los templos, seguramente como objetos de valor. En Ugarit¹⁰⁸, uno de estos torques aparece representado como si fuera llevado por una deidad, que era al parecer la patrona de un clan de artesanos del mismo oficio o del gremio de los trabajadores especializados del metal. ¿Fueron aquellos exploradores los primeros en descubrir las minas de la Europa central y en iniciar su explotación, emigrantes procedentes de Siria? Esto parece sumamente probable, aun cuando admitamos que no pudieron beneficiarse de su descubrimiento en tanto que la Creta minoica y la Grecia micénica no les ofrecieran un mercado que fuera a la vez seguro y accesible. ¿Llevaron consigo estos exploradores su «organización gremial», así como sus patrones de valor? De haber sido así, tendrían que haber admitido a sus aprendices europeos como miembros de su clan. Veremos que los trabajadores del metal no eran miembros de las sociedades tribales locales, entre las que trabajaban, y a las que hallamos representadas en los testimonios arqueológicos por los ritos funerarios.

En todo caso, la distribución de torques-lingotes en los

alrededores de los filones de cobre de los Alpes orientales prueba que la explotación de los mismos había empezado ya en el 1500 antes de J. C. Viejos pozos de mina y galerías, montones de escombros, hornos y otros restos que se conservan en los altos Alpes, por encima de valles remotos y de espeso arbolado, dan una viva imagen de una industria extractiva de mineral que se estima empleaba a 500 trabajadores¹⁰⁹. Pero aunque no haya duda que estas empresas a gran escala sean prehistóricas, no existen pruebas concluyentes de que hubieran empezado con anterioridad al 1250 antes de J. C. Puede que esta industria fuera precedida de la explotación de yacimientos más accesibles o de minerales aluviales tales como los que se encuentran todavía hoy en los afluentes del Salzach. En cualquier caso, los yacimientos de los Alpes orientales y de Eslovaquia, y otros minerales, fueron explotados, y el mineral fundido para abastecer a los mercaderes-artesanos ambulantes que realizaban el comercio del ámbar.

En la Europa central y en Italia, los tesoros encontrados en cualquier región natural se componen, sobre todo, de modelos locales de armas y de adornos, y los mismos modelos se encuentran también en las tumbas de una comarca igualmente limitada. Estas peculiaridades locales de los modelos reflejan los gustos y las modas divergentes propias de sociedades distintas. Siendo el ámbar un factor común a todas estas culturas regionales, el comercio transcontinental del ámbar ya no siguió siendo un tráfico más continuo que el comercio marítimo del que hemos tratado en la página 183. Los agentes limitarian normalmente sus recorridos a una sola comarca cultural, es decir, a un territorio tribal, complaciendo los gustos locales, si bien intercambiando en las fronteras tribales el ámbar y otros artículos destinados al mercado micénico. En realidad, hay pocos tesoros que estén exclusivamente compuestos de tipos locales. Estos últimos, aunque se hallen concentrados en las tumbas y en los tesoros de una sola comarca, se encuentran esporádicamente más allá de las fronteras regionales. Por

ejemplo, en los tesoros del valle del Saale y en Suecia se han encontrado hachas irlandesas; alfileres de Alemania central fueron encontrados en Inglaterra, y alfileres bohemios en la Italia del norte y en Suiza.

En la primitiva Edad del Bronce, la Italia peninsular, la Europa central, las costas occidentales del Báltico y las islas británicas estaban ligadas por un solo sistema para la distribución de los objetos de metal, sistema que se apoyaba en el mercado egeo. A esta unidad económica no correspondía ninguna unidad política ni cultural. El mecanismo de distribución servía a un cierto número de culturas arqueológicas diferenciadas las unas de las otras por divergencias en la cerámica, el vestido, los adornos personales, los ritos funerarios e incluso por los modelos de puñales o de hachas. Todas estas culturas estaban basadas en la agricultura mixta. Pero en las culturas del vaso campaniforme y de Wessex en Gran Bretaña, y en las culturas todavía semi-neolíticas de las costas del Mar del Norte, de Dinamarca y del sur de Suecia, el centro de la economía rural reposaba en la cría de rebaños. En ambas comarcas, y también en Bretaña, los enterramientos bajo túmulos podrían también indicar una supervivencia de las tradiciones ideológicas del pueblo de las hachas de combate. En la Europa central, el enterramiento en fosas era la norma en la cultura uneticiense de Moravia, en Bohemia y en la Alemania central, así como entre un gran número de grupos más reducidos, designados con los nombres de Straubing (Baviera), Mad'arovce (Eslovaquia), Nagy Rév (cuenca superior del Tisza), Perjamós (región del Tisza-Maros), Polada (Alta Italia) y otras. Pero en la cultura de Kisapostag, del noroeste de Hungría, los muertos eran incinerados y las cenizas metidas en urnas que se enterraban después en las necrópolis llamadas acertadamente campos de urnas, como sucede en la cultura del Neolítico reciente de Baden, situada en la misma comarca.

En la mayoría de las culturas no hay indicios arqueológicos explícitos relativos a una concentración del poder político y

económico, ya fuera en manos de jefes o de dioses. Pero en Inglaterra, los túmulos de Wessex y los túmulos armoricenses de la Edad del Bronce en Bretaña, contemporáneos de los anteriores, son tan excepcionales y tan ricos que si fuera posible identificar las tumbas de los plebeyos, estos túmulos podrían atribuirse a una aristocracia de ricos ganaderos. Pero es sólo en el Saale y en el Warta donde algunas tumbas ricamente alhajadas y cubiertas de inmensos túmulos están yuxtapuestas a cementerios de fosas de la cultura de Unetice, lo cual refleja con toda claridad un contraste entre jefes y seguidores o más bien vasallos. Puede que estos jefes se hubieran hecho económicamente independientes de los regalos que acostumbaban a ofrecerles los otros miembros de la tribu, gracias a los generosos obsequios y al soborno de que eran objeto por parte de los mercaderes que atravesaban sus territorios. Pero estos jefes no fundaron dinastías duraderas, y sus efímeros reinos sólo eran de una extensión diminuta. Aunque más pobres que los jefes del Kuban antiguo, llegaron a concentrar bastantes riquezas para crear mercados que estimulaban a artesanos y mercaderes, al propio tiempo que en su calidad de patronos pudieron también estimular la creación de obras de arte, si bien es muy cierto que la riqueza acumulada no era suficiente para promover, sin ninguna ayuda de afuera, el desarrollo de las explotaciones mineras de los Alpes austriacos, que acabamos de mencionar. La aristocracia de Wessex dedicaba la mayor parte del excedente acumulado a la construcción y embellecimiento de santuarios monumentales como los de Stonehenge y Avery. En sus piedras y fosos se halla cristalizada una gran cantidad de fuerza de trabajo, aunque no un excedente económico. Estos santuarios no pudieron desempeñar el papel económico jugado por los templos sumerios.

Por otra parte, los poblados campesinos de la Europa central y de Italia habían llegado a ser bastante grandes y prósperos como para crear verdaderos mercados capaces de absorber los productos de artesanía y los objetos de metal, una

vez que se hubo superado, gracias a la proximidad del mercado egeo, la dificultad inicial de poner en funcionamiento las industrias de extracción y de distribución. Los utensilios de metal, aunque es probable que todavía fueran demasiado costosos para ser utilizados en el desmonte de tierras, aumentarían, sin embargo, indirectamente, la productividad de la agricultura, facilitando la fabricación de arados y de carretas, que, no cabe duda, eran los primeros que se utilizaban en general. En la Italia del norte, en la cuenca media del Danubio, en Hungría y en Eslovaquia, los emplazamientos de los poblados de la primitiva Edad del Bronce están señalados por tells. Así, la economía rural estaba ya lo bastante desarrollada como para permitir el cultivo permanente de las vecinas tierras de loes. Más al Norte y al Oeste, cementerios de 250 tumbas o más señalan la existencia de asentamientos permanentes. No es probable que ningún poblado fuera lo bastante grande ni lo bastante rico para mantener a un forjador con residencia permanente, salvo quizá en Italia y en Hungría, donde se han encontrado moldes en los tells para el vaciado de modelos de la primitiva Edad del Bronce. Pero incluso en Italia se han encontrado moldes del mismo tipo en cuevas que ofrecían, en todo momento, un refugio cómodo para los mercaderes y artesanos ambulantes. Ni en Italia ni en la Europa central, y tampoco en las islas británicas ni en la Europa del norte se pueden reconocer las tumbas de los forjadores de este período. Es probable, por tanto, que los poblados de agricultores y los grupos de pastores dependieran en gran parte de los artesanos ambulantes que llevaban consigo sus utensilios sencillos, sus materias primas y artículos semielaborados, es decir, que de hecho dependían de los agentes del comercio del ámbar. En realidad, la mayoría de los agricultores seguían estando satisfechos con sus utensilios neolíticos. El metal se utilizaba, sobre todo, para las armas, los adornos personales y las herramientas de artesano.

La vida de los forjadores y mercachifles que fabricaban y

distribuían estos artículos era sin duda difícil y peligrosa. No eran recompensados ni con grandes riquezas ni con una posición elevada dentro de la sociedad. A juzgar por las pruebas procedentes de Italia, y posteriormente de Inglaterra¹¹⁰, sus moradas temporales eran grutas naturales más que casas en los poblados. Al no haberse identificado ninguna tumba de forjador, es probable que éstos permanecieran al margen de la organización social, la cual es de suponer se basaría en el parentesco de las comunidades de pastores y de agricultores cuyos cementerios conocemos. Puede que en Europa los trabajadores del metal estuvieran organizados, lo mismo que en Siria, en un clan de artesanos del mismo oficio que les otorgaría la protección de una especie de organización gremial intertribal. También es probable que cada uno de ellos llevara «la huella de Caín» que anunciaba: «Este extranjero no es un enemigo a quien hay que matar nada más verlo, sino un portador de cosas que tú necesitas y de conocimientos útiles para ti»¹¹¹. Puesto que en las sociedades bárbaras la seguridad personal sólo está garantizada por la venganza de sangre, podemos suponer la existencia de un convenio por el estilo. En cualquier caso, a pesar de toda su impotencia, los trabajadores europeos del metal eran hombres libres. No estaban ligados a ningún patrono ni a ninguna sociedad tribal. Producían para un mercado intertribal, si no internacional. Y detrás de sus clientes bárbaros más próximos se hallaba Micenas con sus ricas recompensas y su demanda insaciable.

Un mercado de este tipo ofrecía a los productores todos los alicientes de originalidad. Al mismo tiempo, el hecho de ser ambulantes y su gran libertad de acción en los contactos comerciales serían factores que contribuirían a fecundar su genio natural. En las fronteras de sus territorios topaban con colegas que trabajaban para satisfacer los gustos divergentes de otras sociedades y que puede que utilizaran materiales o metales de diferente composición. Entre los objetos que manejaban veían productos de escuelas de metalurgia más distantes, pudiendo

así comparar estos objetos con los modelos locales conocidos. De esta manera, la estructura peculiar de la industria europea del bronce produjo una auténtica mancomunidad de experiencias, logradas en diferentes medios, y de tradiciones surgidas de gustos populares divergentes. Como resultado, los trabajadores europeos del bronce desplegaron su capacidad de invención y de ingenio hasta un grado excepcional. Sus técnicas básicas, tales como el uso de moldes compuestos de dos valvas y el vaciado de los núcleos, es probable que fueran inventos venidos de Oriente. Pero sus productos, las herramientas, las armas, los artículos de tocador, sufrieron un rápido desarrollo tipológico del que el Antiguo Oriente no ofrece paralelo. Y desarrollo tipológico significa una modificación progresiva y acumulativa dirigida a lograr una mayor eficacia. Así, a lo sumo en cinco siglos, el hacha lisa o punta de hacha había evolucionado, pasando por modelos de rebordes y los «palstave», hasta convertirse en el hacha con hueco para calzar, la cual es tan eficaz como el hacha corriente con orificio en el mango, pero que sólo requiere la mitad menos de metal costoso¹¹². En un intervalo de tiempo aún menor, el cuchillo-puñal triangular se convirtió, pasando por una daga de forma ojival y por los estoques, en una espada que servía tanto para golpear con la punta como con el filo. En el 1300 antes de J. C., el alfiler de punta doblada del Asia Anterior se había convertido, siguiendo dos vías convergentes, en un broche o en una fíbula.

Los progresos tecnológicos no se reducían a la industria del bronce, si bien es en esta industria donde están mejor documentados. Por ejemplo, sólo tenemos fragmentos mal fechados para ilustrar las transformaciones parecidas que se produjeron en el oficio más antiguo de la carpintería. Las realizaciones de los artesanos bárbaros de la Europa templada pueden inferirse a partir de los juicios de sus contemporáneos civilizados de Grecia y de Creta. Ya hemos visto que los collares en forma de creciente y un disco de ámbar recubierto de oro, fabricados según se cree en Gran Bretaña, encontraron com-

pradores en el Egeo, entre el 1600 y el 1400 antes de J. C. Un siglo más tarde, la fama de los forjadores continentales era tan grande que uno de ellos encontró un patrón en la misma Micenas, donde se ha hallado recientemente el molde de piedra compuesto de dos valvas que aquél utilizó para fundir puntas de hacha siguiendo un modelo característico de la Italia del norte. Hacia la misma época empezaron a extenderse en Grecia las modas europeas continentales en cuestión de alfileres, y quizá también en vestidos y en armamento, lo cual, sin embargo, puede que refleje una infiltración de jefes bárbaros y sus subordinados, tanto como una valoración de las artes bárbaras por parte de las poblaciones urbanas de los centros civilizados.

Desde luego, los bárbaros habían aprendido sus primeras técnicas de maestros asiáticos o, por lo menos, egeos. Pero habían sabido cómo perfeccionar estas técnicas y cómo aplicarlas a nuevos inventos. De igual modo, las industrias de extracción y de distribución, que les suministraban las materias primas, también se desarrollaron apoyándose en los mercados orientales o, por lo menos, egeos. Pero los agricultores bárbaros llegaron a ser lo bastante prósperos como para ejercer una demanda efectiva y para sostener ésta en el momento en que se produjo el derrumbamiento del mercado micénico. El papel desempeñado por los egeos en esta fase inicial se halla demostrado de manera terminante por la limitada expansión de la cultura de la primitiva Edad del Bronce o, para ser más exactos, por la escasez de tumbas provistas de ajuares de metal de este tipo. Estas tumbas sólo se encuentran a lo largo de la ruta del ámbar con sus prolongaciones en Gran Bretaña y en Transilvania, y, naturalmente, en Sicilia y en el sudeste de España. Mientras tanto, las sociedades locales se desplazaron con sus utensilios neolíticos, ayudados por algunos instrumentos de tipo arcaico, por Francia y la mayor parte de la Península Ibérica, por la zona conífera del norte de Europa —y durante algún tiempo incluso también por los bosques de hoja caduca— y por la mayor parte de la península de los

Balcanes y la Europa oriental. Sólo en las estepas entre el Cáucaso y los Urales funcionaba de verdad la industria metalúrgica de la cultura de Kuban, ya descrita en el capítulo 8, apartado 2. Pero no existen indicios relativos a una posible influencia de esta metalurgia en la Europa central, ni relativos tampoco a una posible influencia recíproca. Constituía un sistema económico autónomo que abastecía sólo a las tribus del Póntico oriental.

En la Europa templada se había establecido, en el 1500 antes de J. C., una estructura político-económica característica, semejante a la que había existido mil años antes en el Egeo, pero que no había existido en ninguna otra parte, en el mundo de la Edad del Bronce. Un sistema comercial internacional ligaba entre sí a una turbulenta multitud de pequeñas unidades políticas, las cuales —ya fueran ciudades-estado o tribus, por mucho que guardaran celosamente su autonomía, tratando al mismo tiempo de sojuzgarse las unas a las otras— habían renunciado, sin embargo, a su independencia económica adoptando para su utillaje fundamental materiales que tenían que ser importados. Este sacrificio tenía como contrapartida una recompensa que consistía en el beneficio aportado a estas sociedades por la libre circulación de ideas y de los representantes de las mismas, al propio tiempo que para los hijos más jóvenes de los agricultores se abrían nuevas perspectivas de vida. Cualquiera que tuviera perseverancia para iniciarse en los misterios propios de la técnica, y valor suficiente para arrostrar los enormes peligros y severas privaciones que todo esto llevaba consigo, podía librarse de la necesidad de labrar la tierra y producir sus propios alimentos, así como sacudirse los vínculos de la obediencia a cualquier señor, o las cadenas todavía más opresoras de la costumbre tribal.

El autor no dispone aquí del espacio ni de los conocimientos suficientes para demostrar con detalle hasta qué punto este sistema de la Edad del Bronce prefiguró de cerca las peculiaridades de las constituciones políticas europeas en la Antigüe-

dad, en la Edad Media y en los tiempos modernos. Es evidente que todos los rasgos esenciales, bosquejados anteriormente, se hallan reproducidos en la Grecia clásica. La esclavitud y el totalitarismo deformaron temporalmente el modelo en las monarquías helenísticas y en el Imperio romano. Pero fuera de estas fronteras, la Europa bárbara fue una continuación directa de la Europa de la Edad del Bronce que acabamos de examinar. Posteriormente, los imperios centralizados nunca fueron lo bastante duraderos, y rara vez lo bastante eficaces como para extirpar las tradiciones fisíparas de la autonomía local. Los Estados nacionales que surgieron finalmente fueron sin duda mucho más importantes que nuestras tribus de la Edad del Bronce, si bien menos numerosos. Pero en su política, todos ellos se mostraron igual de celosos los unos de los otros, así como igual de competitivos en el terreno de la economía. Todos estos Estados dependían cada vez más de un sistema económico supranacional que les suministraba materias de vital importancia, absorbiendo al propio tiempo la venta de sus propios productos. Mientras el campesinado había sido sometido a menudo a una condición de servidumbre, que era incluso más dura que bajo las monarquías despóticas del Oriente de la Edad del Bronce, los artesanos, los representantes de la ciencia aplicada, conservaron intacta su tradicional libertad de movimiento en el seno de una economía supranacional. Los metecos de Atenas, los menestrales caminantes de la Edad Media y los obreros unionistas y emigrantes del siglo XIX son los descendientes directos de estos artesanos ambulantes que acabamos de describir. Pero también lo fueron los filósofos de la naturaleza y los sofistas de la Grecia clásica, así como los estudiantes viajeros de la Europa medieval y los físicos que, desde los tiempos de Galileo y de Newton hasta 1945, intercambiaban libremente su información y sus ideas por medio de publicaciones, correspondencia y visitas, sin tener para nada en cuenta las fronteras políticas.

NOTA BIBLIOGRAFICA

La mayoría de las afirmaciones que figuran en las páginas precedentes se supone que están justificadas por los datos arqueológicos y por los argumentos técnicos expuestos con tedioso detalle en las obras más siguientes:

- The Dawn of European Civilization* (6.ª edición), Londres, Routledge and Kegan Paul, 1957 (citada como *Dawn*).
- New Light on the Most Ancient East* (4.ª edición), Londres, Routledge and Kegan Paul, 1952 (citada como *NLMAE*). (Ed. castellana, «Nacimiento de las civilizaciones orientales», Ed. Península, Barcelona, 1968.)
- Piecing Together the Past*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1956.
- Social Evolution*, Londres, Watts and Co., 1951 (Edición española *La evolución de la sociedad*, Alianza Editorial, Madrid, 1973).

En cuanto a aquellos puntos particulares que aquí no están documentados ni discutidos, las notas remiten a menudo al lector a los libros especializados y a los artículos en publicaciones periódicas especializadas; para estos últimos utilizamos las siguientes abreviaturas:

- | | |
|---------------------------|---|
| AJA. | American Journal of Archaeology. |
| Ant. J. | Antiquaries' Journal, Society of Antiquaries of London. |
| BPI. | Bullettino di Paleologia Italiana, Roma. |
| Instarch AR. | University of London Institute of Archaeology (Instituto de Arqueología de la Universidad de Londres), Annual Report. |
| JRAI. | Journal of the Royal Anthropological Institute, Londres. |
| L'Anthr. | L'Anthropologie, París. |
| PPS. | Proceedings of the Prehistoric Society, Cambridge. |
| Proc. Soc. Ant. Scot. ... | Proceedings of the Society of Antiquaries of Scotland, Edimburgo. |
| PZ. | Præhistorische Zeitschrift, Leipzig. |
| SA. | Sovietskaya Arkheologiya, Institut Istorii Materialnoi Kul'tury, Moscú-Leningrado. |

NOTAS

¹ Los términos y los métodos arqueológicos, así como las hipótesis fundadas en la arqueología, ya fueron expuestos con más detalle en mi libro *Piecing Together the Past*.

² El estudio más reciente y completo que existe está hecho por F. E. ZEUNER, *Dating the Past*, Londres, 1954.

³ Ver también LIBBY, *Radio-Carbon Dating*, Chicago, 1950.

⁴ En mi obra *Social Evolution* (Trad. española: *La evolución de la sociedad*, Ed. Ciencia Nueva, Madrid, 1965) estudié la posibilidad de hacer deducciones sociológicas partiendo de datos arqueológicos.

⁵ SA., I, 1936, 63.

⁶ K. BITTEL y A. RIETH, *Die Heuneburg an der oberen Donau: ein frühkeltischer Fürstensitz*, Stuttgart, 1951, 51.

⁷ Esta distinción ha sido perfectamente expuesta por C. S. COON en *Chapple y Coon*, «Principles of Anthropology», Londres, 1947.

⁸ Por ejemplo, en los poblados melanesios se acostumbra a enviar expediciones para sacar piedra de las canteras y fabricar hachas con ella.

⁹ Tolstov descubrió que los esqueletos encontrados en sepulturas dobles en Khorasmia (al sur del mar Aral) no habían sido enterrados simultáneamente; la tumba había sido abierta después de algún tiempo, es de suponer que en el momento de la muerte natural del segundo miembro de la pareja. *Instarch AR.*, XIII, 1957.

¹⁰ GARROD, D. A. E., «The Mugharet el-Emirech in Lower Galilee: Type Station of the Emiran Industry», *JRAL.*, 85, 1955, 141-62.

¹¹ L. PRADEL, «L'abri Audi, pièces inédites et considérations générales», *L'Anthr.*, 56, 1952, 232-40.

¹² El único estudio general que existe hasta la fecha sobre el hombre fósil es la obra de R. GRAHMANN, *Urgeschichte der Menschheit*, Stuttgart, 1952; edición americana en proyecto.

¹³ El mejor estudio general sobre las culturas y el arte paleolíticos es el de BREUIL y LANTIER, *Les Hommes de la pierre ancienne*, París, 1951.

¹⁴ *Antiquity*, XXIV, 1950, 4-II; XXVIII, 4-14; XXX, 98-101; SA., XXV, 1956, 13-34, 173-188, 285-296.

¹⁵ PROSEK, «Szeletien na Slovensku», *Slovenská Archeológia*, I, 1953, 133-94; VÉRTES, «Neuere Ausgrabungen ... in der Hohle von Bstállóskö», *Acta Archaeologica Hungarica*, V, 1955, 125-287. Sobre problemas más amplios, ver también FREUND, *Die Blattspitzen des Palaolithikums in Europa*, Bonn, 1952.

¹⁶ CHILDE, «Kostienki», *Instarch AR.*, XII, 1956, 8-19, y las publicaciones rusas aquí citadas.

¹⁷ E. SACCASYN DELLA SANTA, *Les figures humaines du Paléolithique*, Amberes, 1947.

¹⁸ *BPI.*, n. s. VIII, 1952, 3-18; *Rivista di Scienze preistoriche*, V, 1950, I-48; VIII, 127-37; IX, 80-8.

¹⁹ R. VAUFREY, «L'Art rupestre nord-africain», *Archives de l'Institut de Paléontologie Humaine*, Mém. 20, París, 1939.

²⁰ L. PERICOT, *Historia de España: Epocas primitiva y romana*, Barcelona, 2.ª ed., 1942.

²¹ Una exposición somera de las culturas mesolíticas de Europa, con referencias a los informes originales, puede hallarse en mi obra *The Dawn of European Civilization*.

²² *L'Anthr.*, XLIX, 1939-40, 702; *Rivista di Studi Liguri*, XIV, 1948, 16-19.

²³ A. RUST, *Das altsteinzeitliche Renntierjägerlager Meiendorf*, Neumunster, 1937; ídem, *Die alt- und mittelsteinzeitlichen Funde von Stellmoor*, Neumunster, 1943.

²⁴ J. G. D. CLARK, *Star Carr*, Cambridge, 1954.

²⁵ El anzuelo de pesca y sus supervivencias han sido particularmente bien examinadas por J. G. D. CLARK en *Prehistoric Europe: the Economic Basis*, Londres, 1952.

²⁶ *Suomen Museo*, LVI, Helsinki, 1949, I-26.

²⁷ Me sirvo de la terminología utilizada por LEWIS H. MORGAN en *Ancient Society*, Nueva York, 1871, con la modificación que propuse en mi obra *La evolución de la sociedad*, Madrid, 1965.

²⁸ Tal como está explicado con más detalle en mi obra *Man Makes Himself* (Watts and Co.) (Ed. española, *Los orígenes de la civilización*, 3.ª ed., México, 1965).

²⁹ H. HELBAEK, «Archaeology and Agricultural Botany», *Instarch AR.*, IX, 1953, 44-59.

³⁰ Los recientes manuales de Zoología, todos alemanes, disienten de estos puntos de vista; el último resumen en «36 Berichte d. romgerm. Komm.». *Deutsches Arch. Inst.*, Frankfurt, 1955, I-50.

³¹ Esta precisión fue hecha por el profesor ZEUNER desde la publicación de su trabajo relativo a la fecha de Jericó II, en *Antiquity*, XXX, 1956.

³² K. KENYON, *Antiquity*, XXX; *Palestine Exploration Quarterly*, 1956, I-16.

³³ R. BRAIDWOOD, *The Near East and the Foundations of Civilization* (Eugene, Oregon), 1952; *Sumer*, VII, Bagdad, 1952, 102-10; *Antiquity*, XXIV, 1950, 190-6.

³⁴ C. S. COON, «Cave Explorations in Iran», University of Pennsylvania Museum Monographs, Filadelfia, 1951.

³⁵ FAIRSERVIS, «Excavations in the Quetta Valley», *Anthop. Pubs. Amer. Mus. Nat. Hist.*, 45, II, Nueva York, 1956.

³⁶ CHILDE, *NLMAE.*, documentación general sobre todas las primitivas culturas del cercano Oriente, que no se hallan documentadas de otra manera.

³⁷ Para más detalles y preferencias a las fuentes originales, ver mi obra *The Dawn of European Civilization*.

³⁸ A. STEENBERG, «With Crackling Flames», *Kuml*, Aarhus, 1955, hace un buen estudio de los sistemas de cultivo basados en el desmonte de los bosques por medio del fuego.

³⁹ En Karanovo, en Bulgaria; informaciones verbales de V. MIKOV.

⁴⁰ Los colonos de la cultura de la cerámica cardial podrían haber sido reforzados por otros emigrantes procedentes de Africa, los cuales poseían una cultura paralela a la de Almería, que hemos examinado en el apartado IV.

⁴¹ En las excavaciones llevadas a cabo en un pozo de Otzaki se encontraron fragmentos decorados con incisiones de las conchas de *cardium*, los cuales aparecieron en un estrato situado por debajo de aquel donde se encontraron objetos de cerámica sin pintar de Starcevo, Milojcic, en *Jahrbuch d. deutsch. Arch. Inst.*, LXIX, *Arch. Anzeiger*, 1954, II-23.

⁴² VAUFREY, *La Préhistoire de l'Afrique*, I; Magherb, París, 1955.

⁴³ El único estudio de tipo general sobre los monumentos de Africa sigue siendo el de L. FROBENIUS, «Der kleinafrikanische Grabbau», *PZ*, VIII, 1916, I-84.

⁴⁴ W. B. EMERY, «An Egyptian Queen's Tomb of 5000 Years Ago», *Illus. London News*, 2 de junio de 1956, 646-8.

⁴⁵ Este término fue acuñado por PIGOTT, quien explica el concepto en su obra *The Neolithic Cultures of the British Isles*, Cambridge, 1954.

⁴⁶ F. HANCAR, «Das Pferd in prahistorischer ... Zeit», Viena, 1955 (*Wiener Beiträge zur Kulturgeschichte*, XI), ofrece un trabajo alemán particularmente bueno sobre toda la economía rural de Tripolye, pero acepta las conjeturas de los rusos en relación con las fechas absolutas, las cuales son anteriores a las aceptadas para otras comarcas, tanto en su propio libro como en éste.

⁴⁷ KRICHEVSKII, SA, VI, 1940.

⁴⁸ «The Neolithic Cultures of the British Isles»; una opinión diferente, sostenida antaño por el que esto escribe y que ha vuelto a ser expuesta por CASE apoyándose en nuevos testimonios, sería aquella según la cual, por lo menos, algunos de los colonos llegaron por mar a las costas occidentales, procedentes probablemente de la Península Ibérica. CASE, *Ant. J.*, XXXVI, Londres, 1956, II-30.

⁴⁹ En su trabajo en *PPS*, XXI, 1955, PIGOTT aborda la posibilidad de que la cultura de Windmill Hill no sea una cultura occidental, en el sentido de que no proceda del sur de Francia, sino más bien del norte de Europa, habiendo, pues, surgido de la misma raíz que la primera cultura nórdica, que es la que mejor se conoce en Dinamarca.

⁵⁰ *Wiadomosci Archeol.*, XVII, 1950.

⁵¹ Cf. CLARK en *Prehistoric Europe*.

⁵² *Suomen Museo*, LVI, 1949, 2-7.

⁵³ HANCAR, *Das Pferd...*, proporciona un buen resumen de una voluminosa literatura, sin mencionar, no obstante, las pruebas citadas en la nota 52.

⁵⁴ Para más detalles y para todas las pruebas arqueológicas sobre las que no se da ninguna otra referencia, ver mi obra *NLMAE*, 1952.

⁵⁵ MORET, *From Tribe to Empire* y *The Nile and Egyptian Civilization*, Londres, 1926 y 1927.

⁵⁶ Narmer está representado dos veces en su paleta llevando la corona, unas veces del Alto Egipto y otras del Bajo Egipto, pero nunca las dos a un tiempo. Su tumba, que estaba en Abydos, era más pequeña y menos suntuosa que las de Aha y sus sucesores, pero no tenía ninguna tumba en Saqqara. Por todo ello, pienso ahora que la unificación

final del país, atribuida por los griegos a Mena (Menes), fue realizada por Aha; de esta opinión es también EMERY, *Hor-Aha (Excavations at Saqqara, 1937-8)*, El Cairo, 1939. Ver también *Great tombs of the First Dynasty*, II, Londres, 1954.

⁵⁷ Esto no fue observado por los que llevaron a cabo las excavaciones, pero es algo que puede deducirse de la disposición de las tumbas de los servidores en Abydos, a la luz de las observaciones hechas por EMERY en Saqqara en el año 1956. EMERY, *Illus. London News*, 2 de junio de 1956.

⁵⁸ Ha sido posible establecer la longitud y la anchura, mientras que para la mastaba de la reina Her-neit, EMERY dedujo su altura en 1956.

⁵⁹ En Tarkhan y en Ezbet el Walda, cerca de Helwan.

⁶⁰ A. SCHNEIDER, *Die sumerische Tempelstadt*, Essen, 1920.

⁶¹ H. FRANKFORT, *The Birth of Civilization in the Near East*, Londres, 1951.

⁶² DEIMEL, «Sumerische Tempelwirtschaft zur Zeit Urukaginas und seiner unmittelbaren Vorgänger», *Analecta Orientalia*, II, Roma, 1931, donde se encuentra traducido el «Decreto de reforma de Urukagina».

⁶³ JAKOBSEN, «Primitive Democracy in Ancient Mesopotamia», *J. Near Eastern Studies*, II, Chicago, 1943, 159-72.

⁶⁴ JAKOBSEN, «The Sumerian King-List», *Assyriological Studies*, II, Oriental Institute, Universidad de Chicago, 1939.

⁶⁵ Por ejemplo, por E. HEINRICH, *Schilf und Lehm*, Studien z. Bauforschung, Heft. 6, Berlín, 1934.

⁶⁶ Sobre el papel del Estado en la Edad del Bronce en el Oriente, ver F. HEICHELHEIM, *Wirtschaftsgeschichte des Altertums*, Leyden, 1938.

⁶⁷ Por ejemplo, en las llamadas tabletas de Capadocia, ver la correspondencia de una colonia de mercaderes asirios establecidos en Kanesh (Kul-tepe), en la meseta de Anatolia, hacia el 1850 antes de J. C.

⁶⁸ Comúnmente llamado «El elogio de las letras», pretende ser la carta escrita por un padre para animar a su hijo en sus estudios, oponiéndole como contraste, de la manera más favorable, las profesiones de agricultor y artesano a la de escriba. Traducción en MORET, op. cit., y también en otros sitios.

⁶⁹ LEFÈBVRE, *Le Tombeau de Pétoisiris*, El Cairo, 1923-4; puede que el artista hubiera copiado a los trabajadores del metal de una tumba mucho más antigua, aunque reproduce fielmente los trajes y los cacharros de su tiempo. Ver *JRAI.*, LXXIV, 1944, 21.

⁷⁰ Para Chipre, el mejor trabajo de síntesis es el de J. R. STEWART, en *Handbook to the Nicholson Museum*, Sydney, 1948.

⁷¹ *Archaeologia*, LXXXVIII, 1938, pl. VII-IX.

⁷² XANTHUIDES, en *Essays in Aegean Archaeology presented to Sit Arthur Evans* (ed. Casson, Oxford, 1927).

⁷³ El informe de DAVIES (*J. Hellenic Studies*, XLIX, 929, 193-94) tuvo que ser debido a una falsa interpretación.

⁷⁴ EVANS, *The Palace of Minos*, I (1921), 23.

⁷⁵ L. BERNABO BREA en *PPS.*, XXI, 1955, 144.

⁷⁶ Ver mi obra *La Evolución de la Sociedad*.

⁷⁷ Ver GLOTZ, *Ancient Greece at Work*, Londres, 1926.

⁷⁸ Descrito en un poema latino tardío, «Ora Maritima», de AVIENO; ver C. F. C. HAWKES en *Ampurias*, XIV, 1952.

⁷⁹ Ampliamente tratados por PIGOTT, *Neolithic Cultures of the British Isles*.

⁸⁰ CHILDE, *Ant. J.*, XXII, 1942.

⁸¹ *Vita Sancti Columbae*, Libro II, cap. 43.

⁸² JOHN MORRIS, «Celtic Saints», *Past and Present*, núm. 11 (abril, 1957), 2-16.

⁸³ En relación con esta cultura, ver también G. BAILLOUD y P. MIEG DE BOOFZHEIM, *Les Civilisations néolithiques de la France*, París, 1955.

⁸⁴ «Indogermanskii Vopros archeologicheskii razreshennyi», en *Izvestia Gos. Akademiya Istorii Material'noi Kul'tury*, 100 («Marr Festschrift»), Moscú-Leningrado, 1933, p. 158.

⁸⁵ A pesar de las pretensiones exageradas hechas en América en relación con este grupo de porqueros, su importancia real es demasiado dudosa para que esté justificado el que aquí iniciemos una discusión en torno a este problema.

⁸⁶ CHILDE, *Skara Brae*, Londres, 1931; CHILDE y GRANT, *Excavations at Rinyo Rousay*, Proc. Soc. Ant. Scot., LXXIII, 1939; LXXXI, 1947.

⁸⁷ A. A. MONGAIT, *Arkheologiya v S. S. S. R.*, Moscú, 1955, 124.

⁸⁸ Moldes para fundir hachas-azuelas y hachas transversales del mismo tipo que el de Maikop aparecieron en Tepe Hissar, cerca de Damghan, en la meseta, y en Shah Tepe, en la estepa turcomana, que se encuentra situada más abajo; estos objetos se encuentran ahora en el University Museum de Filadelfia y en el Statens Historiska Museet de Estocolmo, respectivamente.

⁸⁹ Ver, por ejemplo, ANDRAE, *Das wiedererstandene Assur*, 1938, p. 79, figura 39.

⁹⁰ ANGELL en *Dikaios*, «Khirokitia» (Londres, 1953), y SENYUREK en *Belleten, Turk Tarih Kurumu*, 60, Ankara, 1951, 440-2.

⁹¹ Tumbas en galería en ambas regiones, estelas e hileras de losas verticales en Micenas y en las estepas, alfileres-martillos en Lerna, en Grecia y en Alaca Höyük.

⁹² Las armas de sílex se armaban de la misma manera curiosa por los amratienses de los tiempos preindustrial.

⁹³ Esta transformación fue realizada por invasores más tardíos de la cultura Saale-Warta de la Europa central.

⁹⁴ Acerca de la civilización minoica, ver PENDLEBURY, *The Archaeology of Crete*, Londres, 1939.

⁹⁵ H. C. GORDON, en *Antiquity*, XXXI, 1957, 124-30, trató de interpretarlo como un dialéctico semítico de las costas del Mediterráneo oriental.

⁹⁶ VENTRIS y CHADWICK, *Documents in Mycenaean Greek*, Cambridge, 1956.

⁹⁷ EVANS, *The Palace of Minos at Knossos*, IV (Londres, 1935), 887, sugiere la posibilidad de que estos mercenarios africanos fueran utilizados para establecer una especie de imperio en el continente griego.

⁹⁸ Para los hallazgos arqueológicos de Micenas, ver G. MYLONAS, *Ancient Mycenae: the Capital City of Agamemnon*, Londres, 1957.

⁹⁹ Así, por ejemplo, LORIMER, *Homer and the Monuments*, Londres, 1950, 19, pero comparar con la obra de ARNE FURUMARK, *The Settlement at Ialy sus and Aegean History*, Opuscula Archaeologica, VI, Lund, 1950.

¹⁰⁰ A. W. PERSSON, *The Royal Tombs at Dendra* (SKRIFTER, K. Human. Vetenskapssamfundet i Lund, XV), 1931: ver también MARINATOS en

Illustrated London News, 6 de abril de 1957, para lo relativo a un tholos cerca de Pylos que contenía, por lo menos, seis cuerpos, perlas de ámbar y restos de un carro y que databa del 1500 al 1425 antes de J. C.

¹⁰¹ VENTRIS y CHADWICK, lo mismo que en la nota 96, p. 123.

¹⁰² Dos tumbas normales excavadas en la roca se encontraron junto a un poblado en el que se realizaban excavaciones (BLEGEN, *Zygouries*, 1928); en otros dos poblados que se excavaron sólo había tumbas de niño (BLEGEN, *Korakou*, 1921; GOLDMANN, *Excavations at Eutresis*, 1931).

¹⁰³ *Achaeans and Indo-Europeans*, Oxford, 1956.

¹⁰⁴ XIV, p. 246.

¹⁰⁵ C. F. A. SCHAEFFER, *Ugaritica*, I, París, 1939.

¹⁰⁶ J. F. S. STONE y L. C. THOMAS, *PPS.*, XXII, 1956, 60.

¹⁰⁷ CHILDE, *PPS.*, XVII, 1951, 95.

¹⁰⁸ C. F. A. SCHAEFFER, *Ugaritica*, II, París, 1949. *Porteurs de torques*.

¹⁰⁹ PIATTIONI, «Prehistoric Copper-mining in Austria», *Instarch AR.*, VII, 1951, 1643.

¹¹⁰ Me refiero a la ocupación durante la última Edad del Bronce de la cueva de Heathery Burn (Durham).

¹¹¹ E. HERZFELD, *Iran in the Ancient East*, Oxford, 1941, p. 158, sugiere que esta «marca tribal» protectora fue llevada por una «raza» de «exploradores» —los cuales puede que fueran nuestros braquicéfalos— que difundieron los conocimientos metalúrgicos en Europa y en Asia; nuestras gentes de la cultura del vaso campaniforme pudieron pertenecer a esta tribu.

¹¹² V. G. CHILDE, «The Socketed Celt in Upper Eurasia», *Instarch AR.*, X, 1954, 11-25.

INDICE

	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO	11
1. Fines y métodos	15
2. Cazadores y pescadores de la Europa glacial	22
3. La revolución neolítica en el antiguo Oriente	41
4. La colonización de Europa por agricultores	51
5. Adaptaciones al medio europeo	66
6. La revolución urbana en el Oriente	91
7. La primitiva Edad del Bronce en el Mediterráneo	115
8. Misioneros, comerciantes y guerreros de la Europa templada.	143
9. La fundación de una civilización europea	173
10. El establecimiento de una industria metalúrgica en la Europa templada	187